

MARTÍN FIERRO



José Hernández

José Hernández

MARTÍN FIERRO

EL GAUCHO MARTÍN FIERRO
LA VUELTA DE MARTÍN FIERRO

Incluye prólogo de Juan Albin

COLECCIÓN PENSAMIENTO DEL BICENTENARIO

BIBLIOTECA DEL CONGRESO DE LA NACIÓN

Hernández, José

Martín Fierro : El gaucho Martín Fierro ; La vuelta de Martín Fierro / José Hernández ; incluye prólogo de Juan Albin. – Buenos Aires : Biblioteca del Congreso de la Nación, 2025.

338 p. – (Pensamiento del Bicentenario)

ISBN 978-950-691-174-4

I. Poesía gauchesca. I. Albin, Juan, pról. II. Biblioteca del Congreso de la Nación (Argentina), ed. III. Título. IV. Título: El gaucho Martín Fierro. V. Título: La vuelta de Martín Fierro. VI. Serie.

Colección:

Pensamiento del Bicentenario

Director responsable:

Alejandro Lorenzo César Santa

Compiladora:

Ana Laura Rivara

Corrección, diseño y compaginación:

Subdirección Editorial. Biblioteca del Congreso de la Nación

© Biblioteca del Congreso de la Nación, agosto de 2025

Alsina 1835, CABA

Libro digital, PDF

Archivo digital: [descarga](#) y [online](#)

ISBN 978-950-691-174-4

ÍNDICE

Sobre esta edición.....	5
Prólogo “Un imaginario de la frontera”, de Juan Albin.....	6
I - El gaucho Martín Fierro	53
Carta del autor a Don José Zoilo Miguens.....	57
Carta del Sr. Hernández (a los editores de la octava edición).....	60
Discurso en el Senado de Nicasio Oroño, sesión del 8 de octubre de 1869	67
Artículo de <i>La Nación</i> , 14 de noviembre de 1872.....	68
Fragmento de <i>Celiar</i> , “El payador”, de Magariño Cervantes	69
Poema <i>El gaucho Martín Fierro</i>	72
II - La vuelta de Martín Fierro.....	153
Cuatro palabras de conversación con los lectores	156
Poema <i>La vuelta de Martín Fierro</i>	162

El presente volumen está integrado por *El gaucho Martín Fierro* y *La vuelta de Martín Fierro*. La edición incluye la “Carta a Zoilo Miguens” como prólogo a la *Ida*, junto a los epígrafes que acompañaron la publicación en 1872: “Discurso de Nicasio Oroño”, un artículo del diario *La Nación*, y un fragmento del poema *Celiar* de Alejandro Magariños Cervantes. Asimismo, se ha incorporado la “Carta del Sr. Hernández a los editores de la octava edición”, que sirvió como nuevo prólogo a la *Ida* en 1874. A su vez, cuenta con el texto “Cuatro palabras de conversación con los lectores” de 1879 como prólogo a la *Vuelta*. Los paratextos fueron sumados siguiendo la edición crítica de Ángel Núñez y Élica Lois. París, Archivos / ALLCA XX, 2001.

Juan Albin ha participado del proceso de edición con una lectura atenta y algunas sugerencias, especialmente respecto a la inclusión de los paratextos en la publicación. También seleccionó algunas imágenes que han sido publicadas en las ediciones de *Ida* y *Vuelta* editadas por José Hernández, estas se encuentran referidas en el prólogo y se han intercalado a lo largo de la obra. Su texto introductorio, “Un imaginario de la frontera”, presenta un análisis novedoso de la obra que revaloriza la edición de este clásico de la literatura argentina.

PRÓLOGO

UN IMAGINARIO DE LA FRONTERA

6

Juan Albin¹

UNA BIBLIA Y DOS FOLLETOS

En 2022 se celebraron los 150 años de la publicación de *El gaucho Martín Fierro* de José Hernández: fue un año de fiesta para la literatura y la cultura argentinas. Probablemente los festejos se repitan cuando en 2029 se cumplan los 150 años de su secuela, *La vuelta de Martín Fierro*. Buen momento, entonces, para volver a leer y pensar la producción de Hernández, así como para recuperar en esa reflexión la materialidad y la forma concreta que tuvieron sus publicaciones cuando vieron la luz por primera vez en la década de 1870. Desde el siglo XX, nos fuimos acostumbrando a leer *El gaucho Martín Fierro* y *La vuelta de Martín Fierro*, los poemas que Hernández publica en 1872 y 1879 en dos económicos folletos, como si fueran una única obra, impresa en voluminosas y aun lujosas ediciones, en ocasiones incluso encuadernadas en cuero. En parte, este hábito contemporáneo oculta la experiencia concreta de sus primeros lectores, que accedieron a los textos en las numerosas

1. Es licenciado y profesor en Letras (Universidad de Buenos Aires). Trabaja como docente de literatura argentina en la carrera de Letras en la Universidad de Buenos Aires y como profesor de estética en la Universidad Nacional de las Artes. Es investigador del Instituto de Literatura Hispanoamericana (FFyL / UBA) y del Instituto de Investigación en Artes Visuales (DAV / UNA). Junto con Emiliano Sued, además de haber publicado artículos sobre la obra de Eugenio Cambaceres, ha estado a cargo de la edición de la primera novela de este autor: *Potpourri. Silbidos de un vago* (Corregidor). Su producción académica incluye textos sobre literatura argentina del siglo XIX, así como sobre estética moderna y contemporánea. Su investigación actual toma como objeto las imágenes impresas en las publicaciones de la literatura gauchesca durante el siglo XIX.

ediciones —algunas piratas— que se realizaron en el último cuarto del siglo XIX y que siempre los leyeron en la forma de aquellos folletos populares, nunca como si conformaran una obra unitaria. La recuperación de esa experiencia histórica puede, todavía hoy, volver a abrir la lectura del gran poema nacional de los argentinos, según se ha terminado por definir, no sin polémicas, al *Martín Fierro*.

Sin dudas fue un largo y complejo proceso el que partió desde los económicos folletos publicados por Hernández en la década de 1870, y desembocó en las eruditas y lujosas ediciones que empezaron a publicarse en la segunda década del siglo XX. En ese proceso podría leerse, como planteó Jorge Rivera, el ingreso, la difusión y la instalación del *Martín Fierro* en el contexto de la cultura argentina: tanto las ediciones eruditas como las ediciones de lujo que aparecen desde los años 20 son impensables sin la legitimación del poema que hicieron Leopoldo Lugones y Ricardo Rojas durante la década previa.²

Lugones había pronunciado, en mayo de 1913, una serie de conferencias en el Teatro Odeón de Buenos Aires, ante un público que incluía al presidente Roque Sáenz Peña y varios de sus ministros. Con algunos cambios y revisiones, aquellas serían publicadas en 1916 bajo el título *El payador*. Lugones reivindicaba el poema de Hernández como una epopeya —equivalente para la cultura argentina a lo que fue la *Ilíada* para la griega— que revelaría la identidad y los valores argentinos. En la misma línea, y apenas unos días luego de las conferencias de Lugones, al inaugurar en junio de 1913 la cátedra de literatura argentina de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, Ricardo Rojas pronunciaría un discurso en el que proponía que el *Martín Fierro* era para

2. Rivera, Jorge B., "Ingreso, difusión e instalación modelar del *Martín Fierro* en el contexto de la cultura argentina", en José Hernández, *Martín Fierro*, Élica Lois y Ángel Núñez (eds.), Madrid, ALLCA XX / Colección Archivos, 2001, p. 573.

los argentinos lo que la *Chanson de Roland* para los franceses y el *Cantar de Mio Cid* para los españoles, propuesta que desarrollaría en el primer tomo de su *Historia de la literatura argentina* (1917), dedicado a los gauchescos. Concebido como epopeya, el *Martín Fierro* empezaba a transitar el camino de su legitimación y canonización como poema nacional.³ Entre 1938 y 1948, según nos recuerdan Cattaruzza y Eujanián, se discuten en la Legislatura de Buenos Aires diferentes proyectos de ley que llevarán más tarde a la instauración del Día de la Tradición en el día del nacimiento de Hernández (10 de noviembre) y de un monumento al Gaucho en la ciudad de La Plata: se trata de un momento histórico en que la apropiación estatal de las figuras de Hernández, de Fierro y del gaucho, en relación con la tradición y la identidad nacionales, ya se manifiesta explícitamente.⁴

En paralelo a ese proceso de legitimación intelectual y aun estatal, presionado por propuestas como las de Rojas y Lugones en la década de 1910, los folletos populares y económicos de *El gaucho Martín Fierro* y *La vuelta de Martín Fierro* fueron asumiendo una forma diferente a la que habían tenido en el siglo XIX. En 1910, en medio de los festejos por el Centenario, la administración de la revista *Vida Argentina* publica por primera vez ambos textos en un único soporte impreso, y desde los años 20, empezarán a acumularse las ediciones eruditas y lujosas de la obra: entre las

3. Para estudiar en detalle el proceso de esa legitimación y canonización del poema de Hernández, así como de las discusiones que generó, se puede consultar, además del ensayo de Rivera citado en la nota anterior, los siguientes textos: Altamirano, Carlos, "La fundación de la literatura argentina", en Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo, *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*, Buenos Aires, Ariel, 1997; y, más recientemente, Martínez Gramuglia, Pablo, *Lecturas del Martín Fierro. Del folleto al clásico nacional*, Buenos Aires, Santiago Arcos, 2020.

4. Cattaruzza, Alejandro y Alejandro Eujanian, "Del éxito popular a la canonización estatal del *Martín Fierro*: tradiciones en pugna (1870-1940)", en *Políticas de la historia. Argentina 1860-1960*, Madrid, Alianza, 2003, p. 251.

primeras, pueden contarse aquellas comentadas y anotadas por Eleuterio F. Tiscornia (1925) y Santiago M. Lugones (1926), así como la edición crítica de Carlos Alberto Leumann (1945); entre las segundas, vale mencionar las publicaciones realizadas por la Agrupación Amigos del Libro de Arte (1928), por Amigos del Arte (1930) y por Domingo Viau (1937), ilustradas respectivamente por Héctor Basaldúa, Adolfo Bellocq y Tito Saubidet. Si, por un lado, el pasaje de los precarios folletos del siglo XIX a las ediciones de lujo señala el ingreso del *Martín Fierro* a un nuevo circuito de lectores —el de los bibliófilos y coleccionistas de libros preciosos—, por otro lado, en esas sucesivas ediciones que se hacen de los textos de Hernández en la primera mitad del siglo XX, como si se tratara de una única obra, puede leerse su progresiva legitimación y canonización como poema nacional.

Esa interpretación del poema, sin embargo, no dejó de debatirse en la época misma en que fue propuesta. “¿Es el poema de Hernández una obra genial de las que desafían los siglos, o estamos por ventura creando una bella ficción para satisfacción de nuestro patriotismo?”, preguntaba hacia 1913 la revista *Nosotros* en su encuesta sobre el valor del *Martín Fierro*.⁵ En la forma de enunciar la pregunta se inscribía ya una discusión acerca de las operaciones interpretativas del poema que Lugones y Rojas habían realizado ese mismo año, proponiéndolo como el gran poema épico nacional. Esa discusión puede rastrearse, desde ya, en las posiciones críticas que asumen algunos de los intelectuales contestando a una encuesta como la de la revista *Nosotros*. Tal vez la más crispada fue la de quien firmó su respuesta con el seudónimo de Maestro Palmeta, que terminaba sarcásticamente con la propuesta imaginaria de un monumento a Hernández:

5. AA. VV., “Segunda encuesta de ‘Nosotros’: ¿Cuál es el valor del *Martín Fierro*?”, en *Nosotros*, Buenos Aires, X, 50, 1913, pp. 424.

Yo propondría [...] lo siguiente: / 1.º Levantar en la plaza del Congreso una estatua a José Hernández. Se le representará vestido así: bota de potro, chiripá, calzoncillo desflecado; es decir, de la cintura para abajo, de gaucho; de la cintura para arriba, en traje burgués, de americana, cuello duro y corbata; en la cabeza, sombrero de copa. De esta manera la estatua será como un símbolo del pueblo argentino, que surge de la tierra en el gaucho y termina en capitalista y señor.⁶

También Borges, en varias ocasiones, crispado por el peronismo y su recuperación de una tradición nacional y popular, cuestionaría la lectura del *Martín Fierro* como poema nacional. En el final de los prólogos dedicados a *Facundo* y *Recuerdos de provincia* de Sarmiento que incluyó en *Prólogos con un prólogo de prólogos* (1975), propuso una misma idea: “Sarmiento sigue formulando la alternativa: civilización o barbarie. Ya se sabe la elección de los argentinos. Si en lugar de canonizar el *Martín Fierro*, hubiéramos canonizado el *Facundo*, otra sería nuestra historia y mejor”⁷. Contradictoriamente, no fue tanto el *Facundo* sino el *Martín Fierro* la obra que había movilizó la propia literatura de Borges. En “Biografía de Tadeo Isidoro Cruz (1829-1874)” (*El Aleph*, 1949), relato con el que reescribiría *El gaucho Martín Fierro* imaginando la historia del sargento Cruz antes de su encuentro con Fierro, se había aventurado a sugerir que el poema de Hernández constituiría la biblia de los argentinos. No era el primero en proponer esa idea, en verdad. Mientras el éxito de *El gaucho Martín Fierro* había ido acumulando sucesivas ediciones en las décadas de 1870 y 1880, Hernández decide incluir como paratexto a la edición del poema algunos de los juicios críticos que suscitó en la prensa de la época. Entre ellos, el lector podía encontrar uno de Pablo Subieta, quien —en una línea que en el siglo XX derivaría en lecturas como las de

6. AA. VV., “Segunda encuesta de ‘Nosotros’: ¿Cuál es el valor del *Martín Fierro*?”, en *Nosotros*, Buenos Aires, X, 51, 1913, pp. 79-80.

7. Borges, Jorge Luis, “Domingo F. Sarmiento: *Recuerdos de provincia*”, en *Prólogos con un prólogo de prólogos*, Madrid, Alianza, 1998, p. 204. El prólogo a *Recuerdos de provincia* fue escrito por Borges para una edición de 1944; el texto recién citado, sin embargo, es una “Postdata de 1974” que agrega 30 años después.

Lugones o Rojas— no solo propondría que la obra de Hernández “vive en la memoria de todos, y vivirá en las futuras generaciones, porque es el poema más argentino” y que “si Italia tiene su Divina Comedia, España su Quijote, Alemania su Fausto, la República Argentina tiene su Martín Fierro”, sino que es “el libro que suple a la Biblia, a la novela, a la Constitución...”⁸. El *Martín Fierro* como Biblia, entonces, pero también como Constitución de los argentinos: tal vez no sea improductivo subrayar esto en el prólogo a una nueva edición del texto de Hernández, realizada en esta ocasión por la Biblioteca del Congreso de la Nación.

Como fuera, podríamos decir que esta *Biblia* tuvo su Antiguo y su Nuevo Testamento. Porque cada vez que Hernández publicó sus textos, en las sucesivas ediciones que fue sacando durante las décadas de 1870 y 1880 y que configuraron un acontecimiento de éxito de ventas inusitado para la época, siempre editó *El gaucho Martín Fierro* y *La vuelta de Martín Fierro* en forma separada, según pudo constatar Élica Lois al estudiar sus diversas ediciones y los cambios que fueron dándose en la escritura de Hernández entre cada una de ellas.⁹ No hay que subestimar, a la hora de pensar y evaluar esa decisión editorial, ni la experiencia concreta con que ya contaba Hernández como editor hacia 1872, luego de haber trabajado como publicista durante las décadas previas y haber dirigido un periódico como *El Río de la Plata* entre agosto de 1869 y abril de 1870, ni la experiencia de librero que tendría al volverse el propietario de la

8. Subieta, Pablo, “Martín Fierro”, en Hernández, José, *Martín Fierro*, Élica Lois y Ángel Núñez (eds.), Madrid, ALLCA XX / Colección Archivos, 2001, p. 24 y 29. Desde la octava edición de 1874 de *El gaucho Martín Fierro*, bajo el título “Juicios críticos sobre Martín Fierro”, Hernández había ido acumulando las reseñas que en la prensa se habían publicado sobre el poema. La serie de artículos del escritor potosino Pablo Subieta fue publicada en *Las Provincias* (Buenos Aires, 6, 7, 8 y 12 de octubre de 1881) y fue incorporada recién en la 12.ª edición de *El gaucho Martín Fierro* en 1883.

9. Lois, Élica, “Estudio filológico preliminar”, en Hernández, José, *Martín Fierro*, Élica Lois y Ángel Núñez (eds.), Madrid, ALLCA XX / Colección Archivos, 2001, p. XXXIII.

Librería del Plata en 1876, (depósito central para la venta de la primera edición de *La vuelta de Martín Fierro*). Esa experiencia puede sugerir que la decisión editorial de publicar por separado los dos textos fue consciente y sistemática. Si esa opción pudo deberse a la resistencia de Hernández a transformar los dos folletos en el soporte impreso de un libro, también pudo haber sido decidida teniendo en cuenta las diferencias y rupturas que se hacían evidentes entre el poema de 1872 y el de 1879.

“Para abogar por el alivio de los males que pesan sobre esa clase de la sociedad, que la agobian y la abaten por consecuencia de un régimen defectuoso, existe la tribuna parlamentaria, la prensa periódica, los clubs, el libro, y por último el folleto, que no es una degeneración del libro, sino más bien uno de sus auxiliares, y no el menos importante. Me he servido de este último elemento...”, se lee en la “Carta del Sr. Hernández a los editores de la 8va edición” que hace para *El gaucho Martín Fierro* en 1874, carta que funciona entonces como nuevo prólogo para el texto y en la que se puede leer la consciencia con la que Hernández, como autor y editor, optó por el folleto frente al libro. “¡Ojalá que Martín Fierro haga sentir a los que escuchen al calor del hogar la relación de sus padecimientos, *el deseo de poderlo leer!* A muchos les haría caer entonces la baraja de las manos”, se lee también en esa carta. Los gauchos —habitantes de la campaña que forman parte de esa clase social abatida por un régimen político defectuoso— parecen ser a la vez los sujetos a los que se representa literaria y políticamente en el poema y a los que se destina el folleto en que se imprime. El acceso al libro como soporte impreso de la alta literatura implicaba tal vez la dificultad de atravesar una barrera cultural que podría ser limitante para un público no alfabetizado o semialfabetizado, para lectores oyentes en los que se intentaba suscitar el deseo de la lectura silenciosa, como un pasatiempo moralmente más provechoso que el del juego de cartas; en cambio, el folleto podía resultar un impreso más amigable para ese público al que, ya en 1874,

Hernández parece destinar su propia publicación muy conscientemente. Como ha propuesto Julio Schwartzman, la negatividad de las definiciones de folleto en los diccionarios —como obra impresa que no pasa de cien páginas o que no consta de bastantes hojas para formar un libro— se vuelve positiva en términos de circulación: “ese aspecto menor facilita su llegada a sectores sociales más amplios, nuevos lectores para quienes el libro es todavía intimidatorio. De modo que ambos soportes apuntan a públicos distintos”¹⁰.

La “Advertencia editorial”, firmada por los editores de la duodécima edición (1883) de *El gaucho Martín Fierro*, dio testimonio de la circulación del folleto entre los lectores de la campaña, en un gesto que no dejaba de publicitar el éxito de ventas del poema:

Cuarenta mil ejemplares desparramados por todos los ámbitos de la campaña, han constituido la lectura favorita del hogar, de la pulpería, del soldado y de todos los que tenían a mano un ejemplar de *Martín Fierro*. Más aún: en algunos lugares de reunión se creó el tipo del *lector*, en torno del cual se congregaban gentes de ambos sexos, para escuchar con oído atento esa genuina relación de la vida gauchesca.¹¹

Lectura oral y colectiva, entonces, en todos los ámbitos de la campaña: así parecen haberse leído, en buena parte, los folletos de las sucesivas ediciones de *El gaucho Martín Fierro*. Esa modalidad de lectura no fue inventada ni provocada por el poema de Hernández. Ya hacia 1859 una obra del artista francés Jean Leon Pallière registró,

10. Schwartzman, Julio, “Cuando Martín Fierro fue un gaucho sin vueltas (1873-1878)”, En José Hernández, *Martín Fierro*, edición con diseños originales de Roberto Fontanarrosa para la película *Martín Fierro*, Buenos Aires, El Ateneo, 2007, pp. 9-11. Para pensar la contradicción entre la publicación efectiva de las dos partes de la obra en el soporte impreso del folleto y la consideración del texto como libro en varios momentos de *La vuelta de Martín Fierro*, se puede consultar también el libro que Schwartzman ha dedicado a la literatura gauchesca: *Letras gauchas*, Buenos Aires, Eterna Cadencia, 2013, pp. 499-506.

11. Los editores, “Advertencia editorial” a la 12.ª edición de *El gaucho Martín Fierro*, en José Hernández, *Martín Fierro*, Élica Lois y Ángel Núñez (eds.), Madrid, ALLCA XX / Colección Archivos, 2001, p. 8.

en su propio lenguaje visual, el fenómeno de ese lector oral que era un mediador para esos gauchos que aún no habían accedido por aprendizaje a la lectura silenciosa: en la acuarela *Interior de pulpería* (Fig. 1, p. 48), un pulpero lee oralmente el periódico *La Tribuna* para el público de los gauchos que lo escuchan en la pulpería. Pero si el folleto de Hernández no inventó esa modalidad de lectura en la campaña, ya usual en la literatura gauchesca, sin dudas contribuyó a extenderla. La misma “Advertencia editorial” de la duodécima edición de *El gaucho Martín Fierro* citó también en 1883 una carta del ex presidente Nicolás Avellaneda en la que, para refrendar el éxito de difusión y ventas de los dos folletos de Hernández, relataba este otro hecho: “Uno de mis clientes, almacenero por mayor, me mostraba ayer en sus libros los encargos de la campaña: ‘– 12 gruesas de fósforos – Una barrica de cerveza – 12 Vueltas de Martín Fierro – 100 cajas de sardinas’”¹². Ya en 1883, parece, el *Martín Fierro* circulaba por la campaña como un artículo de primera necesidad y a nadie parecía escandalizar que la futura *Biblia* se codeara en una misma lista con sardinas y cerveza.

LA IDA Y LA VUELTA

“Ciérrase este prólogo, diciendo que se llama este libro *La vuelta de Martín Fierro*, porque este título le dio el público, antes, mucho antes de haber pensado yo en escribirlo, y allá va a correr tierras con mi bendición paternal”: de esta manera concluye Hernández el prólogo al folleto de 1879 que, sin embargo, no titula *prólogo* sino “Cuatro palabras de conversación con los lectores”, título que —como ha sugerido Julio Schvartzman— “prolonga la ficción oral”¹³ de una escritura que demanda leerse como si se escuchara a un gaucho cantar, y que evitando el tecnicismo de la palabra *prólogo* se presenta de una manera tal vez más amable con ese público de oyentes de la campaña no acostumbrado a la cultura libresca. Sin dudas, el final de *El gaucho*

12. *Ibidem*, p. 9.

13. Schvartzman, Julio, *Letras gauchas*, Buenos Aires, Eterna Cadencia, 2013, p. 443.

Martín Fierro había generado en los lectores, simultáneamente, incertidumbre y expectativa en torno al viaje de los gauchos Martín Fierro y Cruz hacia los indios con que concluye el texto: “No sé si los habrán muerto / en alguna correría, / pero espero que algún día / sabré de ellos algo cierto” (*Ida*, XIII, 2301-2034). Habría que agregar que el mismo éxito editorial de ese primer folleto también suscitó en los lectores la expectativa de una secuela, una vuelta de Martín Fierro. Y si el público lector le dio de alguna manera ese título al poema de 1879, como se declara en las “Cuatro palabras de conversación”, también será ese mismo público el que empiece muy rápidamente a referirse a uno y otro poema como *Ida* y *Vuelta*, tomando el cruce de esa frontera como un núcleo estructurante del *Martín Fierro*.

Con el tiempo, la relación entre la *Ida* y la *Vuelta* terminó por convertirse en uno de los problemas más discutidos por los lectores críticos del poema. Como señaló Lois, “Martínez Estrada y otros críticos han leído la *Vuelta* contraponiéndola con *El gaucho Martín Fierro* en términos de claudicación, y los han enmarcado como los extremos del proceso que lleva a Hernández de la revolución a la conciliación”¹⁴. David Viñas fue uno de aquellos críticos que consideró que entre uno y otro poema existe una marcada ruptura, e interpretó ese corte en relación al diferente posicionamiento de Hernández en las diversas coyunturas políticas en que fueron publicados, que dejó huellas en los textos. Si en 1872 Hernández ha participado en las revueltas federales del caudillo federal entrerriano Ricardo López Jordán, enfrentándose a las políticas de la presidencia de Sarmiento, hacia 1879 ya había confluido con las políticas del presidente Avellaneda, para terminar por adherir a la candidatura de Roca para la siguiente presidencia, luego de la llamada conquista del desierto. Esos cambiantes compromisos y alineamientos en relación con la coyuntura política dejan rastros en ambos textos y permiten explicar algunas de las diferencias

14. Lois, Élica, “Cómo se escribió el *Martín Fierro*”, en Julio Schvartzman (dir. de volumen), *La lucha de los lenguajes*, vol. 2 de Noé Jitrik (dir. de la obra), *Historia crítica de la literatura argentina* (2.^a ed.), Buenos Aires, Emecé, 2014, p. 220.

más salientes entre la *Ida* y la *Vuelta*: en el primer poema se denuncia el trabajo forzado de los gauchos en el servicio de frontera, mientras en el segundo, en cambio, se recomienda la obediencia al patrón; según Viñas, se trata del “*pasaje de la epopeya del trabajo forzado a la didáctica del trabajo honrado* que solo se explican refiriéndolos a la historia como contexto”¹⁵. Frente a este tipo de lecturas críticas que piensan una ruptura entre la *Ida* y la *Vuelta*, hay otras que han atendido más bien a las posibles continuidades entre uno y otro texto. Más allá de la trayectoria biográfica y política de Hernández como de los consejos explícitos de Martín Fierro a sus hijos en el canto 32 de la *Vuelta*, que recomiendan sumisión y acatamiento a la autoridad, para algunos críticos en las historias gauchas efectivamente narradas en *La vuelta de Martín Fierro* sigue latiendo un permanente tono de denuncia de los conflictos que abaten a los habitantes de la campaña. La lectura crítica de María Teresa Gramuglio es tal vez una de las mejores representantes de esta propuesta ya que lee, antes que ruptura, una cierta continuidad entre la *Ida* y la *Vuelta*. Pese al final feliz que en *La vuelta de Martín Fierro* podría sugerir, luego de su viaje desafiante a los indios, el reencuentro de Fierro con sus hijos y con el hijo de Cruz, Picardía, el canto 33, con el que se cierra el poema, vuelve a poner el conflicto en el primer plano; así, pese a la decisión de Fierro de volver de los indios para integrarse a la sociedad, y pese a su reencuentro con los hijos, el gran narrador final —que en la *Vuelta* organiza y releva las voces de los múltiples narradores gauchos: Fierro, el Hijo Mayor, el Hijo Segundo y Picardía— relata que los personajes deciden separarse, dirigirse cada uno en una dirección diferente y cambiar de nombre, sugiriendo que todavía siguen siendo considerados como delincuentes y prófugos en este otro lado de la frontera en el que aun intentan integrarse. Por ello, pese a las diferencias notorias entre ambos textos, para Gramuglio la *Vuelta* no corrige ni contradice a la *Ida* y “un mismo núcleo

15. Viñas, David, “Paternalismo, heterodoxia y reconciliación”, en *Literatura argentina y realidad política. De Sarmiento a Cortázar*, Buenos Aires, Ediciones Siglo Veinte, 1974, p. 24.

ideológico-afectivo las recorre a ambas y provee a la historia, a la peripecia, de idéntica ‘intención social’”¹⁶.

En 1879 Hernández fue diputado y en 1881, senador en la Legislatura de la Provincia de Buenos Aires; en 1872, su situación era radicalmente diferente. Impreso *El gaucho Martín Fierro* a fines de ese año, será distribuido a comienzos de 1873 y, en apenas dos meses, su primera edición quedará agotada. Hernández, sin embargo, no podrá disfrutar demasiado de su éxito como poeta. En 1871 participó en el levantamiento de López Jordán en Corrientes, cuya derrota lo llevaría al exilio en Brasil, y en 1873 se sumó a una nueva rebelión del caudillo entrerriano, que motivará un proyecto de ley presentado por el presidente Sarmiento a la Cámara de Diputados del Congreso Nacional en el que se ponía precio a la cabeza de López Jordán y sus partidarios: Hernández formaba parte de esa lista.¹⁷ Su situación por esos años tal vez no se diferenciaba tanto, entonces, de la de los gauchos prófugos del final de la *Ida* y de la *Vuelta*. Encerrado en 1872 en el Hotel Argentino, a pocos metros de la casa de gobierno desde la que Sarmiento emitía órdenes para combatir las últimas revueltas de caudillos federales como López Jordán, escribe *El gaucho Martín Fierro* “para alejar el fastidio de la vida de hotel”, tal como se explicita en la carta-prólogo a Zoilo Miguens, pero también para relatar y denunciar “males que conocen todos / pero que naides contó” (*Ida*, XIII, 2315-2316), según se lee en las palabras con que el narrador final de la *Ida* cierra el poema. Si en 1872 Hernández está enfrentado con el poder político, en 1879 está en su centro, como uno de los legisladores que respaldará no

16. Gramuglio, María Teresa, “Continuidad entre la *Ida* y la *Vuelta* de ‘Martín Fierro’”, *Punto de Vista*, año 2, número 7, Buenos Aires, noviembre de 1979, p. 6.

17. Adriana Amante ha vuelto a poner el foco en ese acto por el que Sarmiento puso precio a la cabeza de López Jordán y sus partidarios, en un ensayo fundamental para repensar la tensa relación que se fue tramando durante años entre el autor del *Martín Fierro* y el autor del *Facundo*: ver Amante, Adriana, “El *Martín Fierro* en tafilete rojo”, en José Hernández, *Martín Fierro*, Serie de los dos Siglos, Buenos Aires, Eudeba, 2023.

solo la candidatura presidencial de Roca sino también la conversión de la ciudad de Buenos Aires en capital de la Nación.

En la Argentina del siglo XIX, en un momento histórico en que las prácticas están mezcladas y la literatura no se ha autonomizado respecto de la política, según ha sugerido Ricardo Piglia, el eclipse político está en el origen de las obras fundadoras de la literatura nacional, que fueron escritas en condiciones de libertad condicional o de autonomía forzada: en aquella época “la literatura solo logra existir donde fracasa la política”¹⁸. Es, entre otros, el caso de la escritura de *El gaucho Martín Fierro* por Hernández en 1872 tras la derrota de López Jordán; encerrado como un prófugo en el Hotel Argentino, luego de haber estado exiliado junto al caudillo y sus seguidores en el Brasil, por primera vez en su vida se concentrará —*para matar el tedio de la vida de hotel*— en una escritura que no estará totalmente determinada por los tiempos de la vida política y militante, y que incluso se permitirá el juego con las palabras.

Si bien en 1880 Hernández se integraría al sistema constituido bajo el liderazgo de Roca, en su trayectoria previa había apoyado a Urquiza contra Mitre, aun luchando en las batallas de Cepeda y Pavón; fue uno de los publicistas partidarios del gobierno de la Confederación, en Paraná, frente al Estado de Buenos Aires; denunció el asesinato del Chacho Peñaloza; criticó la Guerra del Paraguay; y, descontento al fin respecto de los posicionamientos de Urquiza, fue parte de los levantamientos políticos y militares de López Jordán, al que, luego de la derrota en Ñaembé (Corrientes) en enero de 1871, seguirá incluso al exilio en Santa Ana do Livramento, Rio Grande do Sul.

En 1863, en la biografía del Chacho Peñaloza que Hernández publica en el periódico *El Argentino* de Paraná, en la que acusa a Sarmiento —entonces gobernador de San Juan— del reciente asesinato del caudillo riojano, había escrito:

18. Piglia, Ricardo, “Sarmiento, escritor”, *Filología*, XXXI, 1-2, Buenos Aires, 1998, p. 19.

Los salvajes unitarios están de fiesta. [...] El partido federal tiene un nuevo mártir. El partido unitario tiene un crimen más que escribir en la página de sus horrendos crímenes. El General Peñaloza ha sido degollado. El hombre ennoblecido por su inagotable patriotismo [...] acaba de ser *cosido a puñaladas* en su propio lecho, degollado, y su cabeza ha sido conducida como prueba del buen desempeño del asesino, al bárbaro Sarmiento. El partido que invoca la ilustración, la decencia, el progreso, acaba con sus enemigos *cosiéndolos a puñaladas*.¹⁹

Si en 1863 invertía la dicotomía civilización-barbarie con motivo de la denuncia del asesinato del Chacho Peñaloza, entre 1869 y 1870, instalado transitoriamente en Buenos Aires, antes de sumarse al levantamiento de López Jordán en Corrientes, y ya durante la presidencia de Sarmiento, dirigió el periódico *El Río de la Plata*, desde cuyas páginas trató críticamente, en un registro periodístico, algunas de las materias de las que estaría hecho luego el poema de *El gaucho Martín Fierro*: el servicio de fronteras, el trato desigual que la ley daba a los hombres de la campaña y a los hombres de la ciudad, o aun la política inmigratoria, fueron temas que merecieron su atención como periodista y como poeta.²⁰

Es posible conjeturar que Hernández finalizó la escritura del poema al volver del exilio en el Brasil, instalado ya en Buenos Aires en el Hotel Argentino. Pudo haber empezado a escribirlo, asimismo, en el tiempo que pasó en 1870, también en Buenos Aires, entre el cierre de *El Río de la Plata* y el viaje que hizo para sumarse al levantamiento de López Jordán en Corrientes. Como fuere, sobre esa escritura presionaban también, seguramente, las voces gauchas oídas en las campañas de Cepeda, Pavón y Ñaembé, así como aquellas que Hernández podría haber escuchado, de joven,

19. Hernández, José, *Vida del Chacho. Estudio filológico, edición y notas de María Celina Ortale*, Buenos Aires, Ediciones del Dock, 2005, pp. 15-16.

20. Para estudiar las relaciones entre las prácticas de Hernández como periodista y como poeta, se pueden consultar, entre otros, los ya clásicos estudios de Pagés Larraya y Halperin Donghi: Pagés Larraya, Antonio, *Prosas del Martín Fierro*, Buenos Aires, Raigal, 1952; Halperin Donghi, Tulio, *José Hernández y sus mundos*, Buenos Aires, Sudamericana-Instituto Torcuato Di Tella, 1995.

al acompañar a su padre en las estancias en que trabajó como capataz. La literatura gauchesca, como propuso Borges, no tuvo otro origen y habría surgido del encuentro de algunos hombres letrados de la ciudad con los soldados gauchos de las guerras de la independencia y de las luchas civiles.²¹

LA GAUCHESCA: UN DESVÍO

“Tachar de artificial o de inveraz a la literatura gauchesca porque esta no es obra de gauchos, sería pedantesco y ridículo; sin embargo, no hay cultivador de ese género que no haya sido alguna vez, por su generación o las venideras, acusado de ello”, afirmó Borges.²² Con ello intentaba poner en primer plano y valorar positivamente el artificio literario de la gauchesca: ella no fue obra de gauchos sino de escritores urbanos que impostaron una voz gaucha en la escritura. Ángel Rama buscaba hacer una distinción semejante al proponer que no se debe confundir inmediatamente a la literatura gauchesca con los gauchos, y que la especificidad del género no debe buscarse ni en sus asuntos, ni en los personajes que ha utilizado, sino en las concretas operaciones literarias que lo hicieron posible; sus textos deben leerse no como producción folclórica sino como literatura.²³ Pero tal vez ha sido Josefina Ludmer quien ha definido el género con mayor síntesis y claridad al pensarlo como “un uso letrado de la voz popular”: se trataría en la literatura gauchesca del “uso de la voz, de una voz (y con ella de una acumulación de sentidos: un mundo) que no es la del que escribe”, y ese uso de la oralidad rural rioplatense en la escritura de los

21. Borges, Jorge Luis, “La poesía gauchesca” [1931], en *Discusión* [2.ª edición, 1957], Madrid, Alianza, 1998, p. 12.

22. *Ibidem*, p. 13.

23. Rama, Ángel, “El sistema de la poesía gauchesca”, en *Los gauchipolíticos rioplatenses* [1982], Vol. 2, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1994, p. 155 y 158.

letrados urbanos sería el correlato del uso del cuerpo del gaucho como trabajador en las estancias y como soldado en las guerras.²⁴

Según Rama, el género se constituyó a partir de una opción fundamental: la elección de un público. Los textos de la literatura gauchesca se habrían dirigido a un público que no es precisamente el de la clase social a la que pertenecieron sus escritores; sus destinatarios fueron los habitantes de la campaña, los gauchos que formaron los ejércitos de las guerras de la independencia y de las luchas civiles. Dado que en su gran mayoría eran iletrados, en el fondo se trató no solo de la opción por un público sino de su invención.²⁵ Esa elección fundamental del género condicionaría otras: en primer lugar, la decisión de trabajar, en la escritura, con el “dialecto rural rioplatense”²⁶; pero también, la elección de ciertos soportes impresos que fueran menos intimidantes que el libro para esos nuevos lectores. Antes que en el formato prestigioso del libro, los textos de la gauchesca se imprimieron en hojas sueltas, periódicos o folletos.

En la carta a Zoilo Miguens que funciona como prólogo a la *Ida*, Hernández se muestra incómodo respecto del estado en que el *Fausto* de Estanislao del Campo había dejado al género gauchesco en 1866 y, desde esa incomodidad, organiza un desvío. Al menos dos fragmentos de esa carta contienen una referencia crítica al poema de Del Campo. En un primer momento, al comentar la dificultosa tarea de “presentar un tipo que personifique el carácter de nuestros gauchos” y a la vez, de denunciar “todos los abusos y todas las desgracias de que es víctima esa clase desheredada de nuestro país”, Hernández empieza a delinear ese corrimiento respecto del género: “Quizás la empresa habría sido para mí más fácil y de mejor éxito, si solo me hubiera propuesto hacer reír a costa de su ignorancia, como se halla autorizado por el uso, en este género de composiciones”. En un segundo momento, ya a punto

24. Ludmer, Josefina, *El género gauchesco. Un tratado sobre la patria* [1988], Buenos Aires, Perfil, 2000, p. 17.

25. Rama, Ángel, “El sistema de la poesía gauchesca”, *op. cit.*, pp. 163-166.

26. *Ibidem*, pp. 179-180.

de despedirse de Zoilo Miguens para someter el poema a su juicio, Hernández termina por explicitar y delinear ese desvío: “espero, mi amigo, que Ud. lo juzgará con benignidad, siquiera sea porque Martín Fierro no va de la ciudad a referir a sus compañeros lo que ha visto y admirado en un 25 de mayo u otra función semejante, referencias algunas de las cuales, como el *Fausto* y varias otras, son de mucho mérito ciertamente, sino que cuenta sus trabajos, sus desgracias, los azares de su vida de gaucho...”. Sabemos hoy que la risa que vibra en el *Fausto* de Estanislao del Campo, aquel poema en que el gaucho Anastasio el Pollo contaba a su amigo Laguna sus impresiones en la representación de la ópera de Gounod en el Teatro Colón, es en todo caso una risa compleja y no se dirige en una única dirección; la lectura que hace Hernández, sin embargo, congela el poema de Estanislao Del Campo en un único sentido desde el que se propone un desplazamiento decisivo. Si el *Fausto* se habría propuesto reír del gaucho a costa de su ignorancia de las normas de representación de la alta cultura operística urbana, para Hernández no se trata de generar risa en torno al gaucho sino de narrar las desgracias de esa “clase desheredada”.

No sorprende entonces que ninguno de los tres epígrafes, que en la primera edición del folleto de *El gaucho Martín Fierro* Hernández amontona a continuación de la carta prólogo a Zoilo Miguens y antes del primer canto del poema, sea una cita a algún poema gauchesco previo. Se puede leer en ese gesto, otra vez, esa incomodidad crítica ante el estado en que Hernández retoma el género gauchesco en 1872. Un fragmento de *Celiar*, la composición que el poeta uruguayo Alejandro Magariños Cervantes publica en Madrid en 1852, es el epígrafe que Hernández propone a los lectores justo antes del primer canto de su propio poema: “En un espacioso rancho / de amarillentas totoras, / en derredor asentadas / de una llama serpeadora, / que ilumina los semblantes / como funeraria antorcha, / hirviendo el agua en el fuego, / y de una mano tras otra / pasando el sabroso mate / que todos con gusto toman, / se pueden contar muy bien / como unas doce personas.” Así empieza el fragmento de Magariños y, en seguida, se le da lugar en el escenario de ese

rancho a “un payador que, tierno, / alza allí sentida trova, / y al compás de su guitarra / versos a raudales brota”.

Llaman la atención, por contraste, las diferentes operaciones que caracterizan al fragmento del poeta uruguayo y a *El gaucho Martín Fierro*. Los versos que Hernández toma del capítulo XV de *Celilar*, titulado “El pallador”, en efecto ponen en escena a un payador cantando con su guitarra en un rancho, alrededor del fuego, y así se ligan temáticamente con lo que puede leerse desde los primeros versos del poema de Hernández: también allí estaremos ante un gaucho cantor. Es evidente, asimismo, que algunos versos del epígrafe (“al compás de la guitarra / versos a raudales brota”) parecen haber motorizado y generado resonancias en algunos de los versos del primer canto de *El gaucho Martín Fierro*: “al compás de la vigüela” (*Ida*, I, 2); “las coplas me van brotando / como agua de manantial” (*Ida*, I, 53-54). Sin embargo, la escritura de Magariños trabaja en una dirección opuesta a la de las opciones lingüísticas del género gauchesco: el canto de ese payador se describe en tercera persona, y su escritura no trabaja con la oralidad rural rioplatense ni apunta a hacer un uso letrado de una voz gaucha. Si algunas pocas opciones léxicas (“rancho”, “mate”, “payador”) remiten a ese mundo rural popular, el texto del autor uruguayo trabaja por elevar ese mundo por medio de un léxico que ostentosamente se quiere culto en muchas ocasiones (“cohorta”, “numen”, “vate”) y por medio de una sintaxis compleja que tiende a la subordinación y abunda en hipérbatos (“de su pecho las congojas”, “de su corazón las gotas”): opciones, todas ellas, que remiten más a la lengua escrita que a la hablada.

Frente a esas opciones, las primeras estrofas del primer canto de *El gaucho Martín Fierro* acumularán toda una serie de recursos para sugerir, por medio del artificio de la escritura, que estamos escuchando el canto de un gaucho, tal como sucede en el género gauchesco:

Aquí me pongo a cantar
 al compás de la vigüela,
 que el hombre que lo desvela
 una pena extraordinaria,
 como la ave solitaria
 con el cantar se consuela.

Pido a los santos del cielo
 que ayuden mi pensamiento:
 les pido en este momento
 que voy a cantar mi historia
 me refresquen la memoria
 y aclaren mi entendimiento.

Vengan santos milagrosos,
 vengan todos en mi ayuda,
 que la lengua se me añuda
 y se me turba la vista;
 pido a mi Dios que me asista
 en una ocasión tan ruda (*Ida*, I, 1-18).

Por lo pronto, el deíctico con que empieza el primer verso del poema apunta desde el inicio a la ilusión mimética, en la escritura, del *aquí y ahora* de la performance del canto. Asimismo, en los primeros dos versos Hernández parece retomar en la escritura fórmulas que ya estaban instaladas en la poesía oral popular.²⁷ Las

27. Becco recoge algún testimonio de “esta feliz y popular forma de iniciación, que recogen numerosos cancioneros”. Por ejemplo, la de este romance: “Aquí me pongo a cantar / abajo de este membrillo...”. (Becco, Horacio Jorge, “Notas”, en José Hernández, *Martín Fierro* [1962]. Introducción, notas, bibliografía y vocabulario de Jorge Becco [6.ª ed.], Buenos Aires, Huemul, 1979, p. 292). No es ocioso agregar que la misma forma de iniciación había sido utilizada por Juan Baltazar Maciel en el que es tal vez el primer poema gauchesco: una composición que, a pesar de haber sido escrita hacia 1777, no habría circulado antes de que Ricardo Rojas lo recuperara en las primeras décadas del siglo XX en su *Historia de la literatura argentina*. Su “Canta un guaso en estilo campestre los triunfos del Excmo. Señor Don Pedro de Cevallos” empezaba también de esta forma que remitía a la poesía oral tradicional: “Aquí me pongo a cantar / debajo de aquestas

repeticiones (“*Pido* a los santos...”, “les *pido*...”, “*pido* a mi Dios...”; “*Vengan* santos milagrosos, / *vengan* todos en mi ayuda...” y aun las invocaciones a ese Dios y a esos santos son otros recursos puestos en juego para mentar, desde la escritura, los procedimientos de un discurso oral en el que las reiteraciones y fórmulas son fundamentales para el buen funcionamiento de la memoria a la hora del canto o del recitado. Esa oralidad, además, se va especificando en una grafía, un léxico y una sintaxis que quieren emular la variedad rioplatense del habla o el canto de un gaucho que, de entrada, no quiere suscitar risa, sino que busca consolar su “pena extraordinaria”.

“Soy gaucho, y entiéndanlo / como mi lengua lo explica” (*Ida*, I, 79-80), dirá Martín Fierro en este mismo canto inaugural. La voz de este gaucho, a diferencia de aquel payador de Magariños Cervantes, no se escribe en tercera sino en primera persona, y canta y explica lo que es ser gaucho, en una voz y una lengua propias con las que Hernández experimenta en la escritura. Así, como su “lengua lo explica”, cantarán sus propias vidas los gauchos de la *Ida* y la *Vuelta*: Martín Fierro, sí, pero también Cruz, el Hijo Mayor y el Hijo Segundo de Martín Fierro, o aun Picardía.

Si el epígrafe de Magariños Cervantes, desde el umbral del poema, pone en primer plano el tema del gaucho cantor, los otros dos epígrafes colocados por Hernández luego del prólogo de la *Ida* y antes del inicio del canto I, señalan el problema que definirá en buena medida las trayectorias de aquellas vidas gauchas: el servicio de frontera y el trato desigual y aun cruel que en él se les daba a los habitantes de la campaña frente a los habitantes de la ciudad. El fragmento del discurso del senador Nicasio Oroño, fechado en octubre de 1869, critica el modo en que, para mandar un contingente a la frontera u organizar un batallón, se “toma por sorpresa” a campesinos y artesanos y, contra su voluntad y “mal de su agrado”, se los conduce a las filas del ejército, mientras que la situación de los soldados en los fortines —desnudos, desarmados, desmontados

talas...” (en Rivera, Jorge B., *La primitiva literatura gauchesca*, Buenos Aires, Editorial Jorge Álvarez, 1968, pp. 63-64).

y hambrientos— es denunciada en el fragmento de un artículo del diario *La Nación* del 14 de noviembre de 1872, que Hernández también toma como epígrafe para *El gaucho Martín Fierro*. Esas críticas también habían movilizado la pluma de José Hernández en las páginas del periódico *El Río de la Plata*; sin embargo, para completar las páginas del folleto de la *Ida*, Hernández no retomará ninguno de sus artículos sobre el servicio de frontera o la desigualdad ante la ley de los habitantes de la ciudad y de la campaña, sino que incluirá un artículo titulado “Camino trasandino” en el que, más bien, es posible pensar un contrapunto con lo que puede leerse en *El gaucho Martín Fierro*, como ha señalado Adolfo Prieto.²⁸ Como sea, escritos también en una lengua que no es la del poema, como el fragmento de Magariños Cervantes, esos otros dos epígrafes tomados del discurso de un senador y de un artículo de un periódico señalan no solo el conflicto decisivo y problemático que definirá las vidas narradas en el poema, sino también el espacio y el paisaje en el que esos gauchos se moverán: la frontera.

PAISAJE Y FRONTERA

Según ha propuesto Adolfo Prieto, la publicación de *El gaucho Martín Fierro* no debe pensarse como la culminación del género gauchesco sino como una de sus posibles alternativas y variantes hacia 1872. En ese sentido, esa primera parte del poema de Hernández selecciona algunas —y no otras— opciones del género, a la vez que

28. En ese artículo, anunciado desde la portada de la primera edición de *El gaucho Martín Fierro* como una “memoria sobre el camino trasandino”, Hernández revisa y reconstruye los viajes de exploración que, desde la época de la colonia, se hicieron para encontrar una ruta adecuada para cruzar Los Andes, con el fin de determinar cuál sería el mejor camino para establecer en el presente un ferrocarril que conecte los territorios de Argentina y Chile. Como señala Prieto, no solo ese opúsculo “no tiene relación temática con el poema”, sino que es una clara expresión de la concepción liberal del progreso material, cuyo desarrollo “arrastraba necesariamente, entre otras consecuencias, a la extinción del gaucho” (Prieto, Adolfo, “La culminación de la poesía gauchesca”, en Adolfo Prieto y otros, *Trajectoria de la poesía gauchesca*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1977, p. 101).

comporta una innovación formal fundamental, entre otras: decide jugarlo todo no ya al diálogo, que se había consolidado como una de las opciones privilegiadas en la historia del género, sino al monólogo de un personaje que cuenta su vida, como si se tratara de su autobiografía.²⁹ A partir de esa decisión, todos los materiales de los que está hecho el poema se reordenan en función de este personaje que canta su propia historia: todo —el paisaje, sí, pero también la frontera, la política de frontera y de inmigración, el malón, los toldos— se encuentra filtrado por la perspectiva interna del gaucho Martín Fierro y, como lectores, accedemos a esos materiales a través del tamiz de esa experiencia particular. Al intentar pensar cómo se configura el espacio en el poema de Hernández, la propuesta de Prieto resulta productiva porque sugiere que esa configuración se juega desde el punto de vista del personaje gaucho que monologa y cuenta su vida: sea Martín Fierro o Cruz, los hijos de Fierro o Picardía.

Aliata y Silvestri han propuesto que, para que haya paisaje, no alcanza con la mera existencia de la naturaleza externa sino que es necesaria la perspectiva de un sujeto que lo configure a partir de ella: un espectador que, en actitud contemplativa, conforma un escenario según su punto de vista, sus experiencias, recuerdos y valores.³⁰ La conceptualización que proponen se acerca al modo en que Williams propuso pensar el paisaje: en tanto práctica cultural, no se trata de poner el foco ante todo en la naturaleza que configura el paisaje sino en el sujeto histórico y social que hizo posible esa configuración. “Un campo en actividad productiva casi nunca es un paisaje. La idea misma del paisaje implica separación y observación”, propuso Williams.³¹ La experiencia histórica del paisaje, por ello, supone un sujeto que tiene a su disposición un tiempo y un espacio de ocio que le permiten esa relación contemplativa con

29. *Ibidem*, pp. 93-96.

30. Aliata, Fernando y Graciela Silvestri, *El paisaje en el arte y las ciencias humanas*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1994.

31. Williams, Raymond, “Capítulo 12: Adorables panoramas”, en *El campo y la ciudad* [1973], Buenos Aires, Paidós, 2001, p. 163.

la tierra. En esta línea, si pensamos el paisaje siempre en relación a un sujeto, a un espectador y a un punto de vista determinado, y si queremos analizar cómo se configura el espacio en el poema de Hernández, es notorio que el sujeto que configura ese espacio es un gaucho y que no solo se presenta configurándolo desde su perspectiva, experiencias, recuerdos y valores, sino también desde su propia lengua y como su lengua lo “explica”.

Borges y Martínez Estrada casi decretaron la ausencia de paisaje en el *Martín Fierro*.³² Hay argumentos, sin embargo, que nos permiten volver a esa lectura y revisarla, al menos en parte. Para ello, resulta necesario considerar y volver a leer algunos pasajes significativos del poema de Hernández, donde la perspectiva de sus gauchos ficcionales no se orienta meramente al espacio en términos prácticos o topográficos —como querían Borges y Martínez Estrada—, sino que también tiende a percibirlo en términos contemplativos y sentimentales. Además, si lo que se discute es la ausencia o presencia del paisaje en la *Ida* y la *Vuelta*, es fundamental también recuperar las imágenes impresas que acompañaron en vida de Hernández buena parte de las publicaciones de ambas partes del poema y que, por su mismo éxito editorial, conformaron —como ha propuesto Laura Malosetti Costa— un imaginario de la frontera y del desierto que es indispensable tener en cuenta para aproximarse a la cultura visual de la época.³³ Tanto en el poema como en los grabados, de modos divergentes que no dejan de confluir en el mismo soporte, se configura paisaje y esa construcción se produce, siempre, desde un punto de vista particular.

“El gaucho más infeliz / tenía tropilla de un pelo, / no le faltaba un consuelo / y andaba la gente lista... / Tendiendo al campo

32. Borges, Jorge Luis, “La poesía gauchesca”, *op. cit.*; Martínez Estrada, Ezequiel, “Parte Tercera: La frontera”, en *Muerte y transfiguración de Martín Fierro. Ensayo de interpretación de la vida argentina* [1948], volumen 3, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1983.

33. Malosetti Costa, Laura, “Buenos Aires-Chicago: La vuelta del malón”, en *Los primeros modernos. Arte y sociedad en Buenos Aires a fines del siglo XIX*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2007, pp. 256-257.

la vista / sólo vía hacienda y cielo” (*Ida*, II, 211-216), se lee en el canto II de la *Ida*. Y los dos últimos versos de la sextina son dos de los únicos cuatro versos en los que, para Martínez Estrada, hay una huella de paisaje de la pampa en el *Martín Fierro*.³⁴ En esos dos últimos versos ya se puede ver operando un poco más concretamente el punto de vista que adopta el gaucho al configurar el espacio y que no deja de presentar una rica ambigüedad. Al tender la vista al campo, el gaucho ve ante todo hacienda: esto es, no mera tierra, no campo vacío, sino hacienda, vacas o ganado vacuno. Ello implica una relación de este sujeto con el espacio en términos de trabajo. No hay que olvidar que estos dos versos aparecen en el contexto del canto II de la *Ida*, en el que Fierro recuerda y reconstruye esa suerte de Edad Dorada antes de que el ejército se lo llevara a la frontera y en el que se presenta como padre, marido y trabajador rural: un pequeño chacarero, con cierta propiedad, que trabaja también agregado en una estancia. La relación con el espacio está en efecto mediada por el trabajo, en ese canto y en esos dos versos: lo que Fierro ve, al tender la vista, es la hacienda en la estancia. No hay, en principio, relación pasiva y contemplativa con el espacio sino una relación más bien activa. Y sin embargo, en el mismo verso, puede encontrarse también una percepción del cielo que no parece implicar una actitud utilitaria. “Solo vía hacienda y cielo”: en ese verso —de manera muy condensada, con elementos mínimos y sin recurrir a descripción alguna— se construye una imagen de paisaje. Además, si bien la relación con el espacio está mediada por el trabajo en ese verso, ese trabajo no deja de concebirse, en el marco de esa escena de la Edad Dorada en la estancia, como ocio, juego y “junción” (*Ida*, II, 224).

En la imagen sintética de esa configuración paisajística, se expresa sin dudas una actitud ambigua, entre lo activo y lo pasivo, en la relación con el espacio. Por ello, la hipótesis propuesta por

34. Martínez Estrada, Ezequiel, “Parte Tercera: La frontera”, *op. cit.* Además de aquellos versos ya citados de la *Ida*, los otros dos en los que Martínez Estrada encuentra paisaje en el poema de Hernández son estos versos de la *Vuelta*: “¡Todo es cielo y horizonte / en inmenso campo verde!” (*Vuelta*, 10, 1491-1492).

Martínez Estrada respecto de que la relación del gaucho con el espacio es fundamentalmente topográfica³⁵ sirve solo parcialmente para pensar aquello que sucede de manera más compleja en el poema. En efecto, en la atención a los cielos que se destaca en la experiencia y el recuerdo de Fierro —tal como se podía ver en los versos que estuvimos analizando como en otros en que el sol o las estrellas son objeto de contemplación— pueden encontrarse elementos que permiten pensar de manera más matizada la relación del gaucho con el espacio que lo rodea. Y si precisamente Martínez Estrada ha llamado la atención sobre la importancia del cielo en los paisajes pictóricos de la llanura, no ha prestado, sin embargo, atención suficiente a la recurrencia de la percepción del cielo en la experiencia de Martín Fierro, según puede leerse en muchos versos del poema y no solo en aquellos cuatro que selecciona de manera privilegiada. Esa importancia del cielo en la experiencia de Fierro, tal como se lee en el poema, tiene a su vez su correlato —veremos— en el lugar destacado que asume en las ilustraciones que llevó el poema en las ediciones que Hernández publicó en vida, sobre todo en aquellas que incorporó a la *Ida* desde su octava edición en 1874, en algunas de las cuales el cielo y las nubes ocupan al menos una mitad de la imagen.

Si bien es fundamental, para pensar la configuración del paisaje en el poema, tener en cuenta el punto de vista y la experiencia de los personajes que cantan sus historias en la mayor parte de la *Ida* y la *Vuelta*, el problema no se puede reducir a esa perspectiva. Tanto al final de la *Ida* como al final y en algunas otras partes de la *Vuelta*, las voces narrativas de los personajes son relevadas y reorganizadas por un narrador final, que no es un personaje —aunque maneje la misma lengua gauchesca de Fierro y de sus hijos, de Cruz y Picardía— y que configura otro punto de vista, externo a la experiencia y la sensibilidad de los personajes, pero igualmente importante para el relato, para el recorrido de los protagonistas e incluso para la configuración del espacio en que estos se desplazan.

35. *Ibidem*.

Así, en el caso de la *Ida*, ese narrador final irrumpe en el canto XIII, relevando la voz de Fierro, encargándose del cierre del relato y desplegando el movimiento de Fierro y Cruz a través de la frontera, camino tierra adentro:

Cruz y Fierro, de una estancia
una tropilla se arriaron;
por delante se la echaron
como criollos entendidos
y pronto, sin ser sentidos,
por la frontera cruzaron.

Y cuando la habían pasao,
una madrugada clara
le dijo Cruz que mirara
las últimas poblaciones;
y a Fierro dos lagrimones
le rodaron por la cara (*Ida*, XIII, 2287-2298).

Pasamos del paisaje hasta allí configurado a través de la perspectiva y de la sensibilidad de Fierro, al paisaje construido por ese nuevo punto de vista que asume el narrador final. Por esta nueva perspectiva, en el acto de leer, imaginariamente vemos por primera vez, al menos de forma externa, a esos cuerpos que hasta entonces asumían la voz del relato, desplazándose por el espacio. Y vemos a esos cuerpos mirar. La configuración paisajística —otra vez sintética y condensada— que se puede leer en la segunda sextina citada, parece componerse además por medio del despliegue sucesivo de varios planos: un plano panorámico inicial, en que se atiende a la claridad de la madrugada en el momento en que se cruza la frontera; un plano intermedio, en que ahora se enfoca en Cruz y en Fierro y en lo que uno le dice e indica al otro; y finalmente un primerísimo primer plano, por el que imaginamos las lágrimas en el rostro de Fierro. Moción y emoción: el movimiento de los personajes, al darse vuelta y ver las últimas poblaciones que abandonan ya del otro lado de la frontera y camino al desierto, es también emoción ante ese paisaje que se deja atrás. Si la *conciencia espacial*

o la *imaginación geográfica* es —según conceptualizó esa noción David Harvey— una capacidad que tienen los individuos de reconocerse en el espacio que los rodea y de reconocer el rol que los espacios y los lugares sociales juegan en su propia biografía,³⁶ algo de esa conciencia espacial imaginaria se opera en Fierro al ver las últimas poblaciones: cruzando la frontera, no deja de sentir que su propia vida está ligada fuertemente a ese espacio que se abandona. Y en esos lagrimones hay que ver operando una particular estructura de sentimientos ligada a ese territorio, en términos de Williams³⁷: porque al desafío ideológico a ese espacio que implican la huida tierra adentro y el programa casi utópico de la vida imaginada en los toldos se sobreimprime, casi enseguida, el lamento por una experiencia que es ya, entonces, la del destierro.

EL MARTÍN FIERRO ILUSTRADO

Hay un aspecto más de los folletos de la *Ida* y la *Vuelta* publicados por Hernández que merece atención: sus ilustraciones. También en ellas se configuró el espacio y el paisaje por el que se mueven los personajes del poema. Al publicarse en 1879 *La vuelta de Martín Fierro*, José Hernández se mostró orgulloso, desde la portada y el prólogo, de las diez imágenes dibujadas por Clerice y grabadas por Supot para la edición. “Lleva también diez ilustraciones incorporadas en el texto, y creo que en los dominios de la literatura es la primera vez que una obra sale de las prensas nacionales con esta mejora”, escribió en las “Cuatro palabras de conversación con los lectores” que funcionan como prólogo en el nuevo folleto y para el cual “no se ha omitido, pues, ningún sacrificio a fin de hacer una publicación en las más aventajadas condiciones artísticas”. Esas imágenes impresas no eran, sin embargo, una absoluta novedad.

36. Harvey, David, *Social Justice and the City* [1973], Oxford, Basil Blackwell, 1993, p. 24.

37. Williams, Raymond, “Estructuras del sentimiento”, en *Marxismo y literatura* [1977], Barcelona, Península, 1997.

Al menos desde su octava edición en 1874, *El gaucho Martín Fierro* había contado también con ilustraciones: un retrato del autor (Fig. 2, p. 54), una imagen de portada (Fig. 3, p. 56) y otras tres intercaladas en el cuerpo del texto (Figs. 4, 5 y 6, pp. 93, 130, 152); estas incluso habían ido retocándose desde entonces, de edición en edición, a la par que Hernández revisaba y reescribía —con mucho cuidado también— numerosos versos del poema. Aunque las ilustraciones de la *Ida* no fueron firmadas, es posible que Carlos Clerice haya sido uno de los que participaron en su producción.

Una ilustración no es nunca tan solo una transposición del texto al lenguaje visual, sino que también es un elemento ornamental: un adorno. La portada de la primera edición de *La vuelta de Martín Fierro* lo deja claro; en ella se puede leer el orgullo de Hernández al incluir las imágenes de Carlos Clerice para la segunda parte de su poema: “Primera edición, adornada con diez láminas” (Fig. 7, p. 155). Adorno, entonces. Sabemos, en efecto, que las letras iniciales o capitulares, las orlas, viñetas, filetes y las ilustraciones en general tuvieron un origen ligado tanto a la ornamentación de los escritos e impresos como a la composición gráfica de la página.³⁸ Por un lado, entonces, se constituyeron como elementos decorativos; por otro lado, permitieron organizar gráficamente el espacio de la página, al segmentar, cortar y organizar el texto de diversos modos. Las ilustraciones de Clerice funcionan en esa doble vertiente: se trata, aquí también, de elementos ornamentales que sirven a la vez para segmentar el texto y organizarlo.

Por ello, la decisión de Hernández respecto de incorporar diez imágenes en esta edición debe ser puesta en relación con otra resolución editorial importante: la de incluir, al final del texto, un índice. De la misma manera en que el índice permite al lector distinguir mejor las partes del folleto y condensa en un breve sintagma

38. Para la cuestión de las ilustraciones en su doble función de ornamentación y composición de la página, ver Benítez, Alejandra, “La anatomía del libro”, en Enrique Longinotti *et al.*, *La biblioteca imaginaria. Antiguos libros de la FADU*, Buenos Aires, Eudeba, 1998, p. 44.

lo que se narra en cada una de ellas, las ilustraciones cortan el texto y lo segmentan, seleccionando algunos núcleos dramáticos fundamentales en el texto: la llegada de Cruz y Fierro a las tolderías (Fig. 8, p. 173), la sepultura de Cruz (Fig. 9, p. 197), la pelea de Martín Fierro con un indio (Fig. 10, p. 210), la vuelta de Martín Fierro y la cautiva (Fig. 11, p. 217), la prisión del Hijo Mayor (Fig. 12, p. 235), los consejos del Viejo Vizcacha (Fig. 13, p. 248), la formación del contingente en el que Picardía será trasladado al servicio de frontera (Fig. 14, p. 288) y luego la vuelta del contingente (Fig. 15, p. 300), la payada entre Fierro y el moreno (Fig. 16, p. 323) y, finalmente, los consejos de Fierro a sus hijos (Fig. 17, 324).

En este sentido, las ilustraciones de la *Ida* y la *Vuelta* pueden pensarse como producto de una opción editorial de Hernández que se corresponde con otras de sus decisiones: en efecto, así como en el armado del discurso Hernández trabaja para asegurar y potenciar una futura y efectiva recepción oral, también trabaja en colaboración con Clerice para inscribir en el texto mismo la posibilidad de una lectura visual. Así, Hernández toma decisiones discursivas, editoriales y visuales que suman, una tras otra, diversas instancias de mediación de la lectura.

Al considerar las imágenes que ilustraron la *Ida* y la *Vuelta*, es posible distinguir algunas diferencias significativas. Una de ellas fue señalada por Guillermina Filipetti. En las imágenes de la *Ida* se representan ante todo escenas de combate (Fierro peleando contra un malón indio, o Fierro peleando contra la partida policial, por ejemplo) y el ilustrador trabajó esas imágenes a partir de la matriz formal que le proveía el género —muy frecuentado en el siglo XIX— de la pintura de batallas, conformando esas escenas de enfrentamiento por medio de planos amplios y generales. En cambio, según Filipetti, en la *Vuelta* nos encontramos con ilustraciones que intentan acercarse más a la intimidad y los sentimientos de los personajes y que, para ello, recurren a iconografías que permiten expresarlos, como la iconografía de la melancolía en el caso de la imagen que representa a Fierro meditando ante la tumba de Cruz,

o en aquella que representa al Hijo Mayor en la prisión.³⁹ Así, con la única excepción de la imagen que representa el duelo entre Fierro y un indio, ante la mirada de la cautiva, el resto de las imágenes de la *Vuelta* parecen evitar el enfrentamiento de los cuerpos e ir en la dirección de la representación de esos sujetos gauchos que ahora meditan frente a la sepultura del compañero o en el espacio de la penitenciaría.

El desafío de ilustrar la literatura gauchesca parece haber sido, en gran parte, el desafío de ilustrar una voz escrita y los tonos fundamentales que adopta: según las hipótesis de Ludmer en *El género gauchesco*, esos tonos fundamentales fueron dos, el tono del desafío y el tono del lamento.⁴⁰ Algo de eso, tal vez, es lo que podemos ver en las diferencias entre las imágenes de la *Ida* y las de la *Vuelta*. La melancolía y el lamento se adueñan de las imágenes de la *Vuelta*, mientras que la lucha y el desafío parecen sublimarse: si la payada de Fierro y el Moreno, también representada en una de las imágenes de Clerice, es una payada de contrapunto y por tanto implica desafío, duelo y conflicto, el contrapunto se resuelve en lo verbal y no desemboca en la lucha física, que Fierro evita al finalizar la payada; además, la imagen que sigue a esa escena —la imagen con que se cierran las ilustraciones de la *Vuelta*— es la que ilustra los consejos de Fierro a sus hijos, donde el conflicto se resuelve otra vez en lo verbal de esos proverbios del anciano que recomiendan no luchar, sino integrarse.

En esa colaboración fructífera entre el escritor y el ilustrador, los textos e imágenes reelaboraron los tópicos de la literatura de frontera e hicieron un aporte a su iconografía, a partir del empuje propio de esas imágenes impresas reproducidas en numerosas ediciones. El territorio mismo —geográfico, cultural, militar— de la frontera, los sujetos que lo atraviesan (gauchos, cautivas e indios) y el paisaje del desierto fueron algunos de sus focos privilegiados.

39. Filipetti, Guillermina, *Imágenes de ida y vuelta. La relación palabra-imagen en las primeras ediciones ilustradas del Martín Fierro (1874-1910)* [Tesis de maestría no publicada], Escuela IDAES (UNSAM), 2014.

40. Ludmer, Josefina, *El género gauchesco. Un tratado sobre la patria*, op. cit.

En torno a esas imágenes realizadas por Clerice, y por el mismo éxito editorial que tuvieron las dos partes del poema, se configuró un imaginario de la frontera y del desierto, fundamental para aproximarse a la cultura visual de la época.

MALÓN

La segunda de las cinco láminas que ilustraron *El gaucho Martín Fierro* desde 1874 representa aquel malón que asalta sorpresivamente al fortín a cuyo servicio habían destinado a Martín Fierro (Fig. 4, p. 93). La imagen que incluimos en esta edición es la versión que puede verse en la edición de 1878 y que se conservó en las ediciones siguientes con muy pocos cambios. Se trata de la figuración de un malón que puede ponerse en una misma serie iconográfica con las imágenes que el pintor alemán Johann Moritz Rugendas había trabajado profusamente, en dibujos y pinturas, en las décadas de 1830 y 1840, así como con el cuadro que Ángel Della Valle terminará realizando hacia 1892, titulado *La vuelta del malón*. También habría que incluir en esa serie, por su cercanía con la ilustración de la *Ida*, uno de los grabados que acompañan la edición de 1872 del *Santos Vega* de Ascasubi.

Las ilustraciones de la *Ida* fueron litografías; el carácter técnico de esa realización determinó que no solo se dispusieran como láminas litográficas a página completa, sino que por ese mismo emplazamiento se pudiera usar, para algunas de ellas, un formato apaisado. Este resultó decisivo, en la imagen de este malón, para sugerir la extensión del espacio de la llanura. El ilustrador de la *Ida* intentó sin dudas dar dinamismo a esa escena dramática. El movimiento intenso no solo es sugerido por la dirección de las lanzas de las figuras indias, o por la posición de los caballos lanzados a la carrera; también las nubes de polvo que se levantan del terreno y cubren en parte los cuerpos de los caballos y los jinetes quieren sugerir algo de la confusión propia de la vivencia del malón. Si en las obras de Rugendas la confusión del entrevero —como ha propuesto Julio Schwartzman— se sugiere gráficamente, muchas

veces, por la difuminación de la línea a la que conduce el abandono del dibujo lineal,⁴¹ el grabado de la *Ida* sin dudas se muestra más rígido en sus líneas, pero no deja de hacer sus esfuerzos para expresar la confusión de la lucha. La composición general también tiene cierta rigidez. El punto de vista alto con el que se compuso la imagen permitió no solo colocar, de forma muy jerarquizada y protagonista, a la figura de Fierro enfrentada a la de un indio en el centro de la composición, sino también organizar en torno de ellas los movimientos diversos de los jinetes de ambos bandos. Como en Rugendas, la iconografía del malón parece trabajarse en el registro genérico de la pintura de batallas, pero en el caso particular de la ilustración de la *Ida*, ese género pictórico —en una inflexión ambigua entre el interés por registrar la experiencia confusa de la batalla y el intento de representar el movimiento general de los bandos de un modo ordenado— se conduce sutilmente hacia el registro del plano militar.

No solo las ilustraciones de la *Ida* se emplazan como láminas a página completa, en formato apaisado; esto determina también, en ocasiones, que la imagen aparezca algo desplazada respecto del texto que ilustra, dispuesta incluso en un canto posterior. De todos modos, el epígrafe, que en la *Ida* reproduce algunos versos del poema, vuelve a anclar la imagen a una zona específica del texto. “Era el hijo de un cacique – según yo lo averigüé – la verdad del caso jué – que me tuvo apuradazo – hasta que al fin de un balazo – del caballo lo bajé”, se lee en el epígrafe del grabado que estamos comentando, remitiéndolo a una de las estrofas del canto III en que Fierro, ya arrancado de sus pagos y sirviendo como soldado en la frontera, narra el episodio de un malón y su lucha particular con un indio. A diferencia de la *Vuelta*, en la que los epígrafes titularán las imágenes en una lengua que ya no es la de la gauchesca y en una voz que ya no es la de estos narradores gauchos protagonistas, en los epígrafes de la *Ida*, que retoman los versos del poema y su apuesta a una variación lingüística ruralizante, la figuración

41. Schvartzman, Julio, “La cautiva de Rugendas”, en *ramona. Revista de artes visuales*, 32, Buenos Aires, mayo/junio de 2003.

del cuerpo gaucho desde su exterioridad que se puede ver en las imágenes no deja de yuxtaponerse al uso de su voz que se puede leer en los versos. Más interesante aun es, entonces, la errata o el lapsus en el epígrafe de este grabado, cuya composición se concentra y dirige especialmente nuestra mirada al modo en que, en el centro de la imagen, Fierro y el indio exhiben sus habilidades no solo a la hora de montar a caballo (el indio escondiendo su cuerpo en la pelea, colgándose de un lado del caballo; Fierro firme sobre su propio caballo encabritado) sino también de usar sus armas (la lanza en el caso del indio; las boleadoras en el caso de Fierro). Frente a ello, el lapsus del epígrafe en la edición de 1878 (que se mantendrá sin corrección en la de 1883) no deja de ser brutal: allí se puede leer “balazo” en lugar de “bolazo”. Sin dudas: a los indios, desde 1878, se los empieza a liquidar sencillamente a balazos.

La escena del malón, en el poema, se trabaja desde la voz y la perspectiva de Fierro, desde su experiencia vívida del malón y de la confusión, el desorden y el desastre que produce entre los soldados gauchos que custodian la frontera como pueden, desprovistos de casi todo. Como ha señalado Adolfo Prieto, esa experiencia interna y subjetiva del malón que Fierro recupera a la hora de recordarlo y narrarlo se puede leer muy bien en la mezcla de jactancia y temor que exhiben sus palabras.⁴² Algo de ello se retoma en los versos recuperados en el epígrafe de la imagen: se puede percibir algo del temor y la alerta de Fierro al contar que aquel indio lo tuvo “apuradazo”, pero también su jactancia al declarar que no se trató de cualquier indio sino del “hijo de un cacique”, al que Fierro terminará desmontando y degollando. Si esa mezcla compleja de miedo y jactancia propia de la perspectiva interior de Fierro puede leerse en el poema y en los versos del epígrafe, el grabado irá por otro lado: en primer lugar, tendremos aquí una representación externa de ese malón (ya no interiorizada por la perspectiva del gaucho); en segundo lugar, el temor y la jactancia heroica se verán redistribuidos algo más esquemáticamente: Fierro es la única figura

42. Prieto, Adolfo, “La culminación de la poesía gauchesca”, *op. cit.*, p. 94.

que —solo contra todos— enfrenta heroicamente al malón yendo hacia él, mientras el resto de los soldados, perseguidos por los indios, huyen en la dirección contraria. Imagen y epígrafe, por ello, yuxtaponen diferentes perspectivas —internas y externas— respecto de lo representado. La imagen se dispone como un contrapunto imaginario respecto de aquello que se puede leer en el poema: en el canto III, ese malón que Fierro recuerda los hace huir a todos y la escena particular del enfrentamiento con el indio se produce en el contexto de esa huida y esa dispersión general de los soldados gauchos que forman la guardia de la frontera.

FRONTERA

Para Martínez Estrada, la frontera —como territorio del poema— es ante todo un espacio geográfico-cultural. Se trata de un espacio fronterizo, en el que entran en contacto la civilización y la barbarie y se penetran mutuamente. Por ello, el sujeto del poema, el gaucho, es pensado por Martínez Estrada como un sujeto fronterizo asociado a ese espacio que, en los versos de Hernández, casi nunca se describe y es más bien sugerido.⁴³ Aquello que implica el espacio de la frontera en el *Martín Fierro* ha sido pensado de otro modo por Pablo Ansolabehere: aquello que se nombra como frontera en el poema es casi siempre lo que en sus versos se llama también, en un campo semántico más específicamente militar, “fortín” o “cantón”: esto es, ese espacio estatal-militar al que la política destina al gaucho, interviniendo en su vida privada y familiar, y sustrayendo su cuerpo para el uso militar. En este sentido, la frontera no implicaría meramente una zona geográfico-cultural fronteriza, como quería Martínez Estrada, sino ante todo un espacio biopolítico, aludiendo de esta manera a la línea de fortines.⁴⁴

43. Martínez Estrada, Ezequiel, “Parte Tercera: La frontera”, *op. cit.*

44. Ansolabehere, Pablo, “Martín Fierro: frontera y relato”, en Graciela Batticuore, Loreley El Jaber y Alejandra Laera (comps.), *Fronteras escritas. Cruces, desvíos y pasajes en la literatura argentina*, Rosario, Beatriz Viterbo, 2008, pp. 234-235.

Si bien la frontera como territorio geográfico-cultural es algo que se figura en las ilustraciones de la *Ida* y la *Vuelta*, el espacio militar del fortín es algo decididamente ausente. En verdad, tampoco ese espacio se describe en las palabras con que Fierro canta su vida. En su memoria, muy pocos lugares se recortan para figurar el espacio del fortín y en ninguno de esos casos hay descripción: tan solo se trata de algunas indicaciones espaciales para las acciones que se recuerdan y se relatan de la experiencia vivida en el fortín. No dejan de ser significativos esos lugares, sin embargo, para esa experiencia: las chacras de los coroneles (como ámbito del trabajo forzado y del negocio privado con los recursos del Estado), la pulpería (como espacio del negociado en que se expropian las prendas, los salarios y el trabajo de los gauchos soldados) y el estaqueadero (como lugar del castigo corporal). Nada de todo esto se figura, en cambio, en las ilustraciones. Tampoco el mangrullo con que solían contar los fortines más equipados: torre con que se intentaba dominar visualmente el territorio para anticipar y prevenir un eventual malón, y que hubiera permitido —en alguno de los grabados— desplegar un accidente vertical en la monótona horizontalidad de la llanura. La frontera, como fortín, no existe en las imágenes. Se representa lo que sucede fuera de él (como en el grabado del malón de la *Ida* que consideramos antes: Fig. 4, p. 93); se representa incluso el antes y el después del paso por el fortín (como en el caso de las dos ilustraciones —Figs. 14 y 15, pp. 288, 300— que puntean la autobiografía de Picardía en la *Vuelta*: primero, la formación del contingente en la oficina del juez; luego, la vuelta del contingente, en el que los gauchos regresan de la frontera casi desnudos y a pie); o incluso se representa ese otro espacio penal que es, junto con el servicio forzado de la frontera, el otro destino social fundamental para el gaucho en el poema (esto es, la penitenciaría en la que se representa, melancólico, al Hijo Mayor de Fierro: Fig. 12, p. 235). Pero ninguna imagen se dedica ni al fortín, ni a las chacras de los coroneles en ese espacio, ni a su pulpería, ni a su estaqueadero.

En este sentido, la frontera en las ilustraciones del poema es más bien esa zona geográfico-cultural fronteriza que conceptualizó Martínez Estrada. Una imagen de la *Ida* se dedica especialmente a ese territorio. Es la imagen final, con la que se representa ese momento en que Fierro y Cruz huyen hacia tierra de indios y se detienen a mirar —mientras comienzan a cruzar la frontera— las últimas poblaciones (Fig. 6, p. 152). No casualmente, en el epígrafe que lleva esa imagen, se combinan versos de dos estrofas del poema. Se inicia con el último verso de una de las últimas sextinas del canto XIII (“Por la frontera cruzaron”) y se cierra con los cuatro primeros versos de la siguiente (“Y cuando la habían pasao / una madrugada clara / le dijo Cruz que mirara / las últimas poblaciones...”). Evidentemente, no solo se retoma el último verso de la estrofa anterior porque el pronombre “la” —en el primer verso de la estrofa siguiente— parece reclamarlo para darle sentido completo a la frase, reenviando a la palabra “frontera”; también parece querer anclarse esa imagen —desde el epígrafe— a ese mismo territorio, que es lo que en ella se figura visualmente: esa zona limítrofe difusa entre las últimas poblaciones y el desierto, por la que cruzan Fierro y Cruz al fugarse hacia tierra de indios. Y si en la sextina del poema, en los dos últimos versos de esa estrofa que no se incluyen en el epígrafe (“y a Fierro dos lagrimones / le rodaron por la cara”), todo el efecto sentimental de la escena es jugado en ese primerísimo primer plano que enfoca y agiganta el detalle de los lagrimones de Fierro al mirar las últimas poblaciones, en ese mismo terreno de los afectos la imagen apuesta todo más bien al empequeñecimiento de las figuras centrales de los dos gauchos en esa extensión inmensa de la llanura.

A diferencia de las ilustraciones que acompañan la publicación de la *Vuelta* en 1879 y que se insertan como pequeñas viñetas entre las columnas del texto del poema, tres de las cinco imágenes que acompañan la *Ida* desde 1874 se disponen como láminas litográficas a página completa, en dirección vertical. Para contemplarlas, el lector debía —al llegar a ellas— pausar la lectura y disponer de otra manera el ejemplar que tenía entre las manos para ver la imagen en

la dirección correcta. La relación con el texto y su lectura, de todos modos, se recuperaba en el epígrafe que se inscribía bajo la imagen y que reproducía algunos versos del poema. En el caso de la ilustración que estamos considerando, el epígrafe retoma los versos de la sextina en que a Fierro se le caen los lagrimones. Esa modalidad de emplazamiento (a página completa) de las ilustraciones que acompañan la *Ida* permitió algo fundamental: trabajar esas imágenes en un formato apaisado que, al menos desde la obra pictórica de Prilidiano Pueyrredón, se venía consolidando como uno de los recursos visuales para configurar el paisaje de la llanura y sugerir su extensión, permitiendo el despliegue gráfico de ese horizonte que se prolonga ampliamente.⁴⁵ Ese formato apaisado puede verse, por ejemplo, en la ilustración que nos ocupa. No se trata aquí, sin embargo, de un paisaje en el sentido específico del género pictórico, en tanto el fondo espacial no se termina de independizar de las figuras ni del asunto. No obstante, las figuras de los dos gauchos —efectivamente centro y asunto de la imagen— se disponen como pequeñas figuras en ese paisaje inmenso de la llanura que permite sugerir el formato apaisado: así, el fondo no deja de tener cierto protagonismo marcado y parece importar tanto como las figuras.

No solo se recurre al formato apaisado para configurar ese paisaje. También se movilizan otros recursos para ello en esta ilustración. Así, tan importante como el formato, el punto de vista se vuelve a mostrar fundamental para el paisaje. En efecto, un punto de vista alto (al menos sobre las figuras de los jinetes) permite colocar el horizonte en el centro de la estampa y esto hace que al menos una mitad de la imagen esté ocupada exclusivamente por el cielo y sus nubes, resortes destacados para sugerir la inmensidad del paisaje de la llanura. Asimismo, en la configuración espacial que propone esta ilustración, se puede reparar no solo en aquellos ranchos aislados en la llanura (esas casas o ese caserío que el poema

45. Malosetti Costa, Laura y Marta Penhos, "Imágenes para el desierto argentino. Apuntes para una iconografía de la pampa", en *Ciudad-campo en las artes en Argentina y Latinoamérica. III Jornadas de Teoría e Historia de las Artes*, Buenos Aires, CAIA, 1991.

menta como las “últimas poblaciones” y que el grabado resuelve con unos pocos trazos oscuros, a los que una de las dos figuras gauchas parece señalar), sino también en el ombú que aparece en medio de la ilustración, cerca del horizonte: como han señalado Malosetti y Penhos, el aislamiento del rancho y del ombú también, hacia 1874, se ha ido estableciendo como uno de los rasgos fundamentales de la iconografía del desierto argentino.⁴⁶

CAUTIVA

Sujeto fronterizo no es solo el gaucho, principal protagonista del poema, como señalaba Martínez Estrada. También lo es la cautiva. Ambos son caracterizados por un movimiento que los hace cruzar de uno al otro lado de la frontera y que los pone en contacto con el indio. “Tres figuras imponentes / formábamos aquel terno: / ella en su dolor materno, / yo con la lengua dejueva / y el salvaje, como fiera / disparada del infierno” (*Vuelta*, 9, 1327-1332), se lee en el canto 9 de la *Vuelta*. El grabado que ilustra ese canto parece trabajar específicamente en relación a esa sextina (Fig. 10, p. 210). En efecto: en una composición clásicamente triangular por la orientación de sus líneas, las tres figuras del gaucho, el indio y la cautiva se imponen como motivos centrales de esa imagen, ocupando casi todo su espacio, aun cuando la línea del horizonte, como fondo de esas figuras, no deja de tener cierta importancia. Se trata de una pelea en el desierto: “Pelea de Martín Fierro con un indio” es el epígrafe que lleva este grabado que —por el procedimiento técnico con que fueron realizadas las imágenes de la *Vuelta*— se dispone como todo el resto bajo y sobre las columnas en que se estructuran los versos del poema en el folleto de 1879. Hemos pasado aquí de la escena del malón de la *Ida* a esta escena de duelo en la *Vuelta*: Fierro pelea ahora contra uno solo, no contra muchos.

Estamos en el canto 9, recordemos: Fierro matará al indio y rescatará así a la cautiva; matar al indio y rescatar a la cautiva serán las

46. *Ibidem*.

credenciales que podrá exhibir, luego, al intentar la vuelta al otro lado de la frontera. En el grabado, los gestos enfáticos con que se disponen las figuras buscan expresar el dramatismo de la escena. Por un lado, los cuerpos de Fierro y del indio se muestran tensos y sugieren el movimiento de la lucha: el indio parece abalanzarse sobre Fierro, que recula y se inclina hacia atrás. Esta vez es el indio quien pelea con boleadoras; Fierro lo hace con un facón en la mano derecha y el poncho enrollado en el brazo izquierdo. Por otro lado, la tercera figura del terno, la cautiva, se representa como una Virgen sufriente —o también como una “Madalena” (*Vuelta*, 7, 1005)—, con una mano agarrándose la cabeza y el otro brazo expresando temor y expectación ante la escena de la pelea. “Ella en su dolor materno”, se leía en la estrofa del canto 9 citada previamente. Ese dolor nos habla de una cuarta figura que se suma a ese triángulo, presente también en el grabado: a los pies de la cautiva se puede ver el cuerpo pequeño de su hijo, asesinado por el indio. Además del gesto sufriente de la cautiva, es tal vez la pequeñez de ese “chiquito” (*Vuelta*, 9, 1302) lo que carga de emotividad a la imagen: es por ellos, como por una suerte de marco interno a la propia imagen, que ingresamos a la escena del duelo y son ellos los que le dan su emotividad.

Vale notar, una vez más, que también en este caso el texto y la imagen parecen trabajar por sendas diversas que se yuxtaponen, sin embargo, en el mismo soporte impreso. Porque ya antes en el canto 8 —en una prolepsis por la cual el relato de Fierro nos lleva momentáneamente al futuro inmediato en el que ya mató al indio y ahora atraviesa el desierto junto a la cautiva para volver del otro lado de la frontera— es la cautiva misma la que le cuenta a Fierro cómo ese indio degolló a su “hijito” (*Vuelta*, 8, 1023), y la que cierra ese canto con las siguientes palabras: “me amarró luego las manos / con las tripitas de mi hijo” (*Vuelta*, 8, 1115-1116). Así, en el poema, la escena que se representa es truculenta y proclive al efecto melodramático al superponer al detalle sangriento el diminutivo que connota ternura y sentimentalismo: “tripitas”. Esto se vuelve a remarcar al narrarse el duelo del canto 9, cuando la pelea

empieza a inclinarse a favor de Fierro a partir del siguiente incidente: “pisa el indio y se refala / en el cuerpo del chiquito” (*Vuelta*, 9, 1301-1302). Justicia divina, como se explica ese incidente a sí mismo el propio Fierro en la siguiente estrofa: el indio cruel que degolló y destripó al chiquito termina por resbalarse en su cuerpo, quedando así a manos del facón de Fierro. Llama la atención, por ello, que en el grabado ninguno de esos detalles truculentos tenga expresión: ni se representa al niño degollado, ni destripado, ni ensangrentado; su cuerpo aparece, más bien, intacto a los pies de la cautiva.

La escena —podría decirse— era para escrita, no para vista. Diferentes regímenes parecen estar funcionando en torno a lo visual y a lo verbal: hay ciertas cuestiones que se pueden decir pero que no se pueden ver. Incluso se podría pensar cierta inversión: las palabras parecen cargarse —en la potencia de esos detalles visuales, truculentos y vívidos de la pelea— con las funciones de las imagen, mientras que la imagen parece cargarse con las funciones de las palabras y termina por representar la mera idea del duelo, con su composición triangular, sus figuras arquetípicas y sus poses enfáticas.⁴⁷ Como sea, si al final de la *Ida* Fierro anunciaba su decisión de irse a vivir tierra adentro, entre indios, como un modo de rechazar el gobierno blanco y su ley, diciendo “a los indios me refalo” (*Ida*, XIII, 2148), en la *Vuelta* el resbalar del indio en el cuerpo del chiquito —eso que se puede decir con palabras pero que no se puede mostrar con imágenes— es lo que hace comenzar su viaje de vuelta.

47. La potencia visual de esos detalles que en muchas ocasiones asumen las palabras del poema podría pensarse también en una de las estrofas más famosas y comentadas del poema, aquella del “gringuito cautivo”, cuyos versos y cuyas lecturas han sido recientemente revisitados lúcidamente por Adriana Amante para pensar la maestría de Hernández en la composición de la sextina (Amante, Adriana, “El *Martín Fierro* en tafilete rojo”, *op. cit.*, pp. 37-42). En una estrofa en la que también el diminutivo del primer verso la carga de emotividad desde su arranque, el detalle que agregan los dos versos finales muestra la potencia visual que asume en sus mejores momentos la escritura de Hernández: “Había un gringuito cautivo / que siempre hablaba del charco / y lo augaron en un charco / por causante de la peste; / tenía los ojos celestes / como potrillito zarco” (*Vuelta*, 6, 853-858).

LAS VUELTAS DE MARTÍN FIERRO: REESCRITURAS Y VERSIONES

46

Las ilustraciones de Clerice fueron la primera versión visual de *Martín Fierro*. No fueron las únicas y, en todo caso, podrían pensarse como la cabeza de serie de la iconografía del poema de Hernández, que fue revisitada en variadas formas, técnicas y soportes. Ya hacia mediados de la década de 1890 un fotógrafo, Francisco Ayerza, encaró un proyecto de ilustrar el *Martín Fierro*; las fotos fueron realizadas en una estancia y para su composición Ayerza trabajó con sus capataces, puesteros y peones, que posaron como gauchos matreros. Durante el siglo XX las versiones y reversiones se multiplicaron. Artistas como Adolfo Bellocq, Juan Carlos Castagnino, Carlos Alonso, Roberto Páez y Ricardo Carpani, por mencionar solo algunos, encontraron en el poema de Hernández un modo de dialogar estética y políticamente con sus propias obras y una manera singular de intervenir en coyunturas históricas diferentes de nuestro país. No faltaron películas, como *Martín Fierro* de Leopoldo Torre Nilson o *Los hijos de Fierro* de Fernando Pino Solanas.

Los versos de Hernández también tuvieron y siguen teniendo numerosas versiones y reversiones literarias durante el siglo XX y el siglo XXI. *Martín Fierro* no ha parado y no para de volver a irrumpir en la cultura argentina, y son tantas sus reescrituras que aquí solo podremos mencionar algunas. Ya en el siglo XIX, *Juan Moreira*, la novela de Eduardo Gutiérrez publicada por primera vez como folletín en el periódico *La Patria Argentina* entre 1879 y 1880, podría pensarse como una continuación de la *Ida*, una versión alternativa a la que José Hernández publicó casi contemporáneamente con *La vuelta de Martín Fierro*. Como ha propuesto Josefina Ludmer, si la posición con la que termina la *Ida* sería la de la confrontación, la violencia y el exilio entre los indios, en un gesto claro de rechazo y desafío frente a la sociedad civil, y si la posición de la *Vuelta* sería en cambio la de los proverbios del anciano Fierro, orientados a aconsejar el pacto económico y la integración a la ley por el trabajo, *Juan Moreira* de Eduardo Gutiérrez propondría otro final a

lo abierto en la *Ida*: ya no una versión pacifista, sino una violenta, que asume la posición popular de la confrontación y la violencia hasta el fin.⁴⁸

En una línea parecida a la de *Juan Moreira*, insatisfecho con el final de *La vuelta de Martín Fierro*, Borges propone un cierre alternativo en “El fin” (*Ficciones*, 1944), haciendo pelear a muerte a Martín Fierro y el Moreno, así como propone una precuela para la *Ida*, al imaginar la vida del sargento Cruz antes de su encuentro decisivo con Fierro, en “Biografía de Tadeo Isidoro Cruz (1829-1874)” (*El Aleph*, 1949). “La aventura consta en un libro insigne; es decir, en un libro cuya materia puede ser todo para todos (I Corintios 9:22), pues es capaz de inagotables repeticiones, versiones, perversiones”, se lee en ese relato de Borges: el *Martín Fierro* se ha vuelto ya la Biblia para los argentinos. Algo en el enfrentamiento entre el Fierro y el Moreno del canto 30 de la *Vuelta* parecía pedir una nueva versión: es lo que hizo también Leónidas Lamborghini en “Los dos sabios” (*Las reescrituras*, 1996), poema en el que, según la lectura de Julio Schwartzman, el procedimiento es, a diferencia de aquel de Borges en “El fin”, quitar lo que parece sobrar y no agregar lo que falta. En su poema, Lamborghini, en palabras de Schwartzman, “no permite que la confrontación llegue a su desenlace, que haya un vencedor y un derrotado [...] y deja a los dos sabios felizmente ignorantes payando eternamente, en la rueda del canto y de la fiesta compartida de las palabras”⁴⁹. Algunos años antes de que Lamborghini publicara ese poema en *El riseñor* (1975), con el título de “el Sabio Blanco y el Sabio Negro / el Sabio Negro y el Sabio Blanco”, los tonos del canto de Fierro volvían también en la voz y en un disco de Atahualpa Yupanqui: *El payador perseguido* (1964).

48. Ludmer, Josefina, “Los escándalos de Juan Moreira”, en Eduardo Gutiérrez, *Juan Moreira*, Buenos Aires, Perfil Libros, 1999, p. IX-X.

49. Schwartzman, Julio, “El Moreno de la payada: una épica de la derrota”, en José Hernández, *Obras Completas, Volumen 4: Obra literaria*, María Celina Ortale (ed.), Córdoba, Edivim, 2018, pp. 111.

Más recientemente, Martín Fierro vuelve —repetido y/o perverso— en el desorden o el extrañamiento que produce la lectura de *El Martín Fierro ordenado alfabéticamente* (2007) de Pablo Katchadjian; también en las voces de pibes chorros y cumbia villera con las que Oscar Fariña escribe su *El guacho Martín Fierro* (2011); también en “El amor” (2011) de Martín Kohan, que fantasea con la relación amorosa entre Fierro y Cruz durante sus días en las tolderías, o en *Las aventuras de la China Iron* (2018), que reversiona la historia desde el punto de vista de la mujer de Fierro, casi ausente en el poema de Hernández. Es muy probable que esos dos folletos populares que fueron *El gaucho Martín Fierro* y *La vuelta de Martín Fierro*, y que terminaron conformando la Biblia para los argentinos, publicados ambos hace ya casi 150 años, en el futuro nos sigan regalando felizmente nuevas versiones y perversiones.



Fig. 1. Jean León Pallière. *Interior de pulpería*. Ca. 1859. Acuarela sobre papel. Buenos Aires, Museo Nacional de Bellas Artes.

Bibliografía

- AA. VV., "Segunda encuesta de 'Nosotros': ¿Cuál es el valor del *Martín Fierro*?", en *Nosotros*, Buenos Aires, X, 50, 51 y 52, 1913.
- Aliata, Fernando y Graciela Silvestri, *El paisaje en el arte y las ciencias humanas*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1994.
- Altamirano, Carlos, "La fundación de la literatura argentina", en Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo, *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*, Buenos Aires, Ariel, 1997.
- Amante, Adriana, "El *Martín Fierro* en tafilete rojo", en José Hernández, *Martín Fierro*, Serie de los dos Siglos, Buenos Aires, Eudeba, 2023.
- Ansolabehere, Pablo, "Martín Fierro: frontera y relato", en Graciela Batticuore, Loreley El Jaber y Alejandra Laera (comps.), *Fronteras escritas. Cruces, desvíos y pasajes en la literatura argentina*, Rosario, Beatriz Viterbo, 2008.
- Becco, Horacio Jorge, "Notas", en José Hernández, *Martín Fierro* [1962]. Introducción, notas, bibliografía y vocabulario de Jorge Becco (6.^a ed.), Buenos Aires, Huemul, 1979.
- Benítez, Alejandra, "La anatomía del libro", en Enrique Longinotti y otros, *La biblioteca imaginaria. Antiguos libros de la FADU*, Buenos Aires, Eudeba, 1998.
- Borges, Jorge Luis, "Domingo F. Sarmiento: *Recuerdos de provincia*", en *Prólogos con un prólogo de prólogos* [1975], Madrid, Alianza, 1998.
- Borges, Jorge Luis, "La poesía gauchesca" [1931], en *Discusión* [2.^a edición, 1957], Madrid, Alianza, 1998.
- Borges, Jorge Luis y Margarita Guerrero, *El Martín Fierro* [1953], Madrid, Alianza, 1998.
- Cattaruzza, Alejandro y Alejandro Eujanian, "Del éxito popular a la canonización estatal del *Martín Fierro*: tradiciones en pugna (1870-1940)", en *Políticas de la historia. Argentina 1860-1960*, Madrid, Alianza, 2003.

- Filipetti, Guillermina, *Imágenes de ida y vuelta. La relación palabra-imagen en las primeras ediciones ilustradas del Martín Fierro (1874-1910)* [Tesis de maestría no publicada], Escuela IDAES, Universidad Nacional de San Martín, 2014.
- Gramuglio, María Teresa, "Continuidad entre la Ida y la Vuelta de 'Martín Fierro'", *Punto de Vista*, año 2, número 7, Buenos Aires, noviembre de 1979.
- Halperin Donghi, Tulio, *José Hernández y sus mundos*, Buenos Aires, Sudamericana-Instituto Torcuato Di Tella, 1995.
- Harvey, David, *Social Justice and the City* [1973], Oxford, Basil Blackwell, 1993.
- Hernández, José, *Vida del Chacho. Estudio filológico, edición y notas de María Celina Ortale*, Buenos Aires, Ediciones del Dock, 2005.
- Lois, Élida, "Estudio filológico preliminar", en Hernández, José, *Martín Fierro*, Élida Lois y Ángel Núñez (eds.), Madrid, ALLCA XX / Colección Archivos, 2001.
- Lois, Élida, "Cómo se escribió el *Martín Fierro*", en Julio Schvartzman (dir. de volumen), *La lucha de los lenguajes*, vol. 2 de Noé Jitrik (dir. de la obra), *Historia crítica de la literatura argentina* [2003] (2.^a ed.), Buenos Aires, Emecé, 2014.
- Los editores, "Advertencia editorial" a la 12va edición de *El gaucho Martín Fierro*, en José Hernández, *Martín Fierro*, Élida Lois y Ángel Núñez (eds.), Madrid, ALLCA XX / Colección Archivos, 2001.
- Ludmer, Josefina, "Los escándalos de Juan Moreira", en Eduardo Gutiérrez, *Juan Moreira*, Buenos Aires, Perfil Libros, 1999.
- Ludmer, Josefina, *El género gauchesco. Un tratado sobre la patria* [1988], Buenos Aires, Perfil, 2000.
- Malosetti Costa, Laura, "Buenos Aires-Chicago: *La vuelta del malón*", en *Los primeros modernos. Arte y sociedad en Buenos Aires a fines del siglo XIX*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2007.

- Malosetti Costa, Laura y Marta Penhos, "Imágenes para el desierto argentino. Apuntes para una iconografía de la pampa", en *Ciudad-campo en las artes en Argentina y Latinoamérica. III Jornadas de Teoría e Historia de las Artes*, Buenos Aires, CAIA, 1991.
- Martínez Estrada, Ezequiel, "Parte Tercera: La frontera", en *Muerte y transfiguración de Martín Fierro. Ensayo de interpretación de la vida argentina* [1948], Volumen 3, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1983.
- Martínez Gramuglia, Pablo, *Lecturas del Martín Fierro. Del folleto al clásico nacional*, Buenos Aires, Santiago Arcos, 2020.
- Pagés Larraya, Antonio, *Prosas del Martín Fierro*, Buenos Aires, Raigal, 1952.
- Piglia, Ricardo, "Sarmiento, escritor", *Filología*, XXXI, 1-2, Buenos Aires, 1998.
- Prieto, Adolfo, "La culminación de la poesía gauchesca", en Adolfo Prieto y otros, *Trayectoria de la poesía gauchesca*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1977.
- Rama, Ángel, "El sistema de la poesía gauchesca", en *Los gauchipolíticos rioplatenses* [1982], Vol. 2, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1994.
- Rivera, Jorge B., "Ingreso, difusión e instalación modelar del *Martín Fierro* en el contexto de la cultura argentina", en José Hernández, *Martín Fierro*, Élica Lois y Ángel Núñez (eds.), Madrid, ALLCA XX / Colección Archivos, 2001.
- Rivera, Jorge B., *La primitiva literatura gauchesca*, Buenos Aires, Editorial Jorge Álvarez, 1968.
- Schvartzman, Julio, "Cuando Martín Fierro fue un gaucho sin vueltas (1873-1878)", en José Hernández, *Martín Fierro*, edición con diseños originales de Roberto Fontanarrosa para la película Martín Fierro, Buenos Aires, El Ateneo, 2007.

- Schvartzman, Julio, "El Moreno de la payada: una épica de la derrota", en José Hernández, *Obras Completas, Volumen 4: Obra literaria*, María Celina Ortale (ed.), Córdoba, Eduvim, 2018.
- Schvartzman, Julio, "La cautiva de Rugendas", en *ramona. Revista de artes visuales*, 32, Buenos Aires, mayo/junio de 2003.
- Schvartzman, Julio, *Letras gauchas*, Buenos Aires, Eterna Cadencia, 2013.
- Subieta, Pablo, "Martín Fierro" [1881], en Hernández, José, *Martín Fierro*, Élica Lois y Ángel Núñez (eds.), Madrid, ALLCA XX / Colección Archivos, 2001.
- Viñas, David, "Paternalismo, heterodoxia y reconciliación", en *Literatura argentina y realidad política. De Sarmiento a Cortázar*, Buenos Aires, Ediciones Siglo Veinte, 1974.
- Williams, Raymond, "Capítulo 12: Adorables panoramas", en *El campo y la ciudad* [1973], Buenos Aires, Paidós, 2001.
- Williams, Raymond, "Estructuras del sentimiento", en *Marxismo y literatura* [1977], Barcelona, Península, 1997.

I

EL GAUCHO MARTÍN FIERRO

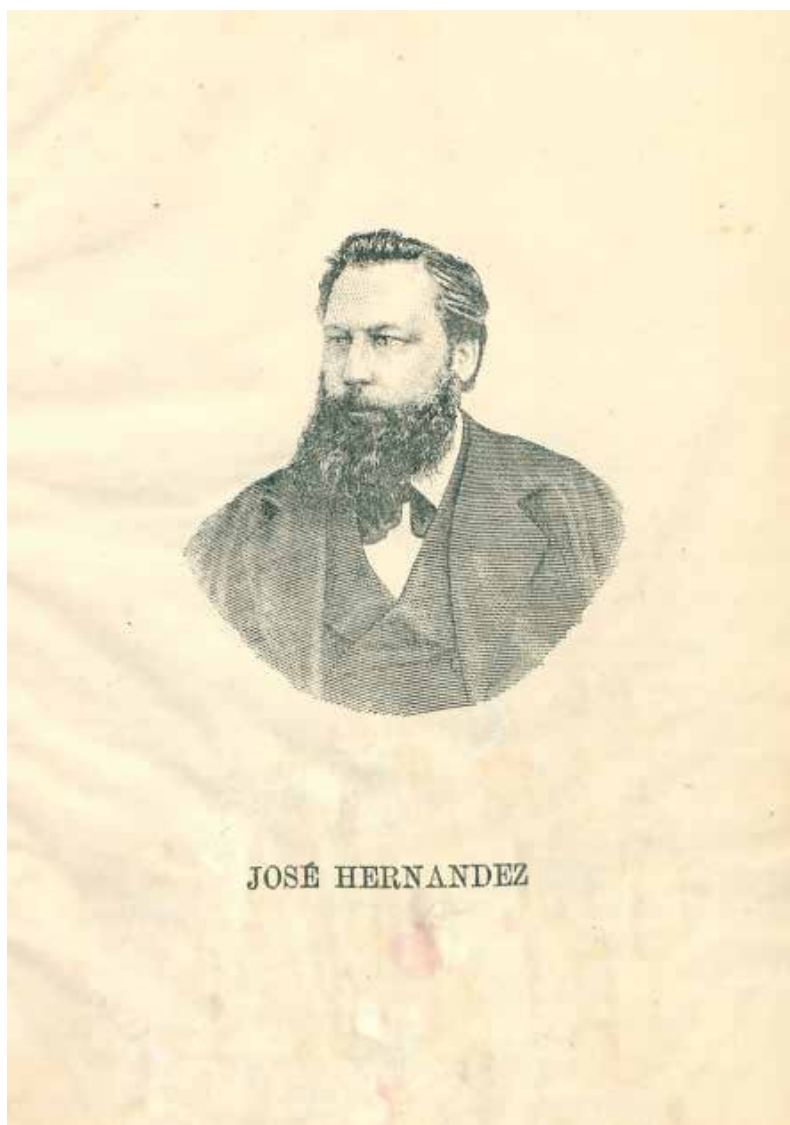


Fig. 2. Retrato de José Hernández. Litografía. Imagen incluida en la 8.^a edición de *El gaucho Martín Fierro*, Buenos Aires, Taller de Zincografía, 1874.

Fig. 3. Portada de la 8.^a edición de *El gaucho Martín Fierro*,
Buenos Aires, Taller de Zincografía, 1874.

EL GAUCHO
MARTIN FIERRO

POR

JOSÉ HERNÁNDEZ

OCTAVA EDICION

ADORNADA CON TRES LÁMINAS Y EL RETRATO DEL AUTOR

y precedida de varios juicios críticos emitidos a proposito de la primera



BUENOS AIRES

Taller de Zincografía, calle Belgrano 225 $\frac{1}{2}$

1874

CARTA DEL AUTOR A DON JOSÉ ZOILO MIGUENS

SR. D. JOSÉ ZOILO MIGUENS.

QUERIDO AMIGO:

Al fin me he decidido a que mi pobre MARTÍN FIERRO, que me ha ayudado algunos momentos a alejar el fastidio de la vida del Hotel, salga a conocer el mundo, y allá va acogido al amparo de su nombre.

No le niegue su protección, Vd. que conoce bien todos los abusos y todas las desgracias de que es víctima esa clase desheredada de nuestro país.

Es un pobre gaucho, con todas las imperfecciones de forma que el arte tiene todavía entre ellos y con toda la falta de enlace en sus ideas, en las que no existe siempre una sucesión lógica, descubriéndose frecuentemente entre ellas, apenas una relación oculta y remota.

Me he esforzado, sin presumir haberlo conseguido, en presentar un tipo que personificara el carácter de nuestros gauchos, concentrando el modo de ser, de sentir, de pensar y de expresarse y de colorido, con todos los arranques de su altivez, inmoderados hasta el crimen, y con todos los impulsos y los arrebatos, hijos de una naturaleza que la educación no ha pulido y suavizado.

Cuantos conozcan con propiedad el original podrán juzgar si hay o no semejanza en la copia.

Quizá la empresa habría sido para mí la más fácil y de mejor éxito, si solo me hubiera propuesto hacer reír a costa de su ignorancia, como se halla autorizado por el uso, en este género de composiciones; pero mi objeto ha sido dibujar a grandes rasgos,

aunque fielmente, sus costumbres, sus trabajos, sus hábitos de vida, su índole, sus vicios y sus virtudes: ese conjunto que constituye el cuadro de su fisonomía moral y los accidentes de su existencia llena de peligros, de inquietudes, de inseguridad, de aventuras y de agitaciones constantes.

Y he deseado todo esto, empenándome en imitar ese estilo abundante en metáforas que el gaucho sin conocer y sin valorar, y su empleo constante de comparaciones tan extrañas como frecuentes: en copiar sus reflexiones con el sello de la originalidad que las distingue y el tinte sombrío de que jamás carecen, revelándose en ellas esa especie de filosofía propia, que sin estudiar, aprende en la misma naturaleza; en respetar la superstición y sus preocupaciones, nacidas y fomentadas por su misma condición social, y ese indolencia que le es habitual, basta llegar a constituir una de las condiciones de su espíritu; en retratar, en fin, lo más fielmente que me fuera posible, con todas sus especialidades propias, ese tipo original de nuestras Pampas, tan poco conocido por lo mismo que es difícil estudiarlo, tan erróneamente juzgado muchas veces, y que al paso que avanzan las conquistas de la civilización, va perdiéndose casi por completo.

Sin duda que todo esto ha sido demasiado desear para tan pocas páginas, pero no se me puede hacer un cargo por el deseo, sino por haberlo conseguido.

Una palabra más, destinada a disculpar sus defectos. Páselos Vd. por alto, porque quizá no lo sean todos los que a primera vista puedan parecerlo, pues no pocos se encuentran allí como copia o imitación de los que lo son realmente.

Por lo demás, espero, mi amigo, que V. lo juzgará con benignidad, siquiera sea porque Martín Fierro no va de la ciudad a referir a sus compañeros lo que ha visto y admirado en un 25 de Mayo u otra función semejante, referencias algunas de las cuales, como el Fausto y varias otras, son de mucho mérito ciertamente, sino que cuenta sus trabajos, sus desgracias, los azares de su vida de gaucho, y Vd. no desconoce que el asunto es más difícil de lo que muchos se lo imaginarán.

*Y con lo dicho basta para preámbulos, pues ni MARTÍN FIERRO
exige más, ni Vd. gusta mucho de ellos, ni son de la predilección del
público, ni se avienen con el carácter de
Su verdadero amigo—*

59

JOSÉ HERNÁNDEZ

Buenos Aires, Diciembre de 1872.

CARTA DEL SR. HERNÁNDEZ

(a los editores de la octava edición)

Señores Editores:

Sin ningún interés egoísta, ni aun de amor propio siquiera, deseo a Vds. un éxito feliz en su pequeña empresa.

¡Ojalá que el público compense con generosa protección, no el mérito de la obra que Vds. van a ofrecerle, que es bien escaso ciertamente, sino sus esfuerzos y los sacrificios empleados para hacerse de ella una edición abundante y esmerada.

Permítanme Vds. manifestarles ahora la confianza con que espero de su fina atención, que reserven a esta carta un pequeño espacio entre las páginas del folleto, porque anhelo satisfacer en ella una deuda de gratitud que tengo para con el público, para con la prensa Argentina y mucha parte de la Oriental; para con algunas publicaciones no americanas, y para con los escritores que dignándose ocuparse de mi humilde trabajo, lo han ennoblecido con sus juicios ofreciéndome a la vez, sin ellos procurarlo, la recompensa más completa y la satisfacción más íntima.

Hace apenas dos años que se hizo la primera edición de *Martín Fierro* en un pequeño número de ejemplares.

Su aparición fue humilde como el tipo puesto en escena, y como las pretensiones del autor.

Algunos diarios de Buenos Aires y de la Campaña, como *La República*, *La Pampa*, *La Voz del Saladillo* y otros, dieron cuenta al público de la aparición de aquel *gaucho*, que se exhibía cantando en su guitarra las desgracias y los dolores de su raza.

Las recomendaciones eran hechas en conceptos lisonjeros y honrosos y los resultados fueron completamente favorables.

Antes de dos meses estaba agotada la edición, tras de la que han venido otra y otra, hasta la 8° o 9° que Vds. preparan ahora.

Y ven Vds. cuán difícil me será satisfacer la deuda de agradecimiento que me impone la acogida dispensada a ese harapiento cantor del desierto.

La prensa Argentina en general, ha honrado también con una benevolencia obligante las trovas del desgraciado payador, y en una misma época, o sucesivamente, los cantos de *Martín Fierro* han sido reproducidos íntegros o en extensos fragmentos por *La Prensa*, *La República* de Buenos Aires, *La Prensa de Belgrano*, *La Época* y *El Mercurio* del Rosario, *El Noticiero* de Corrientes, *La Libertad* de Concordia, y otros periódicos cuyos nombres no recuerdo, o cuyos ejemplares no he logrado obtener.

Así al consignar aquí los nombres de esos obreros del pensamiento, en que se encuentran representados todos los matices de la opinión, deseo significar con este recuerdo un legítimo agradecimiento, haciéndolo extensivo a muchos órganos de la prensa Oriental, como *La Tribuna* y *La Democracia* de Montevideo, *La Constitución* y *La Tribuna Oriental* de Paysandú, que, o lo han reproducido íntegro o en parte, o lo han favorecido con sus juicios, popularizando la obra, y honrando al autor.

La publicación ilustrada *El Correo de Ultramar* le brindó en sus columnas acogida que no podía ambicionar jamás esa creación humilde, nacida para respirar las brisas de la Pampa, y cuyos ecos solo pueden escucharse, sentirse y comprenderse en las llanuras que se extienden a las márgenes del Plata.

Por lo que respecta a los escritores cuyos fallos honrosos colocan Vds. al frente de la nueva edición, ellos comprenderán los sentimientos que me animan, con solo manifestarles mi persuasión íntima de que, el éxito que pueda alcanzar en lo sucesivo, lo deberá casi en su totalidad a esos protectores, que han venido galante y generosamente a abrirle al pobre *gaucho* las puertas de la opinión ilustrada.

Ellos son autores, y de producciones ciertamente de mayor mérito que la mía, aunque de diverso género, y ellos saben por experiencia propia, cuan íntima satisfacción derrama en el espíritu de

quien ve su pensamiento en forma de libro, el ver ese mismo libro ojeado por los hombres de letras, honrado con su aprobación y prestigiado con su aplauso.

Aquí podría, y hasta quizá debería poner término a esta carta, puesto que he cumplido los principales objetos que he tenido en vista; pero sea el hábito que se forma todo el que se pone en frecuentes confidencias con el público, o sea cualquiera otra razón, lo cierto es, que siento la necesidad de dar expansión a mis ideas, y de dejar correr libremente el pensamiento siquiera por algunos instantes.

Quizá tiene razón el Sr. Pelliza al suponer que mi trabajo responde a una tendencia dominante de mi espíritu, preocupado por la mala suerte del gaucho.

Mas las ideas que tengo al respecto, las he formado en la meditación, y después de una observación constante y detenida.

Para mí, la cuestión de mejorar la condición social de nuestros gauchos, no es solo una cuestión de detalles de buena administración, sino que penetra algo más profundamente en la organización definitiva y en los destinos futuros de la sociedad, y con ella se enlazan íntimamente estableciéndose entre sí una dependencia mutua, cuestiones de política, de moralidad administrativa, de régimen gubernamental, de economía, de progreso y civilización.

Mientras que la ganadería constituya las fuentes principales de nuestra riqueza pública, el hijo de los campos, designado por la sociedad con el nombre de *gaucho*, será un elemento, un agente indispensable para la industria rural, un motor sin el cual se entorpecería sensiblemente la marcha y el desarrollo de esa misma industria, que es la base de un bienestar permanente y en que se cifran todas las esperanzas de riqueza para el porvenir.

Pero ese *gaucho* debe ser ciudadano y no paria; debe tener deberes y también derechos, y su cultura debe mejorar su condición.

Las garantías de la ley deben alcanzar hasta él; debe hacérsele partícipe de las ventajas que el progreso conquista diariamente: su rancho no debe hallarse situado más allá del dominio y del límite de la Escuela.

Esto es lo que aconseja el patriotismo, lo que exige la justicia, lo que reclama el progreso y la prosperidad del país.

No se cambia en un año, ni en un siglo a veces, la planta de la riqueza pública de una Nación.

Muchas falsas teorías, muchos principios erróneos, y que eran aceptados hasta hace pocos años como axiomas a los cuales estaban obligadas a ajustarse todas las ideas, han venido a ser destruidos por los adelantos de la ciencia, y por los fantásticos progresos que el genio del hombre realiza a cada instante.

Así ha sucedido en todas las ciencias, así sucede por lo tanto en las ciencias sociales.

Sus verdaderos principios, como todos los que forman el más sólido fundamento del progreso humano, son contemporáneos de la América, unos, de la libertad de América, los más.

Antes no se admitía la idea de un pueblo civilizado, sino cuando había recorrido los tres grandes períodos de pastor, agricultor y fabril.

La intransigente severidad de tales principios, exigía el tránsito de un pueblo por esas tres evoluciones de la economía industrial, para discernirle el título de cultura, que de otra manera no lograba alcanzar jamás.

Un pueblo pastor, significaba una sociedad embrionaria, colocada en el primer periodo de su formación, y elaborando lentamente en su seno los elementos que debían elevarlo en la escala de la civilización, que el error y el atraso habían graduado.

Pero tales errores no son de la época, y el progreso moderno en todas sus manifestaciones, se ha encargado de disiparlos totalmente.

El vapor, dando seguridad y facilidades a la navegación, los ferrocarriles suprimiendo las distancias, el telégrafo ligando entre sí a todas las sociedades civilizadas, han convertido al mundo en un vasto taller de producción y de consumo.

La actividad de los cambios circula en las inmensas arterias de ese cuerpo formado por un planeta, con facilidad y rapidez, y sus efectos se extienden en cada grupo social hasta el más lejano de los miembros que lo componen.

Los pueblos no viven ya en el aislamiento, que los condenaba a marchar paso a paso, realizando lentamente las conquistas destinadas a asegurar su progreso y su perfeccionamiento.

Hoy, sus evoluciones son menos tardías, llevan impreso otro sello, y obedecen a otra tendencia.

En nuestra época, un país cuya riqueza tenga por base la ganadería, como la Provincia de Buenos Aires y las demás del litoral Argentino y Oriental, puede no obstante ser tan respetable y tan civilizado, como el que es rico por la agricultura, o el que lo es por sus abundantes minas, o por la perfección de sus fábricas.

La naturaleza de la industria no determina por sí sola los grados de riqueza de un país, ni es el barómetro de su civilización.

La ganadería puede constituir la principal y más abundante fuente de riqueza de una nación, y esa sociedad, sin embargo, puede hallarse dotada de instituciones libres como las más adelantadas del mundo; puede tener un sistema rentístico debidamente organizado, y establecido sólida y ventajosamente su crédito exterior; puede poseer Universidades, Colegios, un periodismo abundante e ilustrado; una legislación propia, círculos literarios y científicos; pueden marchar formando parte de la inmensa falange de los civilizadores de la humanidad, sus publicistas, sus oradores, sus juriconsultos, sus estadistas, sus médicos, sus poetas; y seguir de cerca las huellas de las escuelas más adelantadas sus ingenieros, arquitectos, pintores y músicos; cultivar finalmente, con igual éxito y con honroso afán, todos los demás ramos de utilidad u ornato, que forma la esfera recorrida por la actividad de la inteligencia humana en su giro infatigable y luminoso.

De estas ideas, a darle a un libro la tendencia que se ha observado en el que nos ocupa, no hay distancia que recorrer.

Sus límites se tocan visiblemente.

Terminaré en pocas palabras más.

Para abogar por el alivio de los males que pesan sobre esa clase de la sociedad, que la agobian y la abaten por consecuencia de un régimen defectuoso, existe la tribuna parlamentaria, la prensa periódica, los clubs, el libro, y por último el folleto, que no es una

degeneración del libro, sino más bien uno de sus auxiliares, y no el menos importante.

Me he servido de este último elemento, y en cuanto a la forma empleada, el juicio solo podría pertenecer a los dominios de la literatura.

Pero en este terreno, *Martín Fierro* no sigue, ni podía seguir otra escuela, que la que es tradicional al inculto payador.

Sus desgracias, que son las de toda la clase social a que pertenece, despiertan en los que participan de su destino, un interés fácil de explicar; pues si la felicidad aleja, el infortunio aproxima.

¡Ojalá que *Martín Fierro* haga sentir á los que escuchen al calor del hogar la relación de sus padecimientos, *el deseo de poderlo leer!*

A muchos les haría caer entonces la baraja de las manos.

A punto de terminar esta carta, recibo un periódico en que se registra una correspondencia del Dr. Ricardo Gutiérrez, datada en Paris, en 12 de Julio último.

Interrumpí mi trabajo para leerla, aunque rápidamente, pero con el interés que me inspira cuanto sale de la pluma de ese distinguido compatriota, que parece pertenecer a aquella civilización antigua que nos admira todavía, y de la que se dijo: que todos los poetas eran sabios, y todos los sabios eran poetas.

Me permito transcribir algunos párrafos de esa correspondencia, y juzgue el lector de la oportunidad y motivo de la reproducción.

Habla el Dr. Gutierrez:

Por todas partes donde caminamos en las capitales del mundo, nos seduce un espectáculo grandioso; cada hombre del pueblo vive de un arte, de un oficio, de una profesión; la Francia es hecha por franceses y el Brasil por los brasileros, y así cada nación culminante con todo lo que encierra y vale, desde el fondo de la alcantarilla hasta la cruz de la torre.

Educar el pueblo, quiere decir aquí darle medios de vida por la enseñanza del trabajo, que es el título de su significación social, el radio por el cual converge al círculo de las naciones civilizadas y su base de orden, de progreso, de aspiración y de paz; y así los europeos creen

sociedades primitivas a las naciones sudamericanas, porque las ven ausentes en los concursos de Exposición. El que mira sin pasión este criterio, lo encuentra ajustado a la verdad, porque los arcos y flechas del Chaco y los trozos de materia bruta que hemos dado por muestra de nuestra existencia en los certámenes de las artes y la industria universales, retrogradan lealmente hasta los tiempos de la conquista nuestra significación social. Allí es donde a veces ha oprimido el corazón esta bárbara pregunta:

—Y los gauchos de allá ¿son antropófagos?

—No señor, he respondido, —son cristianos, pastores, son agricultores y jornaleros; los famosos jinetes de la tierra; son criaturas de un corazón noble y bravo, de una inteligencia sorprendente; son hospitalarios, sobrios y generosos y habituados a tan enormes trabajos rurales, que son los únicos que no le sean disputados por el incesante concurso de la inmigración.

Bien, pues, creo que las figuras colocadas en escena en el *Martín Fierro*, no desmienten ni contradicen esos rasgos de la fisonomía moral y del carácter distintivo de nuestros gauchos, trazados con rapidez, pero con exactitud, por el autor de los párrafos que acaban de leerse.

Termino esta, con la satisfacción de hallar de este modo robustecida y confirmada mi opinión, con la de un observador prudente, a quien el espectáculo de la civilización europea, no ha debilitado sus simpatías y su admiración por la naturaleza americana, con todas sus grandezas y con todos sus defectos.

Pido a Vds. humildemente disculpa por la demasiada extensión que he dado a esta carta, y me ofrezco.

A. S. S.

José Hernández.

Montevideo, Agosto de 1874.

DISCURSO EN EL SENADO DE NICASIO OROÑO, SESIÓN DEL 8 DE OCTUBRE DE 1869

Desde 1862 hasta la fecha se han invertido 23 millones de fuertes, solo en las fronteras, y si a esto se agrega el aumento de las propiedades particulares perdidas, el decaimiento de la industria, la depreciación de la tierra, el trastorno que causa el servicio forzado, el cautiverio de centenares de personas y la muerte de mayor número, tenemos que retroceder espantados ante este cuadro de desolación y ruina, cuya exactitud parecería sospechosa, si no estuviese confirmada por hechos que todos conocen, de una incontestable evidencia.

.....

Parece que el despotismo y la crueldad con que tratamos a los pobres paisanos, estuviese en la sangre y en la educación que hemos recibido. Cuando ven al hombre de nuestros campos, al modesto agricultor, envuelto en su manta de lana, con su poncho a la espalda, les parece que ven al indio de nuestras Pampas, a quien se creen autorizados para tratar con la misma dureza e injusticia, que los conquistadores empleaban con los primitivos habitantes de la América.

.....

Cuando se quiere mandar un contingente a la frontera, o se quiere organizar un batallón, se toma por sorpresa al labrador y al artesano, y mal de su grado, se le conduce trincado a las filas.

Oroño-Discursos en el Senado,
Sesión del 8 de Octubre de 1869.

ARTÍCULO DE *LA NACIÓN*, 14 DE NOVIEMBRE DE 1872

Cuando la gritería ha llegado a su último punto, cuando ha venido a comprobarse que las guarniciones de los fortines eran insuficientes, que estaban desnudas, desarmadas, desmontadas y hambrientas, solo entonces se ha visto que, por una especie de pudor y a pesar de sus denegaciones, el Ministerio trataba de enviarles siquiera lo indispensable para mitigar el hambre y cubrir la desnudez de los soldados.

La Nación, Noviembre 14 de 1872.

**FRAGMENTO DE *CELIAR*,
“EL PAYADOR”, DE MAGARIÑOS CERVANTES**

En un espacioso rancho
De amarillentas totoras,
En derredor asentados
De una llama serpeadora,
Que ilumina los semblantes
Como funeraria antorcha,
Hirviendo el agua en el fuego,
Y de una mano tras otra
Pasando el sabroso mate
Que todos con gusto toman,
Se pueden contar muy bien
Como unas doce personas,
Pero están con tal silencio,
Con tanta calma reposan,
Que solo se escucha el eco
De guitarra gemidora,
Mezclado con los acentos
De una voz que melancólica,
Murmura tan dulcemente
Como el viento entre las hojas.
Es un payador, que tierno
Alza allí sentida trova,
Y al compás de su guitarra
Versos a raudales brota;
Pero versos expresivos,
De cadencia voluptuosa,
Y que expresan tiernamente
De su pecho las congojas.

Es verdad que muchas veces
La ingrata rima cohorta
Pensamientos que grandiosos
Se traslucen mas no asoman,
Y como nocturnas luces
Al irradiar se evaporan.
La fantasía sujeta
En las redes del idioma,
No permite que se eleve
La inspiración creadora,
Ni que sus altivas alas
Del arte los grillos rompan,
Ni que el instinto del genio
Le trace una senda propia,
Mostrándole allá en los cielos
Aquella ansiada corona,
Que iluminando el espacio
Con su luz esplendorosa
Vibra un rayo diamantino
Que el numen del vate esponja
Para embeber fácilmente
De su corazón las gotas,
Y destilarlas después
Con el llanto de la aurora,
Convertidas en cantares
Que vuelan de zona en zona.
¡Y cuántas veces no obstante
Sus desaliñadas coplas,
Sin esfuerzo ni trabajo
Como las tranquilas ondas,
Una a una, dulcemente,
Van saliendo do su boca!
O de repente veloces,
Penetrantes, ardorosas,
Se escapan como centellas

Y el fondo del alma tocan!
Porque su maestro es
La naturaleza sola,
A quien ellos sin saber
A oscuras y a tientes copian.
Así el cantor sin curarse
De reglas que no le importan,
Sigue raudo y caprichoso
Su bien comenzada trova.

Celiar — Alejandro Magariños Cervantes

EL GAUCHO MARTÍN FIERRO**I**

- 1** Aquí me pongo a cantar
al compás de la vigüela,
que el hombre que lo desvela
una pena estrordinaria,
5 como la ave solitaria
con el cantar se consuela.

- Pido a los santos del cielo
que ayuden mi pensamiento:
les pido en este momento
10 que voy a cantar mi historia
me refresquen la memoria
y aclaren mi entendimiento.

- Vengan santos milagrosos,
vengan todos en mi ayuda,
15 que la lengua se me añuda
y se me turba la vista;
pido a mi Dios que me asista
en una ocasión tan ruda.

- Yo he visto muchos cantores,
20 con famas bien otenidas
y que después de alquiridas
no las quieren sustentar:
parece que sin largar
se cansaron en partidas.

- 25 Mas ande otro criollo pasa
Martín Fierro ha de pasar;
nada lo hace recular,
ni las fantasmas lo espantan,
y dende que todos cantan
30 yo también quiero cantar.

- Cantando me he de morir,
cantando me han de enterrar,
y cantando he de llegar
al pie del Eterno Padre;
35 dende el vientre de mi madre
vine a este mundo a cantar.

- Que no se trabe mi lengua
ni me falte la palabra;
el cantar mi gloria labra
40 y, poniéndome a cantar,
cantando me han de encontrar
aunque la tierra se abra.

- Me siento en el plan de un bajo
a cantar un argumento;
45 como si soplara el viento
hago tiritar los pastos.
Con oros, copas y bastos
juega allí mi pensamiento.

- Yo no soy cantor letrao
50 mas si me pongo a cantar
no tengo cuándo acabar
y me envejezco cantando:
las coplas me van brotando
como agua de manantial.

- 55 Con la guitarra en la mano
ni las moscas se me arriman;
naides me pone el pie encima;
y cuando el pecho se entona,
hago gemir a la prima
60 y llorar a la bordona.

- Yo soy toro en mi rodeo
y toraso en rodeo ajeno;
siempre me tuve por güeno
y si me quieren probar
65 salgan otros a cantar
y veremos quién es menos.

- No me hago al lao de la güeya
aunque vengan degollando;
con los blandos yo soy blando
70 y soy duro con los duros,
y ninguno en un apuro
me ha visto andar tutubiando.

- En el peligro ¡qué Cristos!
el corazón se me enancha,
75 pues toda la tierra es cancha,
y de esto naides se asombre;
el que se tiene por hombre
donde quiera hace pata ancha.

- Soy gaucho, y entiéndanlo
80 como mi lengua lo esplica:
para mí la tierra es chica
y pudiera ser mayor;
ni la víbora me pica
ni quema mi frente el sol.

85 Nací como nace el peje
en el fondo de la mar;
naides me puede quitar
aquello que Dios me dio:
lo que al mundo truje yo
90 del mundo lo he de llevar.

Mi gloria es vivir tan libre
como el pájaro del Cielo;
no hago nido en este suelo
ande hay tanto que sufrir,
95 y naides me ha de seguir
cuando yo remuento el vuelo.

Yo no tengo en el amor
quien me venga con querellas;
como esas aves tan bellas
100 que saltan de rama en rama,
yo hago en el trébol mi cama
y me cubren las estrellas.

Y sepan cuantos escuchan
de mis penas el relato
105 que nunca peleo ni mato
sino por necesidá
y que a tanta alversidá
sólo me arrojó el mal trato.

Y atiendan la relación
110 que hace un gaucho perseguido,
que padre y marido ha sido
empeñoso y diligente,
y sin embargo la gente
lo tiene por un bandido.

II

- 115** Ninguno me hable de penas,
 porque yo penando vivo,
 y naides se muestre altivo
 aunque en el estribo esté,
 que suele quedarse a pie
120 el gaucho más alvertido.

- Junta esperencia en la vida
 hasta pa dar y prestar
 quien la tiene que pasar
 entre sufrimiento y llanto,
125 porque nada enseña tanto
 como el sufrir y el llorar.

- Viene el hombre ciego al mundo,
 cuartíandoló la esperanza,
 y a poco andar ya lo alcanzan
130 las desgracias a empujones;
 ¡la pucha, que trae liciones
 el tiempo con sus mudanzas!

- Yo he conocido esta tierra
 en que el paisano vivía
135 y su ranchito tenía
 y sus hijos y mujer...
 Era una delicia el ver
 cómo pasaba sus días.

- Entonces... cuando el lucero
140 brillaba en el cielo santo,
 y los gallos con su canto
 nos decían que el día llegaba,
 a la cocina rumbiaba
 el gaucho... que era un encanto.

- 145** Y sentao junto al jogón
a esperar que venga el día,
al cimarrón se prendía
hasta ponerse rechoncho,
mientras su china dormía
150 tapadita con su poncho.

- Y apenas la madrugada
empezaba a coloriar,
los pájaros a cantar
y las gallinas a apiarse,
155 era cosa de largarse
cada cual a trabajar.

- Éste se ata las espuelas,
se sale el otro cantando,
uno busca un pellón blando,
160 éste un lazo, otro un rebenque,
y los pingos relinchando
los llaman dende el palenque.

- El que era pión domador
enderezaba al corral,
165 ande estaba el animal
bufidos que se las pela...
Y más malo que su agüela
se hacía astillas el bagual.

- Y allí el gaucho inteligente
170 en cuanto el potro enriendó,
los cueros le acomodó
y se le sentó en seguida,
que el hombre muestra en la vida
la astucia que Dios le dio.

175 Y en las playas corcoviando
pedazos se hacía el sotreta
mientras él por las paletas
le jugaba las lloronas
y al ruido de las caronas
180 salía haciéndose gambetas.

¡Ah tiempos!... ¡Si era un orgullo
ver jinetiar un paisano!
Cuando era gaucho baquiano,
aunque el potro se boliese,
185 no había uno que no parase
con el cabresto en la mano.

Y mientras domaban unos,
otros al campo salían,
y la hacienda recogían,
190 las manadas repuntaban,
y así sin sentir pasaban
entretenidos el día.

Y verlos al cair la noche
en la cocina riunidos
195 con el juego bien prendido
y mil cosas que contar,
platicar muy divertidos
hasta después de cenar.

Y con el buche bien lleno
200 era cosa superior
irse en brazos del amor
a dormir como la gente,
pa empezar al día siguiente
las fainas del día anterior.

- 205 Ricuerdo ¡qué maravilla!
cómo andaba la gauchada
siempre alegre y bien montada
y dispuesta pa el trabajo;
pero hoy en el día... ¡barajo!
210 no se le ve de aporriada.

- El gaucho más infeliz
tenía tropilla de un pelo,
no le faltaba un consuelo
y andaba la gente lista...
215 Tendiendo al campo la vista
sólo vía hacienda y cielo.

- Cuando llegaban las yerras,
¡cosa que daba calor
tanto gaucho pialador
220 y tironiador sin yel!
¡Ah tiempos... pero si en él
se ha visto tanto primor!

- Aquello no era trabajo,
más bien era una junción,
225 y después de un güen tirón
en que uno se daba maña,
pa darle un trago de caña
solía llamarlo el patrón.

- Pues siempre la mamajuana
vivía bajo la carreta
230 y aquel que no era chancleta
en cuanto el goyete vía,
sin miedo se le prendía,
como güérfano a la teta.

235 ¡Y qué jugadas se armaban
cuando estábamos riunidos!
Siempre íbamos prevenidos,
pues en tales ocasiones
a ayudarles a los piones
240 caiban muchos comedidos.

Eran los días del apuro
y alboroto pa el hembraje,
pa preparar los potajes
y osequiar bien a la gente,
245 y así, pues, muy grandemente
pasaba siempre el gauchaje

Venía la carne con cuero,
la sabrosa carbonada,
mazamorra bien pisada,
250 los pasteles y el güen vino...
pero ha querido el destino
que todo aquello acabara.

Estaba el gaucho en su pago
con toda siguridá
255 pero aura... ¡barbaridá!
la cosa anda tan fruncida,
que gasta el pobre la vida
en juir de la autoridá.

Pues si usté pisa en su rancho
260 y si el alcalde lo sabe
lo caza lo mesmo que ave
aunque su mujer aborte...
No hay tiempo que no se acabe
ni tiento que no se corte

265 Y al punto dése por muerto
 si el alcalde lo bolea,
 pues ahí nomás se le afea
 con una felpa de palos.
 Y después dicen que es malo
 270 el gaucha si los pelea.

Y el lomo le hinchán a golpes,
 y le rompen la cabeza,
 y luego con ligereza,
 así lastimao y todo,
 275 lo amarran codo con codo
 y pa el cepo lo enderiezan.

Ahi comienzan sus desgracias,
 ahí principia el pericón;
 porque ya no hay salvación,
 280 y que usted quiera o no quiera,
 lo mandan a la frontera
 o lo echan a un batallón.

Ansí empezaron mis males
 lo mesmo que los de tantos;
 285 si gustan... en otros cantos
 les diré lo que he sufrido.
 Después que uno está perdido
 no lo salvan ni los santos.

III

Tuve en mi pago en un tiempo
 290 hijos, hacienda y mujer,
 pero empecé a padecer,
 me echaron a la frontera
 ¡y qué iba a hallar al volver!
 tan sólo hallé la tapera.

295 Sosegao vivía en mi rancho
 como el pájaro en su nido;
 allí mis hijos queridos
 iban creciendo a mi lao...
 Sólo queda al desgraciao
300 lamentar el bien perdido.

 Mi gala en las pulperías
 era, cuando había más gente,
 ponerme medio caliente,
 pues cuando puntiao me encuentro
305 me salen coplas de adentro
 como agua de la virtiente.

 Cantando estaba una vez
 en una gran diversión;
 y aprovechó la ocasión
310 como quiso el Juez de Paz.
 Se presentó, y ahí no más,
 hizo una arriada en montón.

 Juyeron los más matreros
 y lograron escapar.
315 Yo no quise disparar,
 soy manso y no había por qué;
 muy tranquilo me quedé
 y así me dejé agarrar.

 Allí un gringo con un órgano
320 y una mona que bailaba
 haciéndonós rair estaba
 cuando le tocó el arreo.
 ¡Tan grande el gringo y tan feo
 lo viera cómo lloraba!

325 Hasta un inglés sanjiador
que decía en la última guerra
que él era de Inca-la-perra
y que no quería servir,
tuvo también que juir
330 a guarecerse en la sierra.

Ni los mirones salvaron
de esa arriada de mi flor;
fue acoyarao el cantor
con el gringo de la mona;
335 a uno solo, por favor,
logró salvar la patrona.

Formaron un contingente
con los que en el baile arriaron;
con otros nos mesturaron
340 que habían agarrao también:
las cosas que aquí se ven
ni los diablos las pensaron.

A mí el Juez me tomó entre ojos
en la última votación:
345 me le había hecho el remolón
y no me arrimé ese día,
y él dijo que yo servía
a los de la esposición.

Y así sufrí ese castigo
350 tal vez por culpas ajenas;
que sean malas o sean güenas
las listas, siempre me escondo:
yo soy un gaucho redondo
y esas cosas no me enllenan.

355 Al mandarnos nos hicieron
 más promesas que a un altar.
 El Juez nos jue a plocamar
 y nos dijo muchas veces:
 «Muchachos, a los seis meses
 360 los van a ir a revelar».

Yo llevé un moro de número.
 ¡Sobresaliente el matucho!
 Con él gané en Ayacucho
 más plata que agua bendita:
 365 siempre el gaucho necesita
 un pingo pa fiarle un pucho.

Y cargué sin dar más güeltas
 con las prendas que tenía:
 jergas, poncho, cuanto había
 370 en casa, tuito lo alcé;
 a mi china la dejé
 media desnuda ese día.

No me faltaba una guasca;
 esa ocasión eché el resto:
 375 bozal, maniador, cabresto,
 lazo, bolas y manea...
 ¡El que hoy tan pobre me vea
 tal vez no crerá todo esto!

Ansí en mi moro, escarciando,
 380 enderesé a la frontera.
 ¡Aparcero, si usté viera
 lo que se llama cantón...!
 Ni envidia tengo al ratón
 en aquella ratonera.

385 De los pobres que allí había
a ninguno lo largaron;
los más viejos rezongaron,
pero a uno que se quejó
en seguida lo estaquiaron
390 y la cosa se acabó.

En la lista de la tarde
el jefe nos cantó el punto,
diciendo: Quinientos juntos
llevará el que se resierte;
395 lo haremos pitar del juerte;
más bien dése por dijunto.

A naides le dieron armas,
pues toditas las que había
el Coronel las tenía,
400 según dijo esa ocasión,
pa repartirlas el día
en que hubiera una invasión.

Al principio nos dejaron
de haraganes criando sebo,
405 pero después... no me atrevo
a decir lo que pasaba.
¡Barajo!... si nos trataban
como se trata a malevos.

Porque todo era jurarle
410 por los lomos con la espada,
y aunque usted no hiciera nada,
lo mesmito que en Palermo
le daban cada cepiada
que lo dejaban enfermo.

415 Y ¡qué indios, ni qué servicio,
si allí no había ni cuartel!
Nos mandaba el coronel
a trabajar en sus chacras,
y dejábamos las vacas
420 que las llevara el infiel.

Yo primero sembré trigo
y después hice un corral,
corté adobe pa un tapial,
hice un quincho, corté paja...
425 ¡La pucha, que se trabaja
sin que le larguen ni un rial!

Y es lo pior de aquel enriedo
que si uno anda hinchando el lomo
se le apean como un plomo...
430 ¡Quién aguanta aquel infierno!
Y eso es servir al gobierno,
a mí no me gusta el cómo.

Más de un año nos tuvieron
en esos trabajos duros,
435 y los indios, le aseguro,
dentaban cuando querían:
como no los perseguían
siempre andaban sin apuro.

A veces decía al volver
440 del campo la descubierta
que estuviéramos alerta,
que andaba adentro la indiada;
porque había una rastrillada
o estaba una yegua muerta.

445 Recién entonces salía
 la orden de hacer la riunión
 y cáibamos al cantón
 en pelos y hasta enancaos,
 sin armas, cuatro pelaos
 450 que íbamos a hacer jabón.

Ahi empezaba el afán,
 se entiende, de puro vicio,
 de enseñarle el ejercicio
 a tanto gaucho recluta,
 455 con un estrutor ¡qué... bruta!
 que nunca sabía su oficio.

Daban entonces las armas
 pa defender los cantones,
 que eran lanzas y latones
 460 con ataduras de tiento...
 Las de juego no las cuento,
 porque no había municiones.

Y chamuscao un sargento
 me contó que las tenían,
 465 pero que ellos las vendían
 para cazar avestruces;
 y así andaban noche y día
 déle bala a los ñanduces.

Y cuando se iban los indios
 470 con lo que habían manotiao,
 salíamos muy apuraos
 a perseguirlos de atrás;
 si no se llevaban más
 es porque no habían hallao.

475 Allí sí se ven desgracias
y lágrimas y aflicciones,
naides les pida perdones
al indio, pues donde dentra
roba y mata cuanto encuentra
480 y quema las poblaciones.

No salvan de su juror
ni los pobres angelitos:
viejos, mozos, y chiquitos
los mata del mismo modo;
485 que el indio lo arregla todo
con la lanza y con los gritos.

Tiemblan las carnes al verlo
volando al viento la cerda,
la rienda en la mano izquierda
490 y la lanza en la derecha;
ande enderiesa abre brecha
pues no hay lanzaso que pierda.

Hace trotiadas tremendas
dende el fondo del desierto;
495 así llega medio muerto
de hambre, de sé y de fatiga;
pero el indio es una hormiga
que día y noche está dispierto.

Sabe manejar las bolas
500 como naides las maneja;
cuanto el contrario se aleja
manda una bola perdida
y si lo alcanza, sin vida
es siguro que lo deja.

505 Y el indio es como tortuga
de duro para espichar;
si lo llega a destripar
ni siquiera se le encoge:
luego sus tripas recoge
510 y se agacha a disparar.

Hacían el robo a su gusto
y después se iban de arriba,
se llevaban las cautivas
y nos contaban que a veces
515 les descarnaban los pieses
a las pobrecitas, vivas.

¡Ah, si partía el corazón
ver tantos males, canejo!
Los perseguíamos de lejos
520 sin poder ni golopiar;
¡y qué habíamos de alcanzar
en unos bichocos viejos!

Nos volvíamos al cantón
a las dos o tres jornadas
525 sembrando las caballadas;
y pa que alguno la venda,
rejuntábamos la hacienda
que habían dejao resagada.

Una vez entre otras muchas,
530 tanto salir al botón,
nos pegaron un malón
los indios y una lanciada,
que la gente acobardada
quedó dende esa ocasión.

535 Habían estao escondidos
 aguaitando atrás de un cerro.
 ¡Lo viera a su amigo Fierro
 aflojar como un blandito!
 Salieron como maíz frito
 540 en cuanto sonó un cencerro.

Al punto nos dispusimos
 aunque ellos eran bastantes;
 la formamos al istante
 nuestra gente, que era poca,
 545 y golpiándose en la boca
 hicieron fila adelante.

Se vinieron en tropel
 haciendo temblar la tierra.
 No soy manco pa la guerra
 550 pero tuve mi jabón,
 pues iba en un redomón
 que había boliao en la sierra.

¡Que vocerío, qué barullo,
 qué apurar esa carrera!
 555 La indiada todita entera
 dando alaridos cargó.
 ¡Jue pucha!... y ya nos sacó
 como yeguada matrera.

¡Qué fletes traiban los bárbaros,
 560 como una luz de ligeros!
 Hicieron el entrevero
 y en aquella mescolanza,
 éste quiero, éste no quiero,
 nos escogían con la lanza.

565 Al que le dan un chuzaso
 dificultoso es que sane.
 En fin, para no echar panes,
 salimos por esas lomas
 lo mesmo que las palomas
 570 al juir de los gavilanes.

¡Es de almirar la destreza
 con que la lanza manejan!
 De perseguir nunca dejan
 y nos traiban apretaos.
 575 ¡Si queríamos, de apuraos,
 salirnos por las orejas!

Y pa mejor de la fiesta
 en esta aflicción tan suma,
 vino un indio echando espuma
 580 y con la lanza en la mano
 gritando: «Acabau, cristiano,
 metau el lanza hasta el pluma».

Tendido en el costillar,
 cimbrando por sobre el brazo
 585 una lanza como un lazo,
 me atroyó dando gritos:
 si me descuido... el maldito
 me levanta de un lanzaso.

Si me atribulo o me encojo,
 590 siguro que no me escapo;
 siempre he sido medio guapo,
 pero en aquella ocasión
 me hacía buya el corazón
 como la garganta al sapo.

595 Dios le perdone al salvaje
las ganas que me tenía...
Desaté las tres marías
y lo engatusé a cabriolas.
¡Pucha!... si no traigo bolas
600 me achura el indio ese día.

Era el hijo de un casique
sigún yo lo avirigüé;
la verdá del caso jue
que me tuvo apuradazo,
605 hasta que, al fin, de un bolazo
del caballo lo bajé.

Ahi no más me tiré al suelo
y lo pisé en las paletas;
empezó a hacer morisquetas...
610 y a mezquinar la garganta...
pero yo hice la obra santa
de hacerlo estirar la jeta.

Allí quedó de mojón
y en su caballo salté;
615 de la indiada disparé,
pues si me alcanza me mata,
y al fin me les escapé
con el hilo en una pata.



Fig. 4. “Pelea de Martín Fierro contra un malón”. Litografía. Imagen incluida en la 11.^a edición de *El gaucho Martín Fierro*, Buenos Aires, Librería “Nueva Maravilla”, 1878. Canto III.

IV

94

- Seguiré esta relación
620 aunque pa chorizo es largo:
el que pueda hágasé cargo
cómo andaría de matrero,
después de salvar el cuero
de aquel trance tan amargo.
- 625** Del sueldo nada les cuento,
porque andaba disparando;
nosotros, de cuando en cuando,
solíamos ladrar de pobres:
nunca llegaban los cobres
630 que se estaban aguardando.

- Y andábamos de mugrientos
que el mirarnos daba horror;
le juro que era un dolor
ver esos hombres, ¡por Cristo!
- 635** En mi perra vida he visto
una miseria mayor.

- Yo no tenía ni camisa
ni cosa que se parezca;
mis trapos sólo pa yesca
640 me podían servir al fin...
No hay plaga como un fortín
para que el hombre padezca.

- Poncho, jergas, el apero,
las prenditas, los botones,
645 todo, amigo, en los cantones
jue quedando poco a poco;
ya nos tenían medio loco
la pobreza y los ratones.

Sólo una manta peluda
650 era cuanto me quedaba;
la había agenciao a la taba
y ella me tapaba el bulto;
yaguané que allí ganaba
no salía... ni con indulto.

655 Y pa mejor hasta el moro
se me jue de entre las manos;
no soy lerdo... pero, hermano,
vino el comendante un día
diciendo que lo quería
660 «pa enseñarle a comer grano».

Afigúresé cualquiera
la suerte de este su amigo,
a pie y mostrando el umblico,
estropiao, pobre y desnudo.
665 Ni por castigo se pudo
hacerse más mal conmigo.

Ansí pasaron los meses,
y vino el año siguiente,
y las cosas igualmente
670 siguieron del mismo modo:
adrede parece todo
para aburrir a la gente.

No teníamos más permiso,
ni otro alivio la gauchada,
675 que salir de madrugada,
cuando no había indio ninguno,
campo ajuera, a hacer boliadas,
desocando los reyunos.

Y cáibamos al cantón
680 con los fletes aplastaos,
 pero a veces medio aviaos
 con pluma y algunos cueros
 que ahi no más con el pulpero
 los teníamos negociaos.

685 Era un amigo del jefe
 que con un boliche estaba;
 yerba y tabaco nos daba
 por la pluma de avestruz,
 y hasta le hacía ver la luz
690 al que un cuero le llevaba.

Sólo tenía cuatro frascos
 y unas barricas vacías,
 y a la gente le vendía
 todo cuanto precisaba:
695 a veces creiba que estaba
 allí la proveduría.

¡Ah pulpero habilidoso!
 Nada le solía faltar,
 ¡aijuna!, y para tragar
700 tenía un buche de ñandú.
 La gente le dio en llamar
 «el boliche de virtù».

Aunque es justo que quien vende
 algún poquito muerda,
705 tiraba tanto la cuerda
 que con sus cuatro limetas
 él cargaba las carretas
 de plumas, cueros y cerda.

Nos tenía apuntaos a todos
710 con más cuentas que un rosario,
 cuando se anunció un salario
 que iban a dar, o un socorro;
 pero sabe Dios qué zorro
 se lo comió al comisario.

715 Pues nunca lo vi llegar
 y, al cabo de muchos días,
 en la mesma pulpería
 dieron una *buena cuenta*,
 que la gente muy contenta
720 de tan pobre recibía.

Sacaron unos sus prendas
 que las tenían empeñadas,
 por sus diudas atrasadas
 dieron otros el dinero;
725 al fin de fiesta el pulpero
 se quedó con la mascada.

Yo me arrecosté a un horcón
 dando tiempo a que pagaran,
 y poniendo güena cara
730 estuve haciéndomé el poyo,
 a esperar que me llamaran
 para recibir mi boyo.

Pero ahi me pude quedar
 pegao pa siempre al horcón:
735 ya era casi la oración
 y ninguno me llamaba;
 la cosa se me ñublaba
 y me dentró comezón.

Pa sacarme el entripao
 740 vi al mayor, y lo fi a hablar.
 Yo me le empecé a atracar
 y como con poca gana
 le dije: «Tal vez mañana
 acabarán de pagar».

745 «—Qué mañana ni otro día»,
 al punto me contestó,
 «la paga ya se acabó,
 siempre has de ser animal».
 Me rai y le dije: «Yo...
 750 no he recibido ni un rial».

Se le pusieron los ojos
 que se le querían salir,
 y ahí no más volvió a decir
 comiéndomé con la vista:
 755 «—¿Y qué querés recibir
 si no has dentrao en la lista?».

«—Este sí que es amolar»,
 dije yo pa mis adentros,
 «van dos años que me encuentro
 760 y hasta aura he visto ni un grullo;
 dentro en todos los barullos
 pero en las listas no dentro».

Vide el plaito mal parao
 y no quise aguardar más...
 765 Es güeno vivir en paz
 con quien nos ha de mandar;
 y reculando pa trás
 me le empecé a retirar.

Supo todo el comendante
770 y me llamó al otro día,
diciéndomé que quería
aviriguar bien las cosas;
que no era el tiempo de Rosas,
que aura a naides se debía.

775 Llamó al cabo y al sargento
y empezó la indagación:
si había venido al cantón
en tal tiempo o en tal otro...
Y si había venido en potro,
780 en reyuno o redomón.

Y todo era alborotar
al ñudo, y hacer papel:
conocí que era pastel
pa engordar con mi guayaca;
785 mas si voy al coronel
me hacen bramar en la estaca.

¡Ah hijos de una!... ¡La codicia
ojalá les ruempa el saco!
Ni un pedazo de tabaco
790 le dan al pobre soldao,
y lo tienen, de delgao,
más ligero que un guanaco.

Pero qué iba a hacerles yo,
charabón en el desierto;
795 más bien me daba por muerto
pa no verme más fundido;
y me les hacía el dormido
aunque soy medio dispierto.

V

- Yo andaba desesperao
800 aguardando una ocasión
que los indios un malón
nos dieran, y entre el estrago
hacérmelés cimarrón
y volverme pa mi pago.
- 805** Aquello no era servicio
ni defender la frontera:
aquello era ratonera
en que sólo gana el juerte:
era jugar a la suerte
810 con una taba culera.

- Allí tuito va al revés:
los milicos se hacen piones,
y andan por las poblaciones
emprestaos pa trabajar;
815 los rejuntan pa peliar
cuando entran indios ladrones.

- Yo he visto en esa milonga
muchos jefes con estancia,
y piones en abundancia,
820 y majadas y rodeos;
he visto negocios feos
a pesar de mi inorancia.

- Y colijo que no quieren
la barunda componer:
825 para esto no ha de tener
el jefe, aunque esté de estable,
más que su poncho y su sable,
su caballo y su deber.

Ansina, pues, conociendo
830 que aquel mal no tiene cura,
 que tal vez mi sepultura
 si me quedo iba a encontrar,
 pensé en mandarme mudar
 como cosa más sigura.

835 Y pa mejor, una noche
 ¡qué estaquiada me pegaron!
 Casi me descoyuntaron
 por motivo de una gresca.
 ¡Aijuna, si me estiraron
840 lo mesmo que guasca fresca!

Jamás me puedo olvidar
 lo que esa vez me pasó:
 dentrando una noche yo
 al fortín, un enganchao,
845 que estaba medio mamao,
 allí me desconoció.

Era un gringo tan bozal,
 que nada se le entendía,
 ¡Quién sabe de ande sería!
850 Tal vez no juera cristiano,
 pues lo único que decía,
 es que era *pa-po-litano*.

Estaba de centinela
 y por causa del peludo
855 verme más claro no pudo
 y esa jue la culpa toda:
 el bruto se asustó al ñudo
 y fi el pavo de la boda.

- Cuanto me vido acercar
860 «¿Quién vivore?», preguntó:
 «Qué vívoras», dije yo.
 «¡Ha garto!», me pegó el grito.
 Y yo dije despacito:
 «Más lagarto serás vos».
- 865** Ahi no más, ¡Cristo me valga!,
 rastrillar el jusil siento;
 me agaché, y en el momento
 el bruto me largó un chumbo;
 mamao, me tiró sin rumbo
870 que si no, no cuento el cuento.
- Por de contaio, con el tiro
 se alborotó el avispero;
 los oficiales salieron
 y se empezó la junción:
875 quedó en su puesto el nación
 y yo fi al estaquiadero.
- Entre cuatro bayonetas
 me tendieron en el suelo.
 Vino el mayor medio en pedo
880 y allí se puso a gritar:
 «Pícaro, te he de enseñar
 a andar declamando sueldos».
- De las manos y las patas
 me ataron cuatro sinchones.
885 Les aguanté los tirones
 sin que ni un ¡ay! se me oyera,
 y al gringo la noche entera
 lo harté con mis maldiciones.

Yo no sé por qué el gobierno
890 nos manda aquí a la frontera
gringada que ni siquiera
se sabe atracar a un pingo.
¡Si crerá al mandar un gringo
que nos manda alguna fiera!

895 No hacen más que dar trabajo
pues no saben ni ensillar;
no sirven ni pa carniar,
y yo he visto muchas veces
que ni voltiadas las reses
900 se les querían arrimar.

Y lo pasan sus mercedes
lengüetiando pico a pico
hasta que viene un milico
a servirles el asao...
905 Y eso sí, en lo delicaos
parecen hijos de rico.

Si hay calor, ya no son gente,
si yela, todos tiritan;
si usted no les da, no pitán
910 por no gastar en tabaco,
y cuando pescan un naco
unos a otros se lo quitan.

Cuanto llueve se acoquinan
como el perro que oye truenos.
915 ¡Qué diablos!, sólo son güenos
pa vivir entre maricas,
y nunca se andan con chicas
para alzar ponchos ajenos.

- Pa vichar son como ciegos,
920 ni hay ejemplo de que entiendan;
 no hay uno solo que aprienda,
 al ver un bulto que cruza,
 a saber si es avestruza,
 o si es jinete, o hacienda.
- 925** Si salen a perseguir
 después de mucho aparato,
 tuitos se pelan al rato
 y va quedando el tendal:
 esto es como en un nidal
930 echarle güevos a un gato.

VI

- Vamos dentrando recién
 a la parte más sentida,
 aunque es todita mi vida
 de males una cadena:
935 a cada alma dolorida
 le gusta cantar sus penas.
- Se empezó en aquel entonces
 a rejuntar caballada
 y riunir la milicada
940 teniéndolá en el cantón,
 para una despedición
 a sorprender a la indiada.
- Nos anunciaban que iríamos
 sin carretas ni bagajes
945 a golpiar a los salvajes
 en sus mismas tolderías;
 que a la güelta pagarían
 licenciándoló al gauchaje.

Que en esta despedición
950 tuviéramos la esperanza,
 que iba a venir sin tardanza,
 según el jefe contó,
 un menistro, o qué sé yo,
 que lo llamaban Don Ganza.

955 Que iba a riunir el ejército
 y tuitos los batallones,
 y que traiba unos cañones
 con más rayas que un cotín.
 ¡Pucha!... las conversaciones
960 por allá no tenían fin.

Pero esas trampas no enriedan
 a los zorros de mi laya;
 que el menistro venga o vaya,
 poco le importa a un matrero.
965 Yo también dejé las rayas...
 en los libros del pulpero.

Nunca jui gaucho dormido,
 siempre pronto, siempre listo,
 yo soy un hombre, ¡qué Cristo!,
970 que nada me ha acobardao,
 y siempre salí parao
 en los trances que me he visto.

Dende chiquito gané
 la vida con mi trabajo,
975 y aunque siempre estuve abajo
 y no sé lo que es subir,
 también el mucho sufrir
 suele cansarnos, ¡barajo!

En medio de mi inorancia
980 conozco que nada valgo:
 soy la liebre o soy el galgo
 asigún los tiempos andan;
 pero también los que mandan
 debieran cuidarnos algo.

985 Una noche que riunidos
 estaban en la carpeta
 empinando una limeta
 el jefe y el Juez de Paz,
 yo no quise aguardar más
990 y me hice humo en un sotreta.

Para mí el campo son flores
 dende que libre me veo;
 donde me lleva el deseo
 allí mis pasos dirijo,
995 y hasta en las sombras, de fijo
 que a dondequiera rumbeo.

Entro y salgo del peligro
 sin que me espante el estrago:
 no aflojo al primer amago
1000 ni jamás fi gaucho lerdo;
 soy pa rumbiar como el cerdo
 y pronto cai a mi pago.

Volvía al cabo de tres años
 de tanto sufrir al ñudo,
1005 resertor, pobre y desnudo,
 a procurar suerte nueva,
 y lo mesmo que el peludo
 enderesé pa mi cueva.

No hallé ni rastro del rancho;
1010 ¡sólo estaba la tapera!
 ¡Por Cristo, si aquello era
 pa enlutar el corazón!
 ¡Yo juré en esa ocasión
 ser más malo que una fiera!

1015 ¡Quién no sentirá lo mismo
 cuando así padece tanto!
 Puedo asigurar que el llanto
 como una mujer largué.
 ¡Ay mi Dios, si me quedé
1020 más triste que Jueves Santo!

Sólo se oiban los aullidos
 de un gato que se salvó;
 el pobre se guareció
 cerca, en una vizcachera;
1025 venía como si supiera
 que estaba de güelta yo.

Al dirme dejé la hacienda
 que era todito mi haber;
 pronto debíamos volver,
1030 según el Juez prometía,
 y hasta entonces cuidaría
 de los bienes la mujer.

• • •

Después me contó un vecino
 que el campo se lo pidieron,
1035 la hacienda se la vendieron
 pa pagar arrendamientos,
 y qué sé yo cuántos cuentos;
 pero todo lo fundieron.

- Los pobrecitos muchachos,
1040 entre tantas afliciones
 se conchabaron de piones;
 mas ¡qué iban a trabajar,
 si eran como los pichones
 sin acabar de emplumar!
- 1045** Por ahí andarán sufriendo
 de nuestra suerte el rigor:
 me han contado que el mayor
 nunca dejaba a su hermano;
 puede ser que algún cristiano
1050 los recoja por favor.
- ¡Y la pobre mi mujer
 Dios sabe cuánto sufrió!
 Me dicen que se voló
 con no sé qué gavilán,
1055 sin duda a buscar el pan
 que no podía darle yo.
- No es raro que a uno le falte
 lo que algún otro le sobre;
 si no le quedó ni un cobre
1060 sino de hijos un enjambre,
 ¿qué más iba a hacer la pobre
 para no morir de hambre?
- Tal vez no te vuelva a ver,
 prenda de mi corazón:
1065 Dios te dé su protección
 ya que no me la dio a mí,
 y a mis hijos dende aquí
 les echo mi bendición.

Como hijitos de la cuna
1070 andarán por ahí sin madre.
Ya se quedaron sin padre,
y así la suerte los deja
sin naides que los proteja
y sin perro que los ladre.

1075 Los pobrecitos tal vez
no tengan ande abrigarse,
ni ramada ande ganarse,
ni un rincón ande meterse,
ni camisa que ponerse,
1080 ni poncho con que taparse.

Tal vez los verán sufrir
sin tenerles compasión;
puede que alguna ocasión,
aunque lo vean tiritando,
1085 los echen de algún jogón
pa que no estén estorbando.

Y al verse ansina espantaos
como se espanta a los perros,
irán los hijos de Fierro
1090 con la cola entre las piernas,
a buscar almas más tiernas
o esconderse en algún cerro.

Mas también en este juego
voy a pedir mi bolada:
1095 a naides le debo nada,
ni pido cuartel ni doy,
y ninguno dende hoy
ha de llevarme en la armada.

Yo he sido manso primero
1100 y seré gaucho matrero
en mi triste circunstancia:
aunque es mi mal tan profundo,
nacé y me he criado en estancia,
pero ya conozco el mundo.

1105 Ya le conozco sus mañas,
le conozco sus cucañas,
sé cómo hacen la partida,
la enriendan y la manejan:
desaceré la madeja
1110 aunque me cueste la vida.

Y aguante el que no se anime
a meterse en tanto engorro,
o si no aprétesé el gorro
o para otra tierra emigre;
1115 pero yo ando como el tigre
que le roban los cachorros.

Aunque muchos cren que el gaucho
tiene una alma de reyuno,
no se encontrará ninguno
1120 que no lo dueblen las penas;
mas no debe aflojar uno
mientras hay sangre en las venas.

VII

De carta de más me vía
sin saber adónde dirme;
1125 mas dijieron que era vago
y entraron a perseguirme.

Nunca se achican los males,
van poco a poco creciendo,
y ansina me vide pronto
1130 obligao a andar juyendo.

111

No tenía mujer ni rancho,
y a más, era resertor;
no tenía una prenda güena
ni un peso en el tirador.

1135 A mis hijos infelices
pensé volverlos a hallar
y andaba de un lao al otro
sin tener ni qué pitar.

Supe una vez por desgracia
1140 que había un baile por allí,
y medio desesperao
a ver la milonga fui.

Riunidos al pericón
tantos amigos hallé,
1145 que alegre de verme entre ellos
esa noche me apedé.

Como nunca, en la ocasión
por peliar me dio la tranca,
y la emprendí con un negro
1150 que trujo una negra en ancas.

Al ver llegar la morena
que no hacía caso de naidés
le dije con la mamúa:
«Va... ca... yendo gente al baile».

1155 La negra entendió la cosa
y no tardó en contestarme
mirándome como a perro:
«más *vaca* será su madre».

Y dentro al baile muy tiesa
1160 con más cola que una zorra
haciendo blanquiar los dientes
lo mesmo que mazamorra.

«—Negra linda»... dije yo,
«me gusta... pa la carona»;
1165 y me puse a talariar
esta coplita fregona:

«A los blancos hizo Dios,
a los mulatos San Pedro,
a los negros hizo el diablo
1170 para tizón del infierno».

Había estao juntando rabia
el moreno dende ajuera;
en lo oscuro le brillaban
los ojos como linterna.

1175 Lo conocí retobao,
me acerqué y le dije presto:
«Po... r... rudo... que un hombre sea
nunca se enoja por esto».

Corcovió el de los tamangos
1180 y creyéndosé muy fijo:
«—Más *porrudo* serás vos,
gaucho roto», me dijo.

Y ya se me vino al humo
como a buscarme la hebra,
1185 y un golpe le acomodé
con el porrón de giñebra.

113

Ahi no más pegó el de hollín
más gruñidos que un chanchito,
y pelando el envenao
1190 me atropelló dando gritos.

Pegué un brinco y abrí cancha
diciéndoles: «—Caballeros,
dejen venir a este toro;
solo nací..., solo muero».

1195 El negro después del golpe
se había el poncho refalao
y dijo: «—Vas a saber
si es solo o acompañao».

Y mientras se arremangó
1200 yo me saqué las espuelas,
pues malicié que aquel tío
no era de arriar con las riendas.

No hay cosa como el peligro
pa refrescar un mamao:
1205 hasta la vista se aclara
por mucho que haiga chupao.

El negro me atropelló
como a quererme comer;
me hizo dos tiros seguidos
1210 y los dos le abarajé.

Yo tenía un facón con S
que era de lima de acero;
le hice un tiro, lo quitó
y vino ciego el moreno.

1215 Y en el medio de las aspas
un planaso le asenté
que le largué culebriando
lo mesmo que buscapié.

Le colorieron las motas
1220 con la sangre de la herida,
y volvió a venir furioso
como una tigra parida.

Y ya me hizo relumbrar
por los ojos el cuchillo,
1225 alcansando con la punta
a cortarme en un carrillo.

Me hirvió la sangre en las venas
y me le afirmé al moreno,
dándole de punta y hacha
1230 pa dejar un diablo menos.

Por fin en una topada
en el cuchillo lo alcé,
y como un saco de güesos
contra el cerco lo largué.

1235 Tiró unas cuantas patadas
y ya cantó pa el carnero.
Nunca me puedo olvidar
de la agonía de aquel negro.

En esto la negra vino,
1240 con los ojos como ají,
 y empesó la pobre allí
 a bramar como una loba.

Yo quise darle una soba
 a ver si la hacía callar;
1245 mas pude reflesionar
 que era malo en aquel punto,
 y por respeto al diunto
 no la quise castigar.

Limpié el facón en los pastos,
1250 desaté mi redomón,
 monté despacio y salí
 al tranco pa el cañadón.

Después supe que al finao
 ni siquiera lo velaron
1255 y retobao en un cuero
 sin resarle lo enterraron.

Y dicen que dende entonces
 cuando es la noche serena
 suele verse una luz mala
1260 como de alma que anda en pena.

Yo tengo intención a veces,
 para que no pene tanto,
 de sacar de allí los güesos
 y echarlos al camposanto.

VIII

1265 Otra vez, en un boliche
 estaba haciendo la tarde;

cayó un gaucho que hacía alarde
de guapo y de peliador.

A la llegada metió
1270 el pingo hasta la ramada,
y yo sin decirle nada
me quedé en el mostrador.

Era un terne de aquel pago
que naides lo reprendía,
1275 que sus enriedos tenía
con el señor comendante.

Y como era protegido,
andaba muy entonao
y a cualquiera desgraciao
1280 lo llevaba por delante.

¡Ah, pobre, si él mismo creiba
que la vida le sobraba!
Ninguno diría que andaba
aguaitándoló la muerte.

1285 Pero así pasa en el mundo,
es así la triste vida:
pa todos está escondida
la güena o la mala suerte.

Se tiró al suelo; al dentrar
1290 le dio un empeyón a un vasco
y me alargó un medio frasco
diciendo «Beba, cuñao».
«Por su hermana», contesté,
«que por la mía no hay cuidao».

- 1295 «¡Ah, gaucho!», me respondió,
 «¿de qué pago será criollo?
 Lo andará buscando el hoyo,
 deberá tener güen cuero;
 pero ande bala este toro
 1300 no bala ningún ternero».

- Y ya salimos trensaos,
 porque el hombre no era lerdo;
 mas como el tino no pierdo
 y soy medio ligerón,
 1305 lo dejé mostrando el sebo
 de un revés con el facón.

- Y como con la justicia
 no andaba bien por allí,
 cuanto pataliar lo vi,
 1310 y el pulpero pegó el grito,
 ya pa el palenque salí
 como haciéndomé el chiquito.

- Monté y me encomendé a Dios,
 rumbiando para otro pago;
 1315 que el gaucho que llaman vago
 no puede tener querencia,
 y ansí de estrago en estrago
 vive yorando la ausencia.

- Él anda siempre juyendo,
 1320 siempre pobre y perseguido;
 no tiene cueva ni nido,
 como si fuera maldito;
 porque el ser gaucho... ¡barajo!
 el ser gaucho es un delito.

1325 Es como el patrio de posta:
 lo larga éste, aquél lo toma,
 nunca se acaba la broma;
 dende chico se parece
 al arbolito que crece
 1330 desamparao en la loma.

Le echan la agua del bautismo
 aquel que nació en la selva,
 «buscá madre que te envuelva»,
 se dice el flaire y lo larga,
 1335 y dentra a crusar el mundo
 como burro con la carga.

Y se cría viviendo al viento
 como oveja sin trasquila,
 mientras su padre en las filas
 1340 anda sirviendo al gobierno;
 aunque tirite en invierno,
 naides lo ampara ni asila.

Le llaman «gaucho mamao»
 si lo pillan divertido,
 1345 y que es mal entretenido
 si en un baile lo sorprenden;
 hace mal si se defiende
 y si no, se ve... fundido.

No tiene hijos, ni mujer,
 1350 ni amigos, ni protetores,
 pues todos son sus señores
 sin que ninguno lo ampare;
 tiene la suerte del güey
 ¿y dónde irá el güey que no are?

1355 Su casa es el pajonal,
su guarida es el desierto;
y si de hambre medio muerto
le echa el lazo a algún mamón,
lo persiguen como a plaito,
1360 porque es un «gaucho ladrón».

Y si de un golpe por ahí
lo han güelta panza arriba,
no hay una alma compasiva
que le rese una oración:
1365 tal vez como cimarrón
en una cueva lo tiran.

Él nada gana en la paz
y es el primero en la guerra;
no le perdonan si yerra,
1370 que no saben perdonar,
porque el gaucho en esta tierra
sólo sirve pa votar.

Para él son los calabozos,
para él las duras prisiones;
1375 en su boca no hay razones
aunque la razón le sobre;
que son campanas de palo
las razones de los pobres.

Si uno aguanta, es gaucho bruto;
1380 si no aguanta, es gaucho malo.
¡Déle azote, déle palo,
porque es lo que él necesita!
De todo el que nació gaucho
ésta es la suerte maldita.

- 1385** Vamos, suerte, vamos juntos
dende que juntos nacimos;
y ya que juntos vivimos
sin podernos dividir,
yo abriré con mi cuchillo
1390 el camino pa seguir.

IX

- Matreriando lo pasaba
y a las casas no venía;
solía arrimarme de día,
mas, lo mesmo que el carancho,
1395 siempre estaba sobre el rancho
espiando a la polecía.

- Viva el gaucho que ande mal
como zorro perseguido
hasta que al menor descuido
1400 se lo atarasquen los perros,
pues nunca le falta un yerro
al hombre más alvertido.

- Y en esa hora de la tarde
en que tuito se adormese,
1405 que el mundo dentrar parece
a vivir en pura calma,
con las tristezas de su alma
al pajonal enderiese.

- Bala el tierno corderito
1410 al lao de la blanca oveja
y a la vaca que se aleja
llama el ternero amarrao;
pero el gaucho desgraciao
no tiene a quién dar su queja.

1415 Así es que al venir la noche
iba a buscar mi guarida,
pues ande el tigre se anida
también el hombre lo pasa,
y no quería que en las casas
1420 me rodiara la partida.

Pues aun cuando vengan ellos
cumpliendo con sus deberes,
yo tengo otros pareceres,
y en esa conducta vivo:
1425 que no debe un gaucho altivo
peliar entre las mujeres.

Y al campo me iba solito,
más matrero que el venao,
como perro abandonao
1430 a buscar una tapera,
o en alguna biscachera
pasar la noche tirao.

Sin punto ni rumbo fijo
en aquella inmensidá,
1435 entre tanta escuridá
anda el gaucho como duende;
allí jamás lo sorprende
dormido la autoridá.

Su esperanza es el coraje,
1440 su guardia es la precaución,
su pingo es la salvación,
y pasa uno en su desvelo
sin más amparo que el cielo
ni otro amigo que el facón.

• • •

1445 Así me hallaba una noche
 contemplando las estrellas,
 que le parecen más bellas
 cuanto uno es más desgraciao
 y que Dios las haiga criaio
1450 para consolarse en ellas.

 Les tiene el hombre cariño
 y siempre con alegría
 ve salir las Tres Marías,
 que si llueve, cuanto escampa
1455 las estrellas son la guía
 que el gaucho tiene en la pampa.

 Aquí no valen doctores,
 sólo vale la esperencia;
 aquí verían su inocencia
1460 esos que todo lo saben;
 porque esto tiene otra llave
 y el gaucho tiene su cencia.

 Es triste en medio del campo
 pasarse noches enteras
1465 contemplando en sus carreras
 las estrellas que Dios cría,
 sin tener más compañía
 que su soledá y las fieras.

 Me encontraba, como digo,
1470 en aquella soledá,
 entre tanta escuridá,
 echando al viento mis quejas,
 cuando el grito del chajá
 me hizo parar las orejas.

- 1475** Como lumbriz me pegué
 al suelo para escuchar;
 pronto sentí retumbar
 las pisadas de los fletes,
 y que eran muchos jinetes
1480 conocí sin vasilar.

- Cuando el hombre está en peligro
 no debe tener confianza;
 así, tendido de panza,
 puse toda mi atención
1485 y ya escuché sin tardanza
 como el ruido de un latón.

- Se venían tan calladitos
 que yo me puse en cuidao;
 tal vez me hubieran bombiao
1490 y me venían a buscar;
 mas no quise disparar,
 que eso es de gaucho morao.

- Al punto me santigüé
 y eché de giñebra un taco,
1495 lo mesmito que el matabo
 me arroyé con el porrón:
 «Si han de darme pa tabaco,
 dije, ésta es güena ocasión».

- Me refalé las espuelas,
1500 para no peliar con grillos;
 me arremangué el calzoncillo
 y me ajusté bien la faja
 y en una mata de paja
 probé el filo del cuchillo.

1505 Para tenerlo a la mano
 el flete en el pasto até,
 la cincha le acomodé,
 y en un trance como aquél,
 haciendo espaldas en él
 1510 quietito los aguardé.

Cuanto cerca los sentí,
 y que ahí no más se pararon,
 los pelos se me erizaron,
 y aunque nada vían mis ojos,
 1515 «No se han de morir de antojo»
 les dije, cuando llegaron.

Yo quise hacerles saber
 que allí se hallaba un varón;
 les conocí la intención
 1520 y solamente por eso
 es que les gané el tirón,
 sin aguardar voz de preso.

«—Vos sos un gaucho matrero»,
 dijo uno, haciéndose el güeno.
 1525 «Vos matastes un moreno
 y otro en una pulpería,
 y aquí está la polecía
 que viene a justar tus cuentas;
 te va a alzar por las cuarenta
 1530 si te resistís hoy día».

«—No me vengan, contesté,
 con relación de dijuntos:
 esos son otros asuntos;
 vean si me pueden llevar,
 1535 que yo no me he de entregar,
 aunque vengan todos juntos».

Pero no aguardaron más
y se apiaron en montón;
como a perro cimarrón
1540 me rodiaron entre tantos;
yo me encomendé a los santos
y eché mano a mi facón.

Y ya vide el fogonazo
de un tiro de garabina,
1545 mas quiso la suerte indina
de aquel maula, que me errase
y ahí no más lo levantase
lo mesmo que una sardina.

A otro que estaba apurao
1550 acomodando una bola
le hice una dentrada sola
y le hice sentir el fierro,
y ya salió como el perro
cuando le pisan la cola.

1555 Era tanta la aflicción
y la angurria que tenían,
que tuitos se me venían
donde yo los esperaba:
uno al otro se estorbaba
1560 y con las ganas no vían.

Dos de ellos, que traiban sables,
más garitos y resueltos,
en las hilachas envueltos
en frente se me pararon,
1565 y a un tiempo me atropellaron
lo mesmo que perros sueltos.

Me fui reculando en falso
 y el poncho adelante eché,
 y en cuanto le puso el pie
1570 uno medio chapetón,
 de pronto le di el tirón
 y de espaldas lo largué.

Al verse sin compañero
 el otro se sofrenó;
1575 entonces le dentré yo,
 sin dejarlo resollar,
 ya empezó a aflojar
 y a la pun...ta disparó.

Uno que en una tacuara
1580 había atao una tijera,
 se vino como si fuera
 palenque de atar terneros,
 pero en dos tiros certeros
 salió aullando campo ajuera.

1585 Por suerte en aquel momento
 venía coloriendo el alba
 y yo dije: «Si me salva
 la Virgen en este apuro,
 en adelante le juro
1590 ser más güeno que una malva».

Pegué un brinco y entre todos
 sin miedo me entreveré;
 echo ovillo me quedé
 y ya me cargó una yunta,
1595 y por el suelo la punta
 de mi facón les jugué.

El más engolosinao
 se me apió con un hachazo;
 se lo quité con el brazo,
1600 de no, me mata los piojos;
 antes de que diera un paso
 le eché tierra en los dos ojos.

Y mientras se sacudía
 refregándosé la vista,
1605 yo me le fui como lista
 y ahí no más me le afirmé
 diciéndole: «Dios te asista»
 y de un revés lo voltié.

Pero en ese punto mismo
1610 sentí que por las costillas
 un sable me hacía cosquillas
 y la sangre se me heló.
 Desde ese momento yo
 me salí de mis casillas.

1615 Di para atrás unos pasos
 hasta que pude hacer pie,
 por delante me lo eché
 de punta y tajos a un criollo;
 metió la pata en un oyo
1620 y yo al oyo lo mandé.

Tal vez en el corazón
 lo tocó un santo bendito
 a un gaucho, que pegó el grito
 y dijo: «¡Cruz no consiente
1625 que se cometa el delito
 de matar así un valiente!»..

Y ahí no más se me apareó
 entrándolé a la partida;
 yo les hice otra embestida
1630 pues entre dos era robo;
 y el Cruz era como lobo
 que defiende su guarida.

Uno despachó al infierno
 de dos que lo atropellaron;
1635 los demás remoliniaron,
 pues íbamos a la fija,
 y a poco andar dispararon
 lo mismo que sabandija.

Ahi quedaban largo a largo
1640 los que estiraron la jeta,
 otro iba como maleta
 y Cruz, de atrás, les decía:
 «Que venga otra polecía
 a llevarlos en carreta».

1645 Yo junté las osamentas,
 me hiqué y les recé un bendito;
 hice una cruz de un palito
 y pedí a mi Dios clemente
 me perdonara el delito
1650 de haber muerto tanta gente.

Dejamos amontonaos
 a los pobres que murieron;
 no sé si los recogieron,
 porque nos fimos a un rancho,
1655 o si tal vez los caranchos
 ahí no más se los comieron.

Lo agarramos mano a mano
entre los dos al porrón:
en semejante ocasión
1660 un trago a cualquiera encanta,
y Cruz no era remolón
ni pijotiaba garganta.

Calentamos los gargueros
y nos largamos muy tiesos,
1665 siguiendo siempre los besos
al pichel y, por más señas,
íbamos como sigüañas
estirando los pescuesos.

«—Yo me voy —le dije—, amigo,
1670 donde la suerte me lleve,
y si es que alguno se atreve
a ponerse en mi camino,
yo seguiré mi destino,
que el hombre hace lo que debe.

1675 »Soy un gaucho desgraciado,
no tengo dónde ampararme,
ni un palo donde rascarme,
ni un árbol que me cubije;
pero ni aun esto me aflige,
1680 porque yo sé manejar me.

»Antes de cair al servicio,
tenía familia y hacienda,
cuando volví, ni la prenda
me la habían dejado ya.
1685 Dios sabe en lo que vendrá
a parar esta contienda».



Fig. 5. “Pelea de Martín Fierro contra una partida”. Litografía. Imagen incluida en la 8.ª edición de *El gaucho Martín Fierro*, Buenos Aires, Taller de Zincografía, 1874. Canto IX.

X

CRUZ

131

Amigazo, pa sufrir
han nacido los varones;
éstas son las ocasiones
1690 de mostrarse un hombre juerte,
hasta que venga la muerte
y lo agarre a coscorrones.

El andar tan despilchao
ningún mérito me quita.
1695 Sin ser una alma bendita
me duelo del mal ajeno:
soy un pastel con relleno
que parece torta frita.

Tampoco me faltan males
1700 y desgracias, le prevengo;
también mis desdichas tengo,
aunque esto poco me aflige:
yo sé hacerme el chanco rengo
cuando la cosa lo esige.

1705 Y con algunos ardiles
voy viviendo, aunque roto;
a veces me hago el sarnoso
y no tengo ni un granito,
pero al chifle voy ganoso
1710 como panzón al maíz frito.

A mí no me matan penas
mientras tenga el cuero sano,
venga el sol en el verano
y la escarcha en el invierno.

1715 Si este mundo es un infierno
¿por qué afligirse el cristiano?

Hagámosle cara fiera
a los males, compañero,
porque el zorro más matrero
1720 suele cair como un chorlito:
viene por un corderito
y en la estaca deja el cuero.

Hoy tenemos que sufrir
males que no tienen nombre,
1725 pero esto a naides lo asombre
porque ansina es el pastel,
y tiene que dar el hombre
más vueltas que un carretel.

Yo nunca me he de entregar
1730 a los brazos de la muerte;
arrastro mi triste suerte
paso a paso y como pueda,
que donde el débil se queda
se suele escapar el juerte.

1735 Y ricuerde cada cual
lo que cada cual sufrió,
que lo que es, amigo, yo,
hago así la cuenta mía:
ya lo pasado pasó,
1740 mañana será otro día.

Yo también tuve una pilcha
que me enllenó el corazón,
y si en aquella ocasión
alguien me hubiera buscao,

1745 seguro que me había hallao
más prendido que un botón.

En la güella del querer
no hay animal que se pierda;
las mujeres no son lerdas
1750 y todo gaucho es dotor
si pa cantarle al amor
tiene que templar las cuerdas.

¡Quién es de una alma tan dura
que no quiera una mujer!
1755 Lo alivia en su padecer:
si no sale calavera
es la mejor compañera
que el hombre puede tener.

Si es güena, no lo abandona
1760 cuando lo ve desgraciao,
lo asiste con su cuidao
y con afán cariñoso,
y usté tal vez ni un rebozo
ni una pollera le ha dao.

1765 Grandemente lo pasaba
con aquella prenda mía
viviendo con alegría
como la mosca en la miel.
¡Amigo, qué tiempo aquel!
1770 ¡La pucha que la quería!

Era la águila que a un árbol
dende las nubes bajó,
era más linda que el alba
cuando va rayando el sol,

1775 era la flor deliciosa
que entre el trebolar creció.

Pero, amigo, el comendante
que mandaba la milicia,
como que no desperdicia
1780 se fue refalando a casa:
yo le conocí en la traza
que el hombre traiba malicia.

Él me daba voz de amigo,
pero no le tenía fe.
1785 Era el jefe y, ya se ve,
no podía competir yo;
en mi rancho se pegó
lo mesmo que saguaipé.

A poco andar conocí
1790 que ya me había desbancao,
y él siempre muy entonao
aunque sin darme ni un cobre,
me tenía de lao a lao
como encomienda de pobre.

1795 A cada rato, de chasque
me hacía dir a gran distancia;
ya me mandaba a una estancia,
ya al pueblo, ya a la frontera;
pero él en la comendencia
1800 no ponía los pies siquiera.

Es triste a no poder más
el hombre en su padecer,
si no tiene una mujer
que lo ampare y lo consuele;

1805 mas pa que otro se la pele
lo mejor es no tener.

No me gusta que otro gallo
le cacarie a mi gallina.
Yo andaba ya con la espina,

1810 hasta que en una ocasión
lo pillé junto al jogón
abrazándomé a la china.

Tenía el viejito una cara
de ternero mal lamido,
1815 y al verlo tan atrevido
le dije: «Que le aproveche;
que había sido pa el amor
como guacho pala la leche».

Peló la espada y se vino
1820 como a quererme ensartar,
pero yo sin tutubiar
le volví al punto a decir:
«—Cuidao no te vas a pér...tigo,
poné cuarta pa salir».

1825 Un puntaso me largó
pero el cuerpo le saqué
y en cuanto se lo quité,
para no matar un viejo,
con cuidao, medio de lejo,
1830 un planaso le asenté.

Y como nunca al que manda
le falta algún adulón,
uno que en esa ocasión
se encontraba allí presente

1835 vino apretando los dientes
como perrito mamón.

Me hizo un tiro de revuélver
que el hombre creyó seguro,
era confiao y le juro

1840 que cerquita se arrimaba,
pero siempre en un apuro
se desentumen mis tabas.

Él me siguió menudiando
mas sin poderme acertar,

1845 y yo, déle culebriar,
hasta que al fin le dentré
y ahi no más lo despaché
sin dejarlo resollar.

Dentré a campiar en seguida
al viejito enamorao.

1850 El pobre se había ganao
en un noque de lejía.
¡Quién sabe cómo estaría
del susto que había llevao!

1855 ¡Es sonso el cristiano macho
cuando el amor lo domina!

Él la miraba a la indina,
y una cosa tan jedionda
sentí yo, que ni en la fonda

1860 he visto tal jedentina.

Y le dije: «—Pa su agüela
han de ser esas perdices». Yo me tapé las narices
y me salí estornudando,

1865 y el viejo quedó olfatiando
como chico con lumbrices.

Cuando la mula recula,
señal que quiere cosiar;
ansí se suele portar
1870 aunque ella lo disimula:
recula como la mula
la mujer, para olvidar.

Alcé mi poncho y mis prendas
y me largué a padecer
1875 por culpa de una mujer
que quiso engañar a dos.
Al rancho le dije adiós,
para nunca más volver.

Las mujeres dende entonces
1880 conocí a todas en una.
Ya no he de probar fortuna
con carta tan conocida:
mujer y perra parida,
no se me acerca ninguna.

XI

1885 A otros les brotan las coplas
como agua de manantial;
pues a mí me pasa igual,
aunque las mías nada valen:
de la boca se me salen
1890 como ovejas del corral.

Que en puertiando la primera,
ya la siguen las demás,

y en montones las de atrás
contra los palos se estrellan,
1895 y saltan y se atropellan,
sin que se corten jamás.

Y aunque yo por mi inorancia
con gran trabajo me esplico,
cuando llego a abrir el pico
1900 tengaló por cosa cierta:
sale un verso y en la puerta
ya asoma el otro el hocico.

Y empréstemé su atención,
me oirá relatar las penas
1905 de que traigo la alma llena,
porque en toda circunstancia
paga el gaucho su inorancia
con la sangre de las venas.

Después de aquella desgracia
1910 me refugié en los pajales,
anduve entre los cardales
como bicho sin guarida;
pero, amigo, es esa vida
como vida de animales.

1915 Y son tantas las miserias
en que me he sabido ver,
que con tanto padecer
y sufrir tanta aflicción
malicio que he de tener
1920 un callo en el corazón.

Ansí andaba como guacho
cuando pasa el temporal.

1925 Supe una vez, pa mi mal,
de una milonga que había,
y ya pa la pulpería
enderecé mi bagual.

1930 Era la casa del baile
un rancho de mala muerte,
y se enllenó de tal suerte
que andábamos a empujones:
nunca faltan encontrones
cuando el pobre se divierte.

1935 Yo tenía unas medias botas
con tamaños verdugones;
me pusieron los talones
con crestas como los gallos:
¡si viera mis afliciones
pensando yo que eran callos!

1940 Con gato y con fandanguillo
había empezao el changango,
y para ver el fandango
me colé haciéndome bola;
mas metió el diablo la cola
y todo se volvió pango.

1945 Había sido el guitarrero
un gaucho duro de boca.
Yo tengo pacencia poca
pa aguantar cuando no debo:
a ninguno me le atrevo
1950 pero me halla el que me toca.

A bailar un pericón
con una moza salí,

y cuanto me vido allí
sin duda me conoció
1955 y estas coplitas cantó
como por rairse de mí:

«Las mujeres son todas
como las mulas;
yo no digo que todas,
1960 pero hay algunas
que a las aves que vuelan
les sacan plumas».

«Hay gauchos que presumen
de tener damas;
1965 no digo que presumen,
pero se alaban,
y a lo mejor los dejan
tocando tablas».

Se secretiaron las hembras
1970 y yo ya me encocoré;
volíé la anca y le grité:
«dejá de cantar... chicharra».
Y de un tajo a la guitarra
tuitas las cuerdas corté.

1975 Al punto salió de adentro
un gringo con un jusil;
pero nunca he sido vil,
poco el peligro me espanta:
ya me refalé la manta
1980 y la eché sobre el candil.

Gané en seguida la puerta
gritando: «Naidés me ataje»;

y alborotao el hembraje
lo que todo quedó oscuro,
1985 empezó a verse en apuro
mesturao con el gauchaje.

El primero que salió
fue el cantor y se me vino,
pero yo no pierdo el tino
1990 aunque haiga tomao un trago,
y hay algunos por mi pago
que me tienen por ladino.

No ha de haber achocao otro;
le salió cara la broma;
1995 a su amigo cuando toma
se le despeja el sentido,
y el pobrecito había sido
como carne de paloma.

Para prestar sus socorros
las mujeres no son lerdas:
2000 antes que la sangre pierda
lo arrimaron a unas pipas.
Ahi lo dejé con las tripas
como pa que hicieran cuerdas.

2005 Monté y me largué a los campos
más libre que el pensamiento,
como las nubes al viento
a vivir sin paradero;
que no tiene el que es matrero
2010 nido, ni rancho, ni asiento.

No hay fuerza contra el destino
que le ha señalao el cielo

y aunque no tenga consuelo
 aguante el que está en trabajo:
2015 ¡naides se rasca pa abajo
 ni se lonjea contra el pelo!

Con el gaucho desgraciao
 no hay uno que no se entone;
 la menor falta lo espone
2020 a andar con los avestruces:
 faltan otros con más luces
 y siempre hay quien los perdone.

XII

Yo no sé qué tantos meses
 esta vida me duró;
2025 a veces nos obligó
 la miseria a comer potro:
 me había acompañado con otros
 tan desgraciaos como yo.

Mas ¿para qué platicar
 sobre esos males, canejo?
2030 Nace el gaucho y se hace viejo
 sin que mejore su suerte,
 hasta que por ahí la muerte
 sale a cobrarle el pellejo.

2035 Pero como no hay desgracia
 que no acabe alguna vez,
 me aconteció que después
 de sufrir tanto rigor
 un amigo, por favor,
2040 me compuso con el juez.

Le alvertiré que en mi pago
 ya no va quedando un criollo:
 se los ha tragao el hoyo
 o juido o muerto en la guerra,
2045 porque, amigo, en esta tierra
 nunca se acaba el embrollo.

Colijo que jue para eso
 que me llamó el juez un día
 y me dijo que quería
2050 hacerme a su lao venir,
 pa que dentrase a servir
 de soldao de polecía.

Y me largó una ploclama
 tratándomé de valiente,
2055 que yo era un hombre decente,
 y que dende aquel momento
 me nombraba de sargento
 pa que mandara la gente.

Ansí estuve en la partida,
2060 pero ¡qué había de mandar!
 Anoche al irlo a tomar
 vide güena coyontura,
 y a mí no me gusta andar
 con la lata a la cintura.

• • •

2065 Ya conoce, pues, quien soy;
 tenga confianza conmigo:
 Cruz le dio mano de amigo
 y no lo ha de abandonar.
 Juntos podemos buscar
2070 pa los dos un mesmo abrigo.

Andaremos de matreros
 si es preciso pa salvar.
 Nunca nos ha de faltar
 ni un güen pingo para juir,
2075 ni un pajal ande dormir,
 ni un matambre que ensartar.

Y cuando sin trapo alguno
 nos haiga el tiempo dejao,
 yo lo pediré emprestao
2080 el cuero a cualquiera lobo,
 y hago un poncho, si lo sobo,
 mejor que poncho engomao.

Para mí la cola es pecho
 y el espinazo es cadera;
2085 hago mi nido ande quiera
 y de lo que encuentre como;
 me echo tierra sobre el lomo
 y me apeo en cualquier tranquera.

Y dejo rodar la bola
2090 que algún día se ha de parar.
 Tiene el gaucho que aguantar
 hasta que lo trague al hoyo
 o hasta que venga algún criollo
 en esta tierra a mandar.

2095 Lo miran al pobre gaucho
 como carne de cogote:
 lo tratan al estricote,
 y si así las cosas andan
 porque quieren los que mandan
2100 aguantemos los azotes.

- ¡Pucha, si usted los oyera
 como yo en una ocasión
 tuita la conversación
 que con otro tuvo el juez!
2105 Le aseguro que esa vez
 se me achicó el corazón.
- Hablaban de hacerse ricos
 con campos en la frontera;
 de sacarla más ajuera
2110 donde había campos baldidos
 y llevar de los partidos
 gente que la defendiera.
- Todo se güelven proyectos
 de colonias y carriles,
2115 y tirar la plata a miles
 en los gringos enganchaos,
 mientras al pobre soldao
 le pelan la chaucha, ¡ah viles!
- Pero si siguen las cosas
2120 como van hasta el presente
 puede ser que redepente
 veamos el campo desierto,
 y blanquiando solamente
 los güesos de los que han muerto.
- 2125** Hace mucho que sufrimos
 la suerte reclusiva:
 trabaja el gaucho y no arriba,
 pues a lo mejor del caso
 lo levantan de un sogaso
2130 sin dejarle ni saliva.

De los males que sufrimos
 hablan mucho los puebleros,
 pero hacen como los teros
 para esconder sus niditos:
2135 en un lao pegan los gritos
 y en otro tienen los güevos.

Y se hacen los que no aciertan
 a dar con la coyuntura:
 mientras el gaucho lo apura
2140 con rigor la autoridá,
 ellos a la enfermedá
 le están errando la cura.

XIII

MARTÍN FIERRO

Ya veo que somos los dos
 astilla del mismo palo:
2145 yo paso por gaucho malo
 y usté anda mesmo modo,
 y yo, pa acabarlo todo,
 a los indios me refalo.

Pido perdón a mi Dios,
2150 que tantos bienes me hizo;
 pero dende que es preciso
 que viva entre los infieles,
 yo seré cruel con los crueles:
 ansí mi suerte lo quiso.

2155 Dios formó lindas las flores,
 delicadas como son;
 les dio toda perfección
 y cuanto Él era capaz,

pero al hombre le dio más
2160 cuando le dio el corazón.

Le dio claridá a la luz,
juerza en su carrera al viento,
le dio vida y movimiento
dende la águila al gusano,
2165 pero más le dio al cristiano
al darle el entendimiento.

Y aunque a las aves les dio,
con otras cosas que inoro,
esos piquitos como oro
2170 y un plumaje como tabla,
le dio al hombre más tesoro
al darle una lengua que habla.

Y dende que dio a las fieras
esa juria tan inmensa,
2175 que no hay poder que las vensa
ni nada que las asombre,
¿qué menos le daría al hombre
que el valor pa su defensa?

Pero tantos bienes juntos
2180 al darle, malicio yo
que en sus adentros pensó
que el hombre los precisaba,
que los bienes igualaba
con las penas que le dio.

2185 Y yo empujao por las mías
quiero salir de este infierno;
ya no soy pichón muy tierno
y sé manejar la lanza,

y hasta los indios no alcanza
2190 la facultá del gobierno.

Yo sé que allá los caciques
 amparan a los cristianos,
 y que los tratan de «hermanos»
 cuando se van por su gusto.
2195 ¿A qué andar pasando sustos?
 Alcemos el poncho y vamos.

En la cruzada hay peligros,
 pero ni aun esto me aterra:
 yo ruedo sobre la tierra
2200 arrastrao por mi destino,
 y si erramos el camino...
 no es el primero que lo erra.

Si hemos de salvar o no,
 de esto naides nos responde.
2205 Derecho ande el sol se esconde
 tierra adentro hay que tirar;
 algún día hemos de llegar...
 después sabremos adónde.

No hemos de perder el rumbo,
2210 los dos somos güena yunta;
 el que es gaucho va ande apunta,
 aunque inore ande se encuentra;
 pa el lao en que el sol se dentra
 dueblan los pastos la punta.

2215 De hambre no pereceremos,
 pues, según otros me han dicho,
 en los campos se hallan bichos
 de lo que uno necesita...

gamas, maticos, mulitas,
2220 avestruces y quirquinchos.

Cuando se anda en el desierto
se come uno hasta las colas;
lo han cruzao mujeres solas
llegando al fin con salú,
2225 y ha de ser gaucho el ñandú
que se escape de mis bolas.

Tampoco a la sé le temo,
yo la aguanto muy contento,
busco agua olfatiando al viento,
2230 y dende que no soy manco
ande hay duraznillo blanco
cabo y la saco al momento.

Allá habrá siguridá
ya que aquí no la tenemos,
2235 menos males pasaremos
y ha de haber grande alegría
el día que nos delcolguemos
en alguna toldería.

Fabricaremos un toldo,
2240 como lo hacen tantos otros,
con unos cueros de potro,
que sea sala y sea cocina.
¡Tal vez no falte una china
que se apiade de nosotros!

2245 Allá no hay que trabajar,
vive uno como un señor;
de cuando en cuando un malón,
y si de él sale con vida

lo pasa echao panza arriba
2250 mirando dar güelta el sol.

Y ya que a juerza de golpes
 la suerte nos dejó a flus,
 puede que allá veamos luz
 y se acaben nuestras penas.
2255 Todas las tierras son güenas:
 vámosnós, amigo Cruz.

El que maneja las bolas,
 el que sabe echar un pial
 o sentársele en un bagual
2260 sin miedo de que lo baje,
 entre los mismos salvajes
 no puede pasarlo mal.

El amor como la guerra
 lo hace el criollo con canciones;
2265 a más de eso, en los malones
 podemos aviarnos de algo;
 en fin, amigo, yo salgo
 de estas pelegrinaciones.

. . .

En este punto, el cantor
2270 buscó un porrón pa consuelo,
 echó un trago como un cielo,
 dando fin a su argumento,
 y de un golpe al instrumento
 lo hizo astillas contra el suelo.

2275 «Ruempo —dijo— la guitarra,
 pa no volverme a tentar
 ninguno la ha de tocar,

por siguro ténganlô;
pues naides ha de cantar
2280 cuando este gaucho cantó».

151

Y daré fin a mis coplas
con aire de relación;
nunca falta un preguntón
más curioso que mujer,
2285 y tal vez quiera saber
cómo fue la conclusión.

Cruz y Fierro, de una estancia
una tropilla se arriaron;
por delante se la echaron
2290 como criollos entendidos
y pronto, sin ser sentidos,
por la frontera cruzaron.

Y cuando la habían pasao,
una madrugada clara
2295 le dijo Cruz que mirara
las últimas poblaciones;
y a Fierro dos lagrimones
le rodaron por la cara.

Y siguiendo el fiel del rumbo
2300 se entraron en el desierto.
No sé si los habrán muerto
en alguna correría,
pero espero que algún día
sabré de ellos algo cierto.

2305 Y ya con estas noticias
mi relación acabé;
por ser ciertas las conté,

todas las desgracias dichas:
es un telar de desdichas
2310 cada gaucha que usted ve.

Pero ponga su esperanza
en el Dios que lo formó;
y aquí me despido yo,
que he relatao a mi modo
2315 males que conocen todos
pero que naides contó.



Fig. 6. “Martín Fierro y Cruz cruzan la frontera”. Litografía. Imagen incluida en la 11.^a edición de *El gaucha Martín Fierro*, Buenos Aires, Librería “Nueva Maravilla”, 1878. Canto XIII.

II

LA VUELTA DE MARTÍN FIERRO

Fig. 7. Portada de la 1.^a edición de *La vuelta de Martín Fierro*, Buenos Aires, Imprenta de Pablo E. Coni / Librería del Plata, 1879.

LA VUELTA
DE
MARTIN FIERRO

POR
JOSÉ HERNANDEZ

PRIMERA EDICION, ADORNADA CON DIEZ LAMINAS



SE VENDE EN TODAS LAS LIBRERIAS DE BUENOS AIRES

Depósito central: **LIBRERIA DEL PLATA**, Calle Tacuari, 47

1879

CUATRO PALABRAS DE CONVERSACIÓN CON LOS LECTORES

Entrego a la benevolencia pública, con el título *La vuelta de Martín Fierro*, la segunda parte de una obra que ha tenido una acogida tan generosa, que en sus seis años se han repetido once ediciones con un total de cuarenta y ocho mil ejemplares.

Esto no es vanidad de autor, porque no rindo tributo a esa falsa diosa; ni bombo de editor, porque no lo he sido nunca de mis humildes producciones.

Es un recuerdo oportuno para explicar por qué el primer tiraje del presente libro consta de veinte mil ejemplares, divididos en cinco secciones o ediciones de cuatro mil números cada una; y agregaré que confío en que el acreditado Establecimiento Tipográfico del señor Coni hará una impresión esmerada, como la tienen todos los libros que salen de sus talleres.

Lleva también diez ilustraciones incorporadas en el texto, y creo que en los dominios de la literatura es la primera vez que una obra sale de las prensas nacionales con esta mejora. Así se empieza.

Las láminas han sido dibujadas y calcadas en la piedra por don Carlos Clerice, artista compatriota que llegará a ser notable en su ramo, porque es joven, tiene escuela, sentimiento artístico y amor al trabajo.

El grabado ha sido ejecutado por el señor Supot, que posee el arte, nuevo y poco generalizado todavía entre nosotros, de fijar en láminas metálicas lo que la habilidad del litógrafo ha calcado en la piedra, creando o imaginando posiciones que interpretan con claridad y sentimiento la escena descrita en el verso.

No se ha omitido, pues, ningún sacrificio a fin de hacer una publicación en las más aventajadas condiciones artísticas.

En cuanto a su parte literaria, sólo diré que no se debe perder de vista al juzgar los defectos del libro, que es copia fiel de un original que los tiene, y repetiré que muchos defectos están allí con el objeto de hacer más evidente y clara la imitación de los que lo son en realidad.

Un libro destinado a despertar la inteligencia y el amor a la lectura en una población casi primitiva, a servir de provechoso recreo, después de las fatigosas tareas, a millares de personas que jamás han leído, debe ajustarse estrictamente a los usos y costumbres de esos mismos lectores, rendir sus ideas e interpretar sus sentimientos en su mismo lenguaje, en sus frases más usuales, en su forma más general, aunque sea incorrecta; con sus imágenes de mayor relieve, y con sus giros más característicos, a fin de que el libro se identifique con ellos de una manera tan estrecha e íntima, que su lectura no sea sino una continuación natural de su existencia.

Sólo así pasan sin violencia del trabajo al libro; y sólo así, esa lectura puede serles amena, interesante y útil.

¡Ojalá hubiera un libro que gozara del dichoso privilegio de circular incesantemente de mano en mano en esa inmensa población diseminada en nuestras vastas campañas, y que bajo una forma que lo hiciera agradable, que asegurara su popularidad, sirviera de ameno pasatiempo a sus lectores!, pero:

Enseñando que el trabajo honrado es la fuente principal de toda mejora y bienestar.

Enaltecendo las virtudes morales que nacen de la ley natural y que sirven de base a todas las virtudes sociales.

Inculcando en los hombres el sentimiento de veneración hacia su Creador, inclinándolos a obrar bien.

Afeando las supersticiones ridículas y generalizadas que nacen de una deplorable ignorancia.

Tendiendo a regularizar y dulcificar las costumbres, enseñando por medios hábilmente escondidos, la moderación y el aprecio de sí mismo; el respeto a los demás; estimulando la fortaleza por el espectáculo del infortunio acerbo, aconsejando la perseverancia en el bien y la resignación en los trabajos.

Recordando a los padres los deberes que la naturaleza les impone para con sus hijos, poniendo ante sus ojos los males que produce su olvido, induciéndolos por ese medio a que mediten y calculen por sí mismos todos los beneficios de su cumplimiento.

Enseñando a los hijos cómo deben respetar y honrar a los autores de sus días.

Fomentando en el esposo el amor a su esposa, recordando a esta los santos deberes de su estado; encareciendo la felicidad del hogar, enseñando a todos a tratarse con respeto recíproco, robusteciendo por todos estos medios los vínculos de la familia y de la sociabilidad.

Afirmando en los ciudadanos el amor a la libertad, sin apartarse del respeto que es debido a los superiores y magistrados.

Enseñando a los hombres con escasas nociones morales, que deben ser humanos y clementes, caritativos con el huérfano y con el desvalido; fieles a la amistad; gratos a los favores recibidos; enemigos de la holgazanería y del vicio; conformes con los cambios de fortuna; amantes de la verdad, tolerantes, justos y prudentes siempre.

Un libro que todo esto, más que esto, o parte de esto enseñara sin decirlo, sin revelar su presencia, sin dejarla conocer siquiera, sería indudablemente un buen libro, y por cierto que levantaría el nivel moral e intelectual de sus lectores aunque dijera «naides» por «nadie», «resertor» por «desertor», «mesmo» por «mismo», u otros barbarismos semejantes, cuya enmienda le está reservada a la escuela, llamada a llenar un vacío que el poema debe respetar, y a corregir vicios y defectos de fraseología, que son también elementos de que se debe apoderar el arte para combatir y extirpar males morales más fundamentales y trascendentes, examinándolos bajo el punto de vista de una filosofía más elevada y pura.

El progreso de la locución no es la base del progreso social, y un libro que se propusiera tan elevados fines debería prescindir por completo de las delicadas formas de la cultura de la frase, subordinándose a las imperiosas exigencias de sus propósitos moralizadores, que serían en tal caso el éxito buscado.

Los personajes colocados en escena deberían hablar en su lenguaje peculiar y propio, con su originalidad, sus gracias y sus defectos naturales, porque despojados de ese ropaje, lo serían igualmente de su carácter típico, que es lo único que los hace simpáticos, conservando la imitación y la verosimilitud en el fondo y en la forma.

Entra también en esta parte la elección del prisma a través del cual le es permitido a cada uno estudiar sus tiempos. Y aceptando esos defectos como un elemento, se idealiza también, se piensa, se inclina a los demás a que piensen igualmente y se agrupan, se preparan y conservan pequeños monumentos de arte, para los que han de estudiarlo mañana y levantar el grande monumento de la historia de nuestra civilización.

El gaucho no conoce ni siquiera los elementos de su propio idioma, y sería una impropiedad cuando menos, y una falta de verdad muy censurable, que quien no ha abierto jamás un libro, siga las reglas de arte de Blair, Hermosilla o la Academia.

El gaucho no aprende a cantar. Su único maestro es la espléndida naturaleza que en variados y majestuosos panoramas se estienda delante de sus ojos.

Canta porque hay en él cierto impulso moral, algo de métrico, de rítmico que domina en su organización, y que lo lleva hasta el extraordinario extremo de que todos sus refranes, sus dichos agudos, sus proverbios comunes, son expresados en dos versos octosílabos perfectamente medidos, acentuados con inflexible regularidad, llenos de armonía, de sentimiento y de profunda intención.

Eso mismo hace muy difícil, sino de todo punto imposible, distinguir y separar cuáles son los pensamientos originales del autor, y cuáles los que son recogidos de las fuentes populares.

No tengo noticia que exista ni que haya existido una raza de hombre aproximado a la naturaleza, cuya sabiduría proverbial llene todas las condiciones rítmicas de nuestros proverbios gauchos.

Qué singular es, y qué digno de observación, el oír a nuestros paisanos más incultos expresar en dos versos claros y sencillos, máximas y pensamientos morales que las naciones más antiguas,

la India y la Persia, conservaban como el tesoro inestimable de su sabiduría proverbial; que los griegos escuchaban con veneración de boca de sus sabios más profundos, de Sócrates, fundador de la moral, de Platón y de Aristóteles; que entre los latinos difundió gloriosamente el afamado Séneca; que los hombres del Norte les dieron lugar preferente en su robusta y enérgica literatura; que la civilización moderna repite por medio de sus moralistas más esclarecidos, y que se hallan consagrados fundamentalmente en los códigos religiosos de todos los grandes reformadores de la humanidad.

Indudablemente, que hay cierta semejanza íntima, cierta identidad misteriosa entre todas las razas del globo que sólo estudian en el gran libro de la naturaleza; pues que de él deducen, y vienen deduciendo desde hace más de tres mil años, la misma enseñanza, las mismas virtudes naturales, expresadas en prosa por todos los hombres del globo, y en verso por los gauchos que habitan las vastas y fértiles comarcas que se extienden a las dos márgenes del Plata.

El corazón humano y la moral son los mismos en todos los siglos.

Las civilizaciones difieren esencialmente. «Jamás se hará, —dice el doctor V. F. López en su prólogo a *Las Neurosis*—, un profesor o un catedrático europeo, de un bracma»; así debe ser: pero no ofrecería la misma dificultad el hacer de un gaucho un bracma lleno de sabiduría; si es que los bracmas hacen consistir toda su ciencia en su sabiduría proverbial, según los pinta el sabio conservador de la Biblioteca Nacional de París, en *La sabiduría popular de todas las Naciones*, que difundió en el Nuevo Mundo el americano Pazos Kanki.

Saturados de ese espíritu gaucho hay entre nosotros algunos poetas de formas muy cultas y correctas, y no ha de escasear el género, porque es una producción legítima y espontánea del país, y que, en verdad; no se manifiesta únicamente en el terreno florido de la literatura.

Concluyo aquí, dejando a la consideración de los benévolos lectores, lo que yo no puedo decir sin extender demasiado este prefacio, poco necesario en las humildes coplas de un hijo del desierto.

¡Sea el público indulgente con él! y acepte esta humilde producción, que le dedicamos como que es nuestro mejor y más antiguo amigo.

La originalidad de un libro debe empezar en el prólogo.

Nadie se sorprenda, por lo tanto, ni de la forma ni de los objetos que este abraza; y debemos terminarlo haciendo público nuestro agradecimiento hacia los distinguidos escritores que acaban de honrarnos con su fallo, como el señor don José Tomás Guido, en una bellísima carta que acogieron deferentes *La Tribuna* y *La Prensa*, y que reprodujeron en sus columnas varios periódicos de la República. El doctor don Miguel Navarro Viola, en la última entrega de la «Biblioteca Popular», estimulándonos, con honrosos términos, a continuar en la tarea empezada.

Diversos periódicos de la ciudad y campaña, como *El Herald*, del Azul, *La Patria*, de Dolores, *El Oeste*, de Mercedes, y otros, han adquirido también justos títulos a nuestra gratitud, que conservamos como una deuda sagrada.

Terminamos esta breve reseña con *La Capital*, del Rosario, que ha anunciado **LA VUELTA DE MARTÍN FIERRO**, haciendo concebir esperanzas que Dios sabe si van a ser satisfechas.

Ciérrese este prólogo diciendo que se llama este libro **LA VUELTA DE MARTÍN FIERRO**, porque ese título le dio el público, antes, mucho antes de haber yo pensado en escribirlo; y allá va a correr tierras con mi bendición paternal.

José Hernández

LA VUELTA DE MARTÍN FIERRO**1**

- 1** Atención pido al silencio
y silencio a la atención,
que voy en esta ocasión,
si me ayuda la memoria,
5 a mostrarles que a mi historia
le faltaba lo mejor.

- Viene uno como dormido
cuando vuelve del desierto;
veré si a explicarme acierto
10 entre gente tan bizarra,
y si al sentir la guitarra
de mi sueño me despierto.

- Siento que mi pecho tiembla,
que se turba mi razón,
15 y de la vigüela al son
imploro a la alma de un sabio
que venga a mover mi labio
y alentar mi corazón.

- Si no llego a treinta y una,
20 de fijo en treinta me planto,
y esta confianza adelanto
porque recibí en mí mismo,
con el agua del bautismo,
la facultá para el canto.

- 25 Tanto el pobre como el rico
la razón me la han de dar;
y si llegan a escuchar
lo que explicaré a mi modo,
digo que no han de reír todos,
30 algunos han de llorar.

- Mucho tiene que contar
el que tuvo que sufrir,
y empezaré por pedir
no duden de cuanto digo,
35 pues debe creerse al testigo
si no pagan por mentir.

- Gracias le doy a la Virgen,
gracias le doy al Señor,
porque entre tanto rigor
40 y habiendo perdido tanto,
no perdí mi amor al canto
ni mi voz como cantor.

- Que cante todo viviente
otorgó el Eterno Padre;
45 cante todo el que le cuadre
como lo hacemos los dos,
pues sólo no tiene voz
el ser que no tiene sangre.

- Canta el pueblero... y es pueta;
50 canta el gaucho... y, ¡ay Jesús!,
lo miran como avestruz,
su inorancia los asombra;
mas siempre sirven las sombras
para distinguir la luz.

- 55 El campo es del inorante;
el pueblo del hombre estruido;
yo que en el campo he nacido
digo que mis cantos son
para los unos... sonidos,
60 y para otros... intención.

- Yo he conocido cantores
que era un gusto el escuchar,
mas no quieren opinar
y se divierten cantando;
65 pero yo canto opinando,
que es mi modo de cantar.

- El que va por esta senda
cuanto sabe desembucha,
y aunque mi cencia no es mucha,
70 esto en mi favor previene:
yo sé el corazón que tiene
el que con gusto me escucha.

- Lo que pinta este pincel
ni el tiempo lo ha de borrar;
75 ninguno se ha de animar
a corregirme la plana;
no pinta quien tiene gana
sinó quien sabe pintar.

- Y no piensen los oyentes
que del saber hago alarde;
80 he conocido, aunque tarde,
sin haberme arrepentido,
que es pecado cometido
el decir ciertas verdades.

- 85** Pero voy en mi camino
y nada me ladiará;
he de decir la verdá,
de naides soy adulón;
aquí no hay imitación,
90 ésta es pura realidá.

- Y el que me quiera enmendar
mucho tiene que saber;
tiene mucho que aprender
el que me sepa escuchar;
95 tiene mucho que rumiar
el que me quiera entender.

- Más que yo y cuantos me oigan,
más que las cosas que tratan,
más que lo que ellos relatan,
100 mis cantos han de durar:
mucho ha habido que mascar
para echar esta bravata.

- Brotan quejas de mi pecho,
brotan un lamento sentido;
105 y es tanto lo que he sufrido
y males de tal tamaño,
que reto a todos los años
a que traigan el olvido.

- Ya verán si me dispierto
110 cómo se compone el baile;
y no se sorprenda naides
si mayor fuego me anima;
porque quiero alzar la prima
como pa tocar al aire.

- 115** Y con la cuerda tirante,
dende que ese tono elija,
yo no he de aflojar manija
mientras que la voz no pierda,
si no se corta la cuerda
120 o no cede la clavija.

- Aunque rompí el estrumento
por no volverme a tentar,
tengo tanto que contar
y cosas de tal calibre,
125 que Dios quiera que se libre
el que me enseñó a templar.

- De naides sigo el ejemplo,
naide a dirigirme viene,
yo digo cuanto conviene,
130 y el que en tal güeya se planta,
debe cantar, cuando canta,
con toda la voz que tiene.

- He visto rodar la bola
y no se quiere parar;
135 al fin de tanto rodar
me he decidido a venir
a ver si puedo vivir
y me dejan trabajar.

- Sé dirigir la mansera
140 y también echar un pial;
sé correr en un rodeo,
trabajar en un corral;
me sé sentar en un pértigo
lo mesmo que en un bagual.

- 145 Y empriéstenmé su atención
 si así me quieren honrar;
 de no, tendré que callar,
 pues el pájaro cantor
 jamás se para a cantar
 150 en árbol que no da flor.

- Hay trapitos que golpiar,
 y de aquí no me levanto.
 Escúchenmé cuando canto
 si quieren que desembuche:
 155 tengo que decirles tanto
 que les mando que me escuchen.

- Déjenmé tomar un trago.
 Éstas son otras cuarenta:
 mi garganta está sedienta,
 160 y de esto no me abochorno,
 pues el viejo, como el horno,
 por la boca se calienta.

2

- Triste suena mi guitarra
 y el asunto lo requiere;
 165 ninguno alegrías espere
 sinó sentidos lamentos
 de aquel que en duros tormentos
 nace, crece, vive y muere.

- Es triste dejar sus pagos
 y largarse a tierra ajena
 170 llevándose la alma llena
 de tormentos y dolores;
 mas nos llevan los rigores
 como el pampero a la arena.

175 ¡Irse a cruzar el desierto
lo mismo que un forajido,
dejando aquí en el olvido,
como dejamos nosotros,
su mujer en brazos de otro
180 y sus hijitos perdidos!

¡Cuántas veces al cruzar
en esa inmensa llanura,
al verse en tal desventura
y tan lejos de los suyos,
185 se tira uno entre los yuyos
a llorar con amargura!

En la orilla de un arroyo
solitario lo pasaba;
en mil cosas cavilaba
190 y, a una güelta repentina,
se me hacía ver a mi china
o escuchar que me llamaba.

Y las aguas serenitas
bebe el pingo, trago a trago,
195 mientras sin ningún halago
pasa uno hasta sin comer
por pensar en su mujer,
en sus hijos y en su pago.

Recordarán que con Cruz
200 para el desierto tiramos;
en la pampa nos entramos,
cayendo por fin del viaje
a unos toldos de salvajes,
los primeros que encontramos.

205 La desgracia nos seguía;
llegamos en mal momento:
estaban en parlamento
tratando de una invasión,
y el indio en tal ocasión
210 recela hasta de su aliento.

Se armó un tremendo alboroto
cuando nos vieron llegar;
no podíamos aplacar
tan peligroso hervidero;
215 nos tomaron por bomberos
y nos quisieron lanzar.

Nos quitaron los caballos
a los muy pocos minutos;
estaban irresolutos,
220 quién sabe qué pretendían;
por los ojos nos metían
las lanzas aquellos brutos.

Y déle en su lengüeteo
hacer gestos y cabriolas;
225 uno desató las bolas
y se nos vino en seguida:
ya no creíamos con vida
salvar ni por carambola.

Allá no hay misericordia
ni esperanza que tener;
230 el indio es de parecer
que siempre matar se debe,
pues la sangre que no bebe
le gusta verla correr.

- 235** Cruz se dispuso a morir
pegiando y me convidó.
«Aguantemos, dije yo,
el fuego hasta que nos queme».
Menos los peligros teme
240 quien más veces los venció.

- Se debe ser más prudente
cuanto el peligro es mayor;
siempre se salva mejor
andando con alvertencia,
245 porque no está la prudencia
reñida con el valor.

- Vino al fin el lenguaraz
como a traírnos el perdón;
nos dijo: «La salvación
250 se la deben a un cacique;
me manda que les explique
que se trata de un malón.

- «Les ha dicho a los demás
que ustedes queden cautivos
255 por si cain algunos vivos
en poder de los cristianos,
rescatar a sus hermanos
con estos dos fugitivos».

- Volvieron al parlamento
260 a tratar de sus alianzas,
o tal vez de las matanzas;
y conforme les detallo,
hicieron cerco a caballo
recostándose en las lanzas.

- 265 Dentra al centro un indio viejo
 y allí a lengüetiar se larga;
 quién sabe qué les encarga,
 pero toda la riunión
 lo escuchó con atención
270 lo menos tres horas largas.

- Pegó al fin tres alaridos,
 y ya principia otra danza;
 para mostrar su pujanza
 y dar pruebas de jinete,
275 dio riendas rayando el flete
 y revoliando la lanza.

- Recorre luego la fila,
 frente a cada indio se para,
 lo amenaza cara a cara,
280 y en su juria aquel maldito
 acompaña con su grito
 el cimbrar de la tacuara.

- Se vuelve aquello un incendio
 más feo que la mesma guerra;
285 entre una nube de tierra
 se hizo allí una mescolanza
 de potros, indios y lanzas,
 con alaridos que aterran.

- Parece un baile de fieras,
290 sigún yo me lo imagino:
 era inmenso el remolino,
 las voces aterradoras,
 hasta que al fin de dos horas
 se aplacó aquel torbellino.

295 De noche formaban cerco
y en el centro nos ponían;
para mostrar que querían
quitarnos toda esperanza,
ocho o diez filas de lanzas
300 al rededor nos hacían.

Allí estaban vigilantes
cuidándonos a porfía;
cuando roncar parecían
«*Huincá*», gritaba cualquiera,
305 y toda la fila entera
«*Huincá*», «*Huincá*», repetía.

Pero el indio es dormilón
y tiene un sueño profundo;
es roncador sin segundo
310 y en tal confianza es su vida,
que ronca a pata tendida
aunque se dé güelta el mundo.

Nos aviriguaban todo
como aquel que se previene,
315 porque siempre les conviene
saber las juerzas que andan,
dónde están, quiénes las mandan,
qué caballos y armas tienen.

A cada respuesta nuestra
320 uno hace una exclamación,
y luego, en continuación,
aquellos indios feroces
cientos y cientos de voces
repiten al mismo son.

325 Y aquella voz de uno solo,
que empieza por un gruñido,
llega hasta ser alarido
de toda la muchedumbre,
y ansí alquieren la costumbre
330 de pegar esos bramidos.

173



Fig. 8. “Llegada de Cruz y Fierro a las tolderías”. Litografía de Carlos Clerice. Imagen incluida en la 1.ª edición de *La vuelta de Martín Fierro*, Buenos Aires, Imprenta de Pablo E. Coni / Librería del Plata, 1879. Canto 2.

3

174

De ese modo nos hallamos
empeñaos en la partida:
no hay que darla por perdida
por dura que sea la suerte,
335 ni que pensar en la muerte
sinó en soportar la vida.

Se endurece el corazón,
no teme peligro alguno;
por encontrarlo oportuno
340 allí juramos los dos
respetar tan sólo a Dios;
de Dios abajo, a ninguno.

El mal es árbol que crece
y que cortado retoña;
345 la gente esperta o bisoña
sufre de infinitos modos:
la tierra es madre de todos,
pero también da ponzoña.

Mas todo varón prudente
350 sufre tranquilo sus males;
yo siempre los hallo iguales
en cualquier senda que elijo:
la desgracia tiene hijos
aunque ella no tiene madre.

355 Y al que le toca la herencia,
donde quiera halla su ruina;
lo que la suerte destina
no puede el hombre evitar;
porque el cardo ha de pinchar
360 es que nace con espina.

Es el destino del pobre
 un continuo safarrancho,
 y pasa como el carancho,
 porque el mal nunca se sacia
365 si el viento de la desgracia
 vuela las pajas del rancho.

Mas quien manda los pesares
 manda también el consuelo;
 la luz que baja del cielo
370 alumbra al más encumbrao,
 y hasta el pelo más delgao
 hace su sombra en el suelo.

Pero por más que uno sufra
 un rigor que lo atormente,
375 no debe bajar la frente
 nunca, por ningún motivo:
 el álamo es más altivo
 y gime constantemente.

• • •

El indio pasa la vida
380 robando o echao de panza;
 la única ley es la lanza
 a que se ha de someter:
 lo que le falta en saber
 lo suple con desconfianza.

385 Fuera cosa de engarzarlo
 a un indio caritativo;
 es duro con el cautivo,
 le dan un trato horroroso,
 es astuto y receloso,
390 es audaz y vengativo.

No hay que pedirle favor
ni que aguardar tolerancia;
movidos por su inorancia
y de puro desconfiaos,
395 nos pusieron separaos
bajo sutil vigilancia.

No pude tener con Cruz
ninguna conversación;
no nos daban ocasión,
400 nos trataban como agenos:
como dos años lo menos
duró esta separación.

Relatar nuestras penurias
fuera alargar el asunto.
405 Les diré sobre este punto
que a los dos años recién
nos hizo el cacique el bien
de dejarnos vivir juntos.

Nos retiramos con Cruz
410 a la orilla de un pajal;
por no pasarlo tan mal
en el desierto infinito,
hicimos como un bendito
con dos cueros de bagual.

415 Fuimos a esconder allí
nuestra pobre situación,
aliviando con la unión
aquel duro cautiverio,
tristes como un cementerio
420 al toque de la oración.

Debe el hombre ser valiente
si a rodar se determina:
primero, cuando camina;
segundo, cuando descansa,
425 pues en aquellas andanzas
perece el que se acoquina.

Cuando es manso el ternero
en cualquier vaca se priende;
el que es gaucho esto lo entiende,
430 y ha de entender si le digo,
que andábamos con mi amigo
como pan que no se vende.

Guarecidos en el toldo
charlábamos mano a mano;
435 éramos dos veteranos
mansos pa las sabandijas,
arrumbaos como cubijas
cuando calienta el verano.

El alimento no abunda
440 por más empeño que se haga;
lo pasa uno como plaga,
egercitando la industria,
y siempre, como la nutria,
viviendo a orillas del agua.

445 En semejante ejercicio
se hace diestro el cazador:
cai el piche engordador,
cai el pájaro que trina;
todo bicho que camina
450 va a parar al asador.

Pues allí a los cuatro vientos
 la persecución se lleva;
 naide escapa de la leva,
 y dende que la alba asoma
455 ya recorre uno la loma,
 el bajo, el nido y la cueva.

El que vive de la caza
 a cualquier vicho se atreve
 que pluma o cáscara lleve,
460 pues cuando la hambre se siente
 el hombre le clava el diente
 a todo lo que se mueve.

En las sagradas alturas
 está el Máestro principal,
465 que enseña a cada animal
 a procurarse el sustento,
 y le brinda el alimento
 a todo ser racional.

Y aves y bichos y pejes
470 se mantienen de mil modos;
 pero el hombre en su acomodo
 es curioso de oserver:
 es el que sabe llorar
 y es el que los come a todos.

4

475 Antes de aclarar el día
 empieza el indio a aturdir
 la pampa con su rugir,
 y en alguna madrugada,
 sin que sintiéramos nada,
480 se largaban a invadir.

Primero entierran las prendas
en cuevas, como peludos;
y aquellos indios cerdudos,
siempre llenos de recelos,
485 en los caballos en pelos
se vienen medio desnudos.

Para pegar el malón
el mejor flete procuran;
y como es su arma segura
490 vienen con la lanza sola
y varios pares de bolas
atados a la cintura.

De ese modo anda liviano,
no fatiga el mancarrón;
495 es su espuela en el malón,
después de bien afilao,
un cuernito de venao
que se amarra en el garrón.

El indio que tiene un pingo
500 que se llega a distinguir,
lo cuida hasta pa dormir;
de ese cuidado es esclavo;
se lo alquila a otro indio bravo
cuando vienen a invadir.

505 Por vigilarlo no come
y ni aun el sueño concilia;
sólo en eso no hay desidia:
de noche, les asiguro,
para tenerlo seguro
510 le hace cerco la familia.

Por eso habrán visto ustedes,
en el caso se han hallao,
y si no lo han oservao
téngalo dende hoy presente,
515 que todo pampa valiente
anda siempre bien montao.

Marcha el indio a trote largo,
paso que rinde y que dura;
viene en dirección sigura
520 y jamás a su capricho:
no se les escapa bicho
en la noche más oscura.

Caminan entre tinieblas
con un cerco bien formao;
525 lo estrechan con gran cuidao
y agarran, al aclarar,
ñanduces, gamas, venaos,
cuanto ha podido dentrar.

Su señal es un humito
530 que se eleva muy arriba,
y no hay quien no lo aperciba
con esa vista que tienen;
de todas partes se vienen
a engrosar la comitiva.

535 Ansina se van juntando,
hasta hacer esas riuniones
que cain en las invasiones
en número tan crecido:
para formarla han salido
540 de los últimos rincones.

Es guerra cruel la del indio
porque viene como fiera;
atropella donde quiera
y de asolar no se cansa;
545 de su pingo y de su lanza
toda salvación espera.

Debe atarse bien la faja
quien aguardarlo se atreva;
siempre mala intención lleva,
550 y como tiene alma grande
no hay plegaria que lo ablande
ni dolor que lo conmueva.

Odia de muerte al cristiano,
hace guerra sin cuartel;
555 para matar es sin yel,
es fiero de condición;
no golpea la compasión
en el pecho del infiel.

Tiene la vista del águila,
560 del león la temeridá;
en el desierto no habrá
animal que él no lo entienda,
ni fiera de que no aprienda
un instinto de crueldá.

565 Es tenaz en su barbarie,
no esperen verlo cambiar;
el deseo de mejorar
en su rudeza no cabe:
el bárbaro sólo sabe
570 emborracharse y peliar.

El indio nunca se ríe,
y el pretenderlo es en vano,
ni cuando festeja ufano
el triunfo en sus correrías;
575 la risa en sus alegrías
le pertenece al cristiano.

Se cruzan por el desierto
como un animal feroz;
dan cada alarido atroz
580 que hace erizar los cabellos;
parece que a todos ellos
los ha maldecido Dios.

Todo el peso del trabajo
lo dejan a las mujeres:
585 el indio es indio y no quiere
apiar de su condición;
ha nacido indio ladrón
y como indio ladrón muere.

El que envenenen sus armas
590 les mandan sus hechiceras;
y como ni a Dios veneran,
nada a los pampas contiene:
hasta los nombres que tienen
son de animales y fieras.

595 Y son, por ¡Cristo bendito!,
lo más desasiaos del mundo;
esos indios vagabundos,
con repunancia me acuerdo,
viven lo mesmo que el cerdo
600 en esos toldos inmundos.

Naidés puede imaginar
 una miseria mayor;
 su pobreza causa horror;
 no sabe aquel indio bruto
605 que la tierra no da fruto
 si no la riega el sudor.

5

Aquel desierto se agita
 cuando la invasión regresa;
 llevan miles de cabezas
610 de vacuno y yeguarizo:
 pa no aflijirse es preciso
 tener bastante firmeza.

Aquello es un hervidero
 de pampas, un celemín;
615 cuando riunen el botín
 juntando toda la hacienda,
 es cantidá tan tremenda
 que no alcanza a verse el fin.

Vuelven las chinas cargadas
620 con las prendas en montón;
 aflije esa destrucción:
 acomodaos en cargueros
 llevan negocios enteros
 que han saquiado en la invasión.

625 Su pretensión es robar,
 no quedar en el pantano;
 viene a tierra de cristianos
 como furia del infierno;
 no se llevan al gobierno
630 porque no lo hallan a mano.

Vuelven locos de contentos
cuando han venido a la fija;
antes que ninguno elija
empiezan con todo empeño,
635 como dijo un santiagueño,
a hacerse *la repartija*.

Se reparten el botín
con igualdá, sin malicia;
no muestra el indio codicia,
640 ninguna falta comete:
sólo en esto se somete
a una regla de justicia.

Y cada cual con lo suyo
a sus toldos enderiesa;
645 luego la matanza empieza;
tan sin razón ni motivo,
que no queda animal vivo
de esos miles de cabezas.

Y satifecho el salvaje
650 de que su oficio ha cumplido,
lo pasa por ahí tendido
volviendo a su haraganiar,
y entra la china a cueriar
con un afán desmedido.

655 A veces a tierra adentro
algunas puntas se llevan;
pero hay pocos que se atrevan
a hacer esas incursiones,
porque otros indios ladrones
660 les suelen pelar la breva.

Pero pienso que los pampas
deben de ser los más rudos;
aunque andan medio desnudos
ni su conveniencia entienden:

665 por una vaca que venden
quinientas matan al ñudo.

Estas cosas y otras piores
las he visto muchos años;
pero, si yo no me engaño,
670 concluyó ese vandalaje,
y esos bárbaros salvajes,
no podrán hacer más daño.

Las tribus están desechas:
los caciques más altivos
675 están muertos o cautivos,
privaos de toda esperanza,
y de la chusma y de lanza
ya muy pocos quedan vivos.

Son salvajes por completo
680 hasta pa su diversión,
pues hacen una junción
que naides se la imagina;
recién le toca a la china
el hacer su papelón.

685 Cuanto el hombre es más salvaje
trata peor a la mujer;
yo no sé que pueda haber
sin ella dicha ni goce:
¡feliz el que la conoce
690 y logra hacerse querer!

Todo el que entiende la vida
busca a su lado los placeres;
justo es que las considere
el hombre de corazón;
695 sólo los cobardes son
valientes con sus mujeres.

Pa servir a un desgraciao
pronta la mujer está;
cuando en su camino va
700 no hay peligro que la asuste;
ni hay una a quien no le guste
una obra de caridá.

No se hallará una mujer
a la que esto no le cuadre;
705 yo alabo al Eterno Padre,
no porque las hizo bellas,
sino porque a todas ellas
les dio corazón de madre.

Es piadosa y diligente
710 y sufrida en los trabajos:
tal vez su valer rebajo
aunque la estimo bastante;
mas los indios inorantes
la tratan al estropajo.

715 Echan la alma trabajando
bajo el más duro rigor,
el marido es su señor;
como tirano la manda
porque el indio no se ablanda
720 ni siquiera en el amor.

No tiene cariño a naidas
 ni sabe lo que es amar;
 ¡ni qué se puede esperar
 de aquellos pechos de bronce!
725 yo los conocí al llegar
 y los calé dende entonces.

Mientras tiene qué comer
 permanece sosegao;
 yo, que en sus toldos he estao
730 y sus costumbres oservo,
 digo que es como aquel cuervo
 que no volvió del mandao.

Es para él como juguete
 escupir un crucifijo;
735 pienso que Dios los maldijo
 y ansina el ñudo desato:
 el indio, el cerdo y el gato,
 redaman sangre del hijo.

Mas ya con cuentos de pampas
740 no ocuparé su atención;
 debo pedirles perdón,
 pues sin querer me distraje,
 por hablar de los salvajes
 me olvidé de la junción.

• • •

745 Hacen un cerco de lanzas,
 los indios quedan ajuera;
 dentra la china ligera
 como yeguada en la trilla,
 y empieza allí la cuadrilla
750 a dar güeltas en la era.

A un lao están los caciques,
 capitanejos y el trompa
 tocando con toda pompa
 como un toque de fajina;
755 adentro muere la china,
 sin que aquel círculo rompa.

Muchas veces se les oyen
 a las pobres los quejidos,
 mas son lamentos perdidos:
760 al rededor del cercao,
 en el suelo, están mamaos
 los indios, dando alaridos.

Su canto es una palabra
 y de ahi no salen jamás;
765 llevan todas el compás,
iokā-iokā repitiendo;
 me parece estarlas viendo
 más fieras que Satanás.

Al trote dentro del cerco,
770 sudando, hambrientas, juriosas,
 desgrednadas y rotosas,
 de sol a sol se lo llevan:
 bailan, aunque truene o llueva,
 cantando la misma cosa.

6

775 El tiempo sigue en su giro
 y nosotros solitarios;
 de los indios sanguinarios
 no teníamos qué esperar;
 el que nos salvó al llegar
780 era el más hospitalario.

Mostró noble corazón,
 cristiano anhelaba ser;
 la justicia es un deber
 y sus méritos no callo:
785 nos regaló unos caballos
 y a veces nos vino a ver.

A la voluntá de Dios
 ni con la intención resisto,
 él nos salvó... pero, ¡ah, Cristo!,
790 muchas veces he deseado
 no nos hubiera salvado
 ni jamás haberlo visto.

Quien recibe beneficios
 jamás los debe olvidar;
795 y al que tiene que rodar
 en su vida trabajosa
 le pasan a veces cosas
 que son duras de pelar.

Voy dentrando poco a poco
800 en lo triste del pasaje;
 cuando es amargo el brebaje
 el corazón no se alegra;
 dentró una virgüela negra
 que los diezmó a los salvajes.

805 Al sentir tal mortandá
 los indios, desesperaos,
 gritaban alborotaos:
«Cristiano echando gualicho».
 No quedó en los toldos bicho
810 que no salió redotao.

Sus remedios son secretos,
los tienen las adivinas;
no los conocen las chinas
sinó alguna ya muy vieja,
815 y es la que los aconseja,
con mil embustes, la indina.

Allí soporta el paciente
las terribles curaciones,
pues a golpes y estrujones
820 son los remedios aquellos;
lo agarran de los cabellos
y le arrancan los mechones.

Les hacen mil herejías
que el presenciarlas da horror;
825 brama el indio de dolor
por los tormentos que pasa,
y untándolo todo en grasa
lo ponen a hervir al sol.

Y puesto allí boca arriba,
830 al rededor le hacen fuego;
una china viene luego
y al oído le da de gritos;
hay algunos tan malditos
que sanan con este juego.

835 A otros les cuecen la boca
aunque de dolores cruja;
lo agarran y allí lo estrujan,
labios le queman y dientes
con un güevo bien caliente
840 de alguna gallina bruja.

Conoce el indio el peligro
y pierde toda esperanza;
si a escapárseles alcanza
dispara como una liebre,
845 le da delirios la fiebre
y ya le cain con la lanza.

Esas fiebres son terribles,
y aunque de esto no disputo
ni de saber me reputo,
850 será, decíamos nosotros,
de tanta carne de potro
como comen estos brutos.

Había un gringuito cautivo
que siempre hablaba del barco
855 y lo augaron en un charco
por causante de la peste;
tenía los ojos celestes
como potrillito zarco.

Que le dieran esa muerte
860 dispuso una china vieja;
y aunque se aflije y se queja,
es inútil que resista:
ponía el infeliz la vista
como la pone la oveja.

865 Nosotros nos alejamos
para no ver tanto estrago;
Cruz sentía los amagos
de la peste que reinaba,
y la idea nos acosaba
870 de volver a nuestros pagos.

- Pero contra el plan mejor
el destino se revela:
¡la sangre se me congela!,
el que nos había salvado,
875 cayó también atacado
de la fiebre y la virgüela.
- No podíamos dudar
al verlo en tal padecer
el fin que había de tener
880 y Cruz, que era tan humano,
«Vamos, —me dijo—, paisano,
a cumplir con un deber».
- Fuimos a estar a su lado
para ayudarlo a curar;
885 lo vinieron a buscar
y hacerle como a los otros;
lo defendimos nosotros,
no lo dejamos lanzar.
- Iba creciendo la plaga
890 y la mortandá seguía;
a su lado nos tenía
cuidándoló con pacencia,
pero acabó su existencia
al fin de unos pocos días.
- 895** El recuerdo me atormenta,
se renueva mi pesar;
me dan ganas de llorar
nada a mis penas igualo:
Cruz también cayó muy malo
900 ya para no levantar.

Todos pueden figurarse
cuánto tuve que sufrir;
yo no hacía sino gemir,
y aumentaba mi aflicción
905 no saber una oración
pa ayudarlo a bien morir.

Se le pasmó la virgüela
y el pobre estaba en un grito;
me recomendó un hijito
910 que en su pago había dejado.
«Ha quedado abandonado,
me dijo, aquel pobrecito.

»Si vuelve, búsquemelo,
me repetía a media voz,
915 en el mundo éramos dos,
pues él ya no tiene madre:
que sepa el fin de su padre
y encomiende mi alma a Dios».

Lo apretaba contra el pecho
920 dominao por el dolor;
era su pena mayor
el morir allá entre infieles;
sufriendo dolores crueles
entregó su alma al Criador.

925 De rodillas a su lado
yo lo encomendé a Jesús.
Faltó a mis ojos la luz,
tuve un terrible desmayo;
cai como herido del rayo
930 cuando lo vi muerto a Cruz.

7

194

Aquel bravo compañero
 en mis brazos espiró;
 hombre que tanto sirvió,
 varón que fue tan prudente,
935 por humano y por valiente
 en el desierto murió.

Y yo, con mis propias manos,
 yo mesmo lo sepulté;
 a Dios por su alma rogué,
940 de dolor el pecho lleno,
 y humedeció aquel terreno
 el llanto que redamé.

Cumplí con mi obligación;
 no hay falta de que me acuse,
945 ni deber de que me escuse,
 aunque de dolor sucumba:
 allá señala su tumba
 una cruz que yo lo puse.

Andaba de toldo en toldo
950 y todo me fastidiaba;
 el pesar me dominaba,
 y entregao al sentimiento,
 se me hacía cada momento
 oír a Cruz que me llamaba.

955 Cual más, cual menos, los criollos
 saben lo que es amargura;
 en mi triste desventura
 no encontraba otro consuelo
 que ir a tirarme en el suelo
960 al lao de su sepultura.

Allí pasaba las horas
sin haber naides conmigo
teniendo a Dios por testigo,
y mis pensamientos fijos
965 en mi mujer y mis hijos,
en mi pago y en mi amigo.

Privado de tantos bienes
y perdido en tierra ajena,
parece que se encadena
970 el tiempo y que no pasara,
como si el sol se parara
a contemplar tanta pena.

Sin saber qué hacer de mí
y entregado a mi aflicción,
975 estando allí una ocasión
del lado que venía el viento
oí unos tristes lamentos
llamaron mi atención.

No son raros los quejidos
980 en los toldos del salvaje,
pues aquél es vandalaje
donde no se arregla nada
sinó a lanza y puñalada,
a bolazos y a coraje.

985 No preciso juramento,
deben creerle a Martín Fierro.
He visto en ese destierro
a un salvaje que se irrita,
degollar una chinita
990 y tirársela a los perros.

He presenciado martirios,
he visto muchas crueldades,
crímenes y atrocidades
que el cristiano no imagina,
995 pues ni el indio ni la china
sabe lo que son piedades.

Quise curiosiar los llantos
que llegaban hasta mí,
al punto me dirigí
1000 al lugar de ande venían.
¡Me horrorisa todavía
el cuadro que descubrí!

Era una infeliz mujer
que estaba de sangre llena,
1005 y como una Madalena
lloraba con toda gana,
conocí que era cristiana
y esto me dio mayor pena.

Cauteloso me acerqué
1010 a un indio que estaba al lao,
porque el pampa es desconfiao
siempre de todo cristiano,
y vi que tenía en la mano
el rebenque ensangrentao.



Fig. 9. “Martín Fierro meditando en la tumba de su amigo Cruz”.
Litografía de Carlos Clerice. Imagen incluida en la 1.^a edición de *La vuelta de Martín Fierro*, Buenos Aires, Imprenta de Pablo E. Coni / Librería del Plata, 1879. Canto 7.

8

198

- 1015** Más tarde supe por ella,
de manera positiva,
que entró una comitiva
de pampas a su partido,
mataron a su marido
1020 y la llevaron cautiva.

En tan dura servidumbre
hacían dos años que estaba;
un hijito que llevaba
a su lado lo tenía.

- 1025** La china la aborrecía
tratándola como esclava.

- Deseaba para escaparse
hacer una tentativa,
pues a la infeliz cautiva
1030 naides la va a redimir,
y allí tiene que sufrir
el tormento mientras viva.

- Aquella china perversa,
dende el punto que llegó,
1035 crueldá y orgullo mostró
porque el indio era valiente:
usaba un collar de dientes
de cristianos que él mató.

- La mandaba trabajar,
1040 poniendo cerca a su hijito,
tiritando y dando gritos,
por la mañana temprano,
atado de pies y manos
lo mesmo que un corderito.

- 1045** Así le imponía tarea
de juntar leña y sembrar
viendo a su hijito llorar;
y hasta que no terminaba,
la china no la dejaba
1050 que le diera de mamar.

- Cuando no tenían trabajo
la prestaban a otra china.
«Naides, decía, se imagina
ni es capaz de presumir
1055 cuánto tiene que sufrir
la infeliz que está cautiva».

- «Si ven crecido a su hijito,
como de piedá no entienden
y a súplicas nunca atienden,
1060 cuando no es este es el otro,
se lo quitan y lo venden
lo cambian por un potro».

- En la crianza de los suyos
son bárbaros por demás;
1065 no lo había visto jamás:
en una tabla los atan,
los crían así, y les achatan
la cabeza por detrás.

- Aunque esto parezca extraño,
1070 ninguno lo ponga en duda:
entre aquella gente ruda,
en su bárbara torpeza,
es gala que la cabeza
se les forme puntiaguda.

1075 Aquella china malvada
que tanto la aborrecía,
empezó a decir un día,
porque falleció una hermana,
que sin duda la cristiana
1080 le había echado brujería.

El indio la sacó al campo
y la empezó a amenazar:
que le había de confesar
si la brujería era cierta;
1085 o que la iba a castigar
hasta que quedara muerta.

Llora la pobre afligida,
pero el indio, en su rigor,
le arrebató con furor
1090 al hijo de entre sus brazos,
y del primer rebencazo
la hizo crugir de dolor.

Que aquel salvaje tan cruel
azotándolá seguía;
1095 más y más se enfurecía
cuanto más la castigaba,
y la infeliz se atajaba,
los golpes como podía.

Que le gritó muy furioso:
1100 «*Confechando no querés*»;
la dio vuelta de un revés,
y por colmar su amargura,
a su tierna criatura
se la degolló a los pies.

- 1105** «Es increíble, me decía,
que tanta fiereza esista;
no habrá madre que resista;
aquel salvaje inclemente
cometió tranquilamente
1110 aquel crimen a mi vista».

- Esos horrores tremendos
no los inventa el cristiano:
«Ese bárbaro inhumano,
sollozando me lo dijo,
1115 me amarró luego las manos
con las tripitas de mi hijo».

9

- De ella fueron los lamentos
que en mi soledá escuché;
en cuanto al punto llegué
1120 quedé enterado de todo:
al mirarla de aquel modo
ni un instante tutubíé.

- Toda cubierta de sangre
aquella infeliz cautiva,
1125 tenía dende abajo arriba
la marca de los lazazos;
sus trapos hechos pedazos
mostraban la carne viva.

- Alzó los ojos al cielo
1130 en sus lágrimas bañada;
tenía las manos atadas;
su tormento estaba claro;
y me clavó una mirada
como pidiéndomé amparo.

1135 Yo no sé lo que pasó
en mi pecho en ese instante;
estaba el indio arrogante
con una cara feroz:
para entendernos los dos
1140 la mirada fue bastante.

Pegó un brinco como gato
y me ganó la distancia;
aprovechó esa ganancia
como fiera cazadora:
1145 desató las boliadoras
y aguardó con vigilancia.

Aunque yo iba de curioso
y no por buscar contienda,
al pingo le ató la rienda,
1150 eché mano, dende luego,
a este que no yerra fuego,
y ya se armó la tremenda.

El peligro en que me hallaba
al momento conocí;
1155 nos mantuvimos así,
me miraba y lo miraba;
yo al indio le desconfiaba
él me desconfiaba a mí.

Se debe ser precavido
1160 cuando el indio se agasape:
en esa postura el tape
vale por cuatro o por cinco:
como el tigre es para el brinco
y fácil que a uno lo atrape.

- 1165** Peligro era atropellar
y era peligro el juir,
y más peligro seguir
esperando de este modo,
pues otros podían venir
1170 y carniarme allí entre todos.

- A juerza de precaución
muchas veces he salvado,
pues en un trance apurado
es mortal cualquier descuido;
1175 si Cruz hubiera vivido
no habría tenido cuidado.

- Un hombre junto con otro
en valor y en juerza crece.
El temor desaparece,
1180 escapa de cualquier trampa:
entre dos, no digo a un pampa,
a la tribu si se ofrece.

- En tamaña incertidumbre,
en trance tan apurado,
1185 no podía, por de contado,
escaparme de otra suerte,
sino dando al indio muerte
o quedando allí estirado.

- Y como el tiempo pasaba
1190 y aquel asunto me urgía,
viendo que él no se movía,
me fui medio de soslayo
como a agarrarle el caballo
a ver si se me venía.

1195 Así fue, no aguardó más,
y me atropelló el salvaje;
es preciso que se ataje
quien con el indio pelée;
el miedo de verse a pie
1200 aumentaba su coraje.

En la dentrada no más
me largó un par de bolazos:
uno me tocó en un brazo;
si me da bien me lo quiebra,
1205 pues las bolas son de piedra
y vienen como balazo.

A la primer puñalada
el pampa se hizo un ovillo:
era el salvaje más pillo
1210 que he visto en mis correrías,
y, a más de las picardías,
arisco para el cuchillo.

Las bolas las manejaba
aquel bruto con destreza,
1215 las recogía con presteza
y me las volvía a largar,
haciéndomelás silbar
arriba de la cabeza.

Aquel indio, como todos,
1220 era cauteloso... ¡aijuna!
Ahi me valió la fortuna
de que peliando se apotra:
me amenazaba con una
y me largaba con otra.

- 1225** Me sucedió una desgracia
 en aquel percance amargo:
 en momento que lo cargo
 y que él reculando va,
 me enredé en el chiripá
1230 y cai tirao largo a largo.

- Ni pa encomendarme a Dios
 tiempo el salvaje me dio,
 cuanto en el suelo me vio
 me saltó con ligereza:
1235 juntito de la cabeza
 el bolazo retumbó.

- Ni por respeto al cuchillo
 dejó el indio de apretarme;
 allí pretende ultimarme
1240 sin dejarme levantar,
 y no me daba lugar
 ni siquiera a enderezarme.

- De balde quiero moverme:
 aquel indio no me suelta.
1245 Como persona resuelta,
 toda mi juerza ejecuto,
 pero abajo de aquel bruto
 no podía ni darme güelta...

• • •

- ¡Bendito Dios poderoso!
1250 Quién te puede comprender
 cuando a una débil mujer
 diste en esa ocasión
 la juerza que en un varón
 tal vez no pudiera haber.

1255 Esa infeliz tan llorosa
viendo el peligro se anima;
como una flecha se arrima,
y olvidando su aflicción,
le pegó al indio un tirón
1260 que me lo sacó de encima.

Ausilio tan generoso
me libertó del apuro;
si no es ella, de seguro
que el indio me sacrifica;
1265 y mi valor se duplica
con un ejemplo tan puro.

En cuanto me enderecé
nos volvimos a topar;
no se podía descansar
1270 y me chorriaba el sudor:
en un apuro mayor
jamás me he vuelto a encontrar.

Tampoco yo le daba alce
como deben suponer;
1275 se había aumentao mi quehacer
para impedir que el brutazo
le pegara algún bolazo
de rabia a aquella mujer.

La bola en manos del indio
1280 es terrible y muy ligera;
hace de ella lo que quiera,
saltando como una cabra.
Mudos, sin decir palabra,
peliábamos como fieras.

1285 Aquel duelo en el desierto
 nunca jamás se me olvida;
 iba jugando la vida
 con tan terrible enemigo,
 teniendo allí de testigo
1290 a una mujer afligida.

Cuanto él más se enfurecía,
 yo más me empiezo a calmar;
 mientras no logra matar
 el indio no se desfoga;
1295 al fin le corté una sogá
 y lo empecé aventajar.

Me hizo sonar las costillas
 de un bolazo aquel maldito;
 y al tiempo que le di un grito
1300 y le dentró como bala,
 pisa el indio y se refala
 en el cuerpo del chiquito.

Para esplicar el misterio
 es muy escasa mi cencia:
1305 lo castigó, en mi concencia,
 su Divina Majestá:
 donde no hay casualidá
 suele estar la Providencia.

En cuanto trastrabilló,
1310 más de firme lo cargué,
 y aunque de nuevo hizo pie
 lo perdió aquella pisada,
 pues en esa atropellada
 en dos partes lo corté.

1315 Al sentirse lastimao
se puso medio afligido;
pero era indio decidido,
su valor no se quebranta;
le salían de la garganta
1320 como una especie de aullidos.

Lastimao en la cabeza,
la sangre lo enceguecía;
de otra herida le salía
haciendo un charco ande estaba;
1325 con los pies la chapaliaba
sin aflojar todavía.

Tres figuras imponentes
formábamos aquel terno:
ella en su dolor materno,
1330 yo con la lengua dejuera
y el salvaje, como fiera
disparada del infierno.

Iba conociendo el indio
que tocaban a degüello:
1335 se le erizaba el cabello
y los ojos revolvía;
los labios se le perdían
cuando iba a tomar resuello.

En una nueva dentrada
1340 le pegué un golpe sentido,
y al verse ya mal herido,
aquel indio furibundo
lanzó un terrible alarido
que retumbó como un ruido
1345 si se sacudiera el mundo.

Al fin de tanto lidiar,
en el cuchillo lo alcé,
en peso lo levanté
aquel hijo del desierto;
1350 ensartado lo llevé,
y allá recién lo largué
cuando ya lo sentí muerto.

Me persiné dando gracias
de haber salvado la vida;
1355 aquella pobre afligida
de rodillas en el suelo,
alzó sus ojos al cielo
sollozando dolorida.

Me hiqué también a su lado
1360 a dar gracias a mi santo:
en su dolor y quebranto,
ella, a la madre de Dios,
le pide, en su triste llanto,
que nos ampare a los dos.

1365 Se alzó con pausa de leona
cuando acabó de implorar,
y sin dejar de llorar
envolvió en unos trapitos
los pedazos de su hijito
1370 que yo le ayudé a juntar.



Fig. 10. "Pelea de Martín Fierro con un Indio". Litografía de Carlos Clerice. Imagen incluida en la 1.^a edición de *La vuelta de Martín Fierro*, Buenos Aires, Imprenta de Pablo E. Coni / Librería del Plata, 1879. Canto 9.

10

211

Dende ese punto era juerza
abandonar el desierto,
pues me hubieran descubierto,
y, aunque lo maté en pelea,
1375 de fijo que me lancean
por vengar al indio muerto.

A la afligida cautiva
mi caballo le ofrecí:
era un pingo que alquirí,
1380 y donde quiera que estaba
en cuanto yo lo silbaba
venía a refregarse en mí.

Yo me le senté al del pampa;
era un oscuro tapao:
1385 cuando me hallo bien montao
de mis casillas me salgo;
y era un pingo como galgo,
que sabía correr boliao.

Para correr en el campo
no hallaba ningún tropiezo:
1390 los ejercitan en eso
y los ponen como luz
de dentrarle a un avestruz
y boliar bajo el pescuezo.

1395 El pampa educa al caballo
como para un entrevero:
como rayo es de ligero
en cuanto el indio lo toca,
y, como trompo, en la boca
1400 da güeltas sobre de un cuero.

Lo varea en la madrugada:
jamás falta a este deber;
luego lo enseña a correr
entre fangos y guadales;
1405 ansina esos animales
es cuanto se puede ver.

En el caballo de un pampa
no hay peligro de rodar,
¡jue pucha! y pa disparar
1410 es pingo que no se cansa;
con prolijidá lo amansa
sin dejarlo corcoviar.

Pa quitarle las cosquillas
con cuidao lo manosea;
1415 horas enteras emplea,
y, por fin, solo lo deja
cuando agacha las orejas
y ya el potro ni cocea.

Jamás le sacude un golpe
1420 porque lo trata al bagual
con pacencia sin igual;
al domarlo no le pega,
hasta que al fin se le entrega
ya dócil el animal.

1425 Y aunque yo sobre los bastos
me sé sacudir el polvo,
a esa costumbre me amoldo;
con pacencia lo manejan
y al día siguiente lo dejan
1430 rienda arriba junto al toldo.

Así todo el que procure
 tener un pingo modelo,
 lo ha de cuidar con desvelo,
 y debe impedir también
1435 el que de golpes le den
 o tironén en el suelo.

Muchos quieren dominarlo
 con el rigor y el azote,
 y si ven al chafalote
1440 que tiene trazas de malo,
 lo embraman en algún palo
 hasta que se descogote.

Todos se vuelven pretextos
 y güeltas para ensillarlo:
1445 dicen que es por quebrantarlo,
 mas comprende cualquier bobo
 que es de miedo del corcobo
 y no quieren confesarlo.

El animal yeguarizo,
1450 perdónenmé esta alvertencia,
 es de mucha conocencia
 y tiene mucho sentido;
 es animal consentido:
 lo cautiva la pacencia.

1455 Aventaja a los demás
 el que estas cosas entienda;
 es bueno que el hombre aprenda,
 pues hay pocos domadores
 y muchos frangoyadores
1460 que andan de bozal y rienda.

• • •

Me vine, como les digo,
trayendo esa compañera;
marchamos la noche entera,
haciendo nuestro camino
1465 sin más rumbo que el destino,
que nos llevara ande quiera.

Al muerto, en un pajonal
había tratao de enterrarlo,
y, después de maniobrarlo,
1470 lo tapé bien con las pajas,
para llevar de ventaja
lo que emplearan en hallarlo.

En notando nuestra ausencia
nos habían de perseguir,
1475 y, al decidirme a venir,
con todo mi corazón
hice la resolución
de peliar hasta morir.

Es un peligro muy serio
1480 cruzar juyendo el desierto:
muchísimos de hambre han muerto,
pues en tal desasosiego
no se puede ni hacer fuego
para no ser descubierto.

1485 Sólo el albitrio del hombre
puede ayudarlo a salvar;
no hay auxilio que esperar,
sólo de Dios hay amparo:
en el desierto es muy raro
1490 que uno se pueda escapar.

¡Todo es cielo y horizonte
en inmenso campo verde!
¡Pobre de aquel que se pierde
o que su rumbo estravea!
1495 Si alguien cruzarlo desea
este consejo recuerde:

Marque su rumbo de día
con toda fidelidá;
marche con puntualidá
1500 siguiéndolo con fijeza,
y, si duerme, la cabeza
ponga para el lao que va.

Oserve con todo esmero
adonde el sol aparece;
1505 si hay ñeblina y le entorpece
y no lo puede oserve,
guárdese de caminar,
pues quien se pierde perece.

Dios les dio istintos sutiles
1510 a toditos los mortales;
el hombre es uno de tales,
y en las llanuras aquellas
lo guían el sol, las estrellas,
el viento y los animales.

1515 Para ocultarnos de día
a la vista del salvaje,
ganábamos un paraje
en que algún abrigo hubiera,
a esperar que anoheciera
1520 para seguir nuestro viaje.

Penurias de toda clase
 y miserías padecemos:
 varias veces no comimos
 o comimos carne cruda;
1525 y en otras, no tengan duda,
 con reices nos mantuvimos.

Después de mucho sufrir
 tan peligrosa inquietú,
 alcanzamos con salú
1530 a divisar una sierra,
 y al fin pisamos la tierra
 en donde crece el ombú.

Nueva pena sintió el pecho
 por Cruz, en aquel paraje,
1535 y en humilde vasallaje
 a la majestá infinita,
 besé esta tierra bendita
 que ya no pisa el salvaje.

Al fin la misericordia
1540 de Dios nos quiso amparar;
 es preciso soportar
 los trabajos con constancia:
 alcanzamos a una estancia
 después de tanto penar.

1545 Ahi mesmo me despedí
 de mi infeliz compañera,
 «Me voy —le dije— ande quiera,
 aunque me agarre el Gobierno,
 pues infierno por infierno,
1550 prefiero el de la frontera».

Concluyo esta relación,
ya no puedo continuar.
Permítanmé descansar:
están mis hijos presentes,
y yo ansioso porque cuenten
los que tengan que contar.

217



Fig. 11. “Vuelta de Martín Fierro”. Litografía de Carlos Clerice. Imagen incluida en la 1.^a edición de *La vuelta de Martín Fierro*, Buenos Aires, Imprenta de Pablo E. Coni / Librería del Plata, 1879. Canto 10.

11

218

- Y mientras que tomo un trago
pa refrescar el garguero,
y mientras tiempla el muchacho
1560 y prepara su estrumento,
les contaré de qué modo
tuvo lugar el encuentro.
Me acerqué a algunas estancias
por saber algo de cierto,
1565 creyendo que en tantos años
esto se hubiera compuesto;
pero cuanto saqué en limpio
fue que estábamos lo mismo.
Ansí me dejaba andar
1570 haciéndomé el chanco rengo,
porque no me convenía
revolver el avispero;
pues no inorarán ustedes
que en cuentas con el Gobierno
1575 tarde o temprano lo llaman
al pobre a hacer el arreglo.
Pero al fin tuve la suerte
de hallar un amigo viejo
que de todo me informó,
1580 y por él supe al momento
que el juez que me perseguía
hacía tiempo que era muerto;
por culpa suya he pasado
diez años de sufrimiento,
1585 y no son pocos diez años
para quien ya llega a viejo.
Y los he pasado ansí,
si en mi cuenta no me yerro:
tres años en la frontera,
1590 dos como gaucho matrero,

- y cinco allá entre los indios
hacen los diez que yo cuento.
Me dijo, a más, ese amigo
que anduviera sin recelo,
1595 que todo estaba tranquilo,
que no perseguía el Gobierno,
que ya naides se acordaba
de la muerte del moreno,
aunque si yo lo maté
1600 mucha culpa tuvo el negro.
Estuve un poco imprudente,
puede ser, yo lo confieso,
pero él me precipitó
porque me cortó primero;
1605 y a más me cortó en la cara
que es un asunto muy serio.
Me aseguró el mismo amigo
que ya no había ni el recuerdo
de aquel que en la pulpería
1610 lo dejé mostrando el sebo.
Él, de engreido me buscó,
yo ninguna culpa tengo;
él mismo vino a peliarme,
y tal vez me hubiera muerto
1615 si le tengo más confianza
o soy un poco más lerdo;
fue suya toda la culpa,
porque ocasionó el suceso.
Que ya no hablaban tampoco,
1620 me lo dijo muy de cierto,
de cuando con la partida
llegué a tener el encuentro.
Esa vez me defendí
como estaba en mi derecho,
1625 porque fueron a prenderme
de noche y en campo abierto.

- Se me acercaron con armas,
y sin darme voz de preso,
me amenazaron a gritos,
1630 de un modo que daba miedo,
que iban a arreglar mis cuentas,
tratándome de matrero,
y no era el jefe el que hablaba,
sinó un cualquiera de entre ellos.
- 1635** Y ese, me parece a mí,
no es modo de hacer arreglos,
ni con el que es inocente,
ni con el culpable menos.
Con semejantes noticias
- 1640** yo me puse muy contento
y me presenté ande quiera
como otros pueden hacerlo.
De mis hijos he encontrado
sólo a dos hasta el momento;
- 1645** y de ese encuentro feliz
le doy las gracias al cielo.
A todos cuantos hablaba
les preguntaba por ellos,
mas no me daba ninguno
- 1650** razón de su paradero.
Casualmente el otro día
llegó a mi conocimiento,
de una carrera muy grande
entre varios estancieros;
- 1655** y fui como uno de tantos,
aunque no llevaba un medio.
No faltaba, ya se entiende,
en aquel gauchaje inmenso
muchos que ya conocían
- 1660** la historia de Martín Fierro;
y allí estaban los muchachos
cuidando unos parejeros.

- Cuanto me oyeron nombrar
se vinieron al momento,
1665 diciéndome quiénes eran,
aunque no me conocieron,
porque venía muy aindiao
y me encontraban muy viejo.
La junción de los abrazos,
1670 de los llantos y los besos
se deja pa las mujeres,
como que entienden el juego;
pero el hombre que compriende
que todos hacen lo mismo,
1675 en público canta y baila,
abraza y llora en secreto.
Lo único que me han contado
es que mi mujer ha muerto;
que en procuras de un muchacho
1680 se fue la infeliz al pueblo,
donde infinitas miserias
habrá sufrido por cierto;
que, por fin, a un hospital
fue a parar medio muriendo,
1685 y en ese abismo de males
falleció al muy poco tiempo.
Les juro que de esa pérdida
jamás he de hallar consuelo;
muchas lágrimas me cuesta
1690 dende que supe el suceso.
Mas dejemos cosas tristes,
aunque alegrías no tengo;
me parece que el muchacho
ha templao y está dispuesto.
1695 Vamos a ver qué tal lo hace,
y juzgar su desempeño.
Ustedes no los conocen,

yo tengo confianza en ellos,
 no porque lleven mi sangre
1700 —eso fuera lo de menos—
 sino porque dende chicos
 han vivido padeciendo.
 Los dos son aficionados,
 les gusta jugar con fuego;
1705 vamos a verlos correr:
 son cojos... hijos de rengo.

EL HIJO MAYOR DE MARTÍN FIERRO

12

LA PENITENCIARÍA

Aunque el gajo se parece
 al árbol de donde sale,
 solía decirlo mi madre
1710 y en su razón estoy fijo:
 «Jamás puede hablar el hijo
 con la autoridad del padre».

Recordarán que quedamos
 sin tener dónde abrigarnos,
1715 ni ramada ande ganarnos,
 ni rincón ande meternos,
 ni camisa que ponernos,
 ni poncho con qué taparnos.

Dichoso aquel que no sabe
1720 lo que es vivir sin amparo;
 yo con verdá les declaro,
 aunque es por demás sabido:
 dende chiquito he vivido
 en el mayor desamparo.

1725 No le merman el rigor
 los mismos que lo socorren;
 tal vez porque no se borren
 los decretos del destino,
 de todas partes lo corren
 1730 como ternero dañino.

Y vive como los bichos
 buscando alguna rendija;
 el güérfano es sabandija
 que no encuentra compasión,
 1735 y el que anda sin dirección
 es guitarra sin clavija.

Sentiré que cuanto digo
 a algún oyente le cuadre:
 ni casa tenía, ni madre,
 1740 ni parentela, ni hermanos;
 y todos limpian sus manos
 en el que vive sin padre.

Lo cruza este de un lazazo,
 lo abomba aquél de un moquete,
 1745 otro le busca el cachete,
 y entre tanto soportar,
 suele a veces no encontrar
 ni quien le arroje un soquete.

Si lo recogen lo tratan
 1750 con la mayor rigidez;
 piensan que es mucho tal vez,
 cuando ya muestra el pellejo,
 si le dan un trapo viejo
 pa cubrir su desnudez.

1755 Me crié, pues, como les digo,
 desnudo a veces y hambriento;
 me ganaba mi sustento
 y así los años pasaban.
 Al ser hombre me esperaban
 1760 otra clase de tormentos.

Pido a todos que no olviden
 lo que les voy a decir:
 en la escuela del sufrir
 he tomado mis lecciones;
 1765 y hecho muchas reflesiones
 dende que empecé a vivir.

Si alguna falta cometo
 la motiva mi inorancia;
 no vengo con arrogancia
 1770 y les diré, en conclusión,
 que trabajando de pión
 me encontraba en una estancia.

El que manda siempre puede
 hacerle al pobre un calvario;
 1775 a un vecino propietario
 un boyero le mataron,
 y aunque a mí me lo achacaron
 salió cierto en el sumario.

Piensen los hombres honrados
 1780 en la vergüenza y la pena
 de que tendría la alma llena
 al verme ya tan temprano
 igual a los que sus manos
 con el crimen envenenan.

1785 Declararon otros dos
sobre el caso del dijunto;
mas no se aclaró el asunto,
y el juez, por darlas de listo,
«amarrados como un Cristo
1790 nos dijo, irán todos juntos».

«A la justicia ordinaria
voy a mandar a los tres».
Tenía razón aquel juez,
y cuantos así amenacen:
1795 ordinaria... es como la hacen
lo he conocido después.

Nos remitió, como digo,
a esa justicia ordinaria,
y fuimos con la sumaria
1800 a esa cárcel de malevos
que por un bautismo nuevo
le llaman Penitenciaría.

El porqué tiene ese nombre
naides me lo dijo a mí,
1805 mas yo me lo esplico así:
le dirán Penitenciaría
por la penitencia diaria
que se sufre estando allí.

Criollo que cai en desgracia
1810 tiene que sufrir no poco;
naides lo ampara tampoco
si no cuenta con recursos.
El gringo es de más discurso:
cuando mata se hace el loco.

1815 No sé el tiempo que corrió
en aquella sepultura;
si de ajuera no lo apuran,
el asunto va con pausa;
tienen la presa segura
1820 y dejan dormir la causa.

Inora el preso a qué lado
se inclinará la balanza;
pero es tanta la tardanza
que yo les digo por mí:
1825 el hombre que dentre allí
deje afuera la esperanza.

Sin perfeccionar las leyes
perfeccionan el rigor;
sospecho que el inventor
1830 habrá sido algún maldito:
por grave que sea un delito
aquella pena es mayor.

Eso es para quebrantar
el corazón más altivo.
1835 Los llaveros son pasivos,
pero más secos y duros
tal vez que los mismos muros
en que uno gime cautivo.

No es en grillos ni en cadenas
1840 en lo que usted penará
sinó en una soledá
y un silencio tan profundo
que parece que en el mundo
es el único que está.

1845 El más altivo varón
y de cormillo gastao,
allí se vería agobiao
y su corazón marchito,
al encontrarse encerrao
1850 a solas con su delito.

En esa cárcel no hay toros,
allí todos son corderos;
no puede el más altanero,
al verse entre aquellas rejas,
1855 sinó amujar las orejas
y sufrir callao su encierro.

Y digo a cuantos inoran
el rigor de aquellas penas,
yo que sufrí las cadenas
1860 del destino y su inclemencia:
que aprovechen la esperencia
del mal en cabeza ajena.

¡Ay, madres, las que dirigen
al hijo de sus entrañas!
1865 No piensen que las engaña,
ni que las habla un falsario;
lo que es el ser presidiario
no lo sabe la campaña.

Hijas, esposas, hermanas,
1870 cuantas quieren a un varón,
díganlés que esa prisión
es un infierno temido,
donde no se oye más ruido
que el latir del corazón.

1875 Allá el día no tiene sol,
 la noche no tiene estrellas;
 sin que le valgan querellas
 encerrao lo purifican;
 y sus lágrimas salpican
1880 en las paredes aquellas.

En soledá tan terrible
 de su pecho oye el latido;
 lo sé, porque lo he sufrido
 y créanmeló el aulitorio:
1885 tal vez en el purgatorio
 las almas hagan más ruido.

Cuenta esas horas eternas
 para más atormentarse;
 su lágrima al redamarse
1890 calcula en sus afliciones,
 contando sus pulsaciones,
 lo que dilata en secarse.

Allí se amansa el más bravo;
 allí se duebla el más juerte;
1895 el silencio es de tal suerte
 que, cuando llegue a venir,
 hasta se le han de sentir
 las pisadas a la muerte.

Adentro mesmo del hombre
1900 se hace una revolución:
 metido en esa prisión,
 de tanto no mirar nada,
 le nace y queda grabada
 la idea de la perfección.

1905 En mi madre, en mis hermanos,
en todo pensaba yo;
al hombre que allí entró
de memoria más ingrata,
fielmente se le retrata
1910 todo cuanto ajuera vio.

Aquel que ha vivido libre
de cruzar por donde quiera
se aflige y se desespera
de encontrarse allí cautivo;
1915 es un tormento muy vivo
que abate la alma más fiera.

En esa estrecha prisión
sin poderme conformar,
no cesaba de esclamar:
1920 ¡qué diera yo por tener
un caballo en que montar
y una pampa en que correr!

En un lamento constante
se encuentra siempre embretao;
1925 el castigo han inventao
de encerrarlo en las tinieblas,
y allí está como amarrao
a un fierro que no se duebla.

No hay un pensamiento triste
1930 que al preso no lo atormente;
bajo un dolor permanente
agacha al fin la cabeza,
porque siempre es la tristeza
hermana de un mal presente.

1935 Vierten lágrimas sus ojos
pero su pena no alivia.
En esa costante lidia
sin un momento de calma,
contempla, con los del alma,
1940 felicidades que envidia.

Ningún consuelo penetra
detrás de aquellas murallas;
el varón de más agallas,
aunque más duro que un perno,
1945 metido en aquel infierno
sufre, gime, llora y calla.

De furor el corazón
se le quiere reventar,
pero no hay sinó aguantar
1950 aunque sosiego no alcance.
¡Dichoso en tan duro trance
aquel que sabe rezar!

Dirige a Dios su plegaria
el que sabe una oración;
1955 en esa tribulación
gime olvidado del mundo,
y el dolor es más profundo
cuando no halla compasión.

En tan crueles pesadumbres,
1960 en tan duro padecer,
empezaba a encanecer
después de muy pocos meses;
allí lamenté mil veces
no haber aprendido a ler.

1965 Viene primero el furor,
después la melancolía;
en mi angustia no tenía
otro alivio ni consuelo
sinó regar aquel suelo
1970 con lágrimas noche y día.

A visitar otros presos
sus familias solían ir;
naides me visitó a mí
mientras estube encerrado:
1975 ¡quién iba a costiarle allí
a ver un desamparado!

¡Bendito sea el carcelero
que tiene buen corazón!
Yo sé que esta bendición
1980 pocos pueden alcanzarla,
pues si tienen compasión
su deber es ocultarla.

Jamás mi lengua podrá
espresar cuánto he sufrido:
1985 en ese encierro metido,
llaves, paredes, cerrojos,
se graban tanto en los ojos
que uno los ve hasta dormido.

• • •

El mate no se permite,
1990 no le permiten hablar,
no le permiten cantar
para aliviar su dolor,
y hasta el terrible rigor
de no dejarlo fumar.

1995 La justicia muy severa
suele rayar en crueldá:
sufre el pobre que allí está
calenturas y delirios,
pues no existe pior martirio
2000 que esa eterna soledá.

Conversamos con las rejas
por sólo el gusto de hablar;
pero nos mandan callar
y es preciso conformarnos,
2005 pues no se debe irritar
a quien puede castigarnos.

Sin poder decir palabra
sufre en silencio sus males,
y uno en condiciones tales,
2010 se convierte en animal,
privao del don principal
que Dios hizo a los mortales.

Yo no alcanzo a comprender
por qué motivo será
2015 que el preso privado está
de los dones más preciosos
que el justo Dios bondadoso
otorgó a la humanidá.

Pues que de todos los bienes,
2020 en mi inorancia lo infiero,
que le dio al hombre altanero
su Divina Majestá,
la palabra es el primero,
el segundo es la amistá.

2025 Y es muy severa la ley
que por un crimen o un vicio
somete al hombre a un suplicio
el más tremendo y atroz,
privado de un beneficio
2030 que ha recibido de Dios.

La soledá causa espanto,
el silencio causa horror;
ese continuo terror
es el tormento más duro,
2035 y en un presidio seguro
está de más tal rigor.

Inora uno si de allí
saldrá pa la sepultura;
el que se halla en desventura
2040 busca a su lao otro ser:
pues siempre es bueno tener
compañeros de amargura.

Otro más sabio podrá
encontrar razón mejor,
2045 yo no soy rebuscador,
y esta me sirve de luz:
se los dieron al Señor
al clavarlo en una cruz.

Y en las profundas tinieblas
2050 en que mi razón existe,
mi corazón se resiste
a ese tormento sin nombre,
pues el hombre alegra al hombre,
y el hablar consuela al triste.

• • •

2055 Grábenló como en la piedra
cuanto he dicho en este canto;
y aunque yo he sufrido tanto
debo confesarlo aquí:
el hombre que manda allí,
2060 es poco menos que un santo.

Y son buenos los demás,
a su ejemplo se manejan;
pero por eso no dejan
las cosas de ser tremendas;
2065 piensen todos y compriendan
el sentido de mis quejas.

Y guarden en su memoria
con toda puntualidá
lo que con tal claridá
2070 les acabo de decir:
mucho tendrán que sufrir
si no cren en mi verdá.

Y si atienden mis palabras
no habrá calabozos llenos;
2075 manéjensé como buenos.
No olviden esto jamás:
aquí no hay razón de más;
más bien las puse de menos.

Y con esto me despido.
2080 Todos han de perdonar;
ninguno debe olvidar
la historia de un desgraciado:
quien ha vivido encerrado
poco tiene que contar.



Fig. 12. "En la Penitenciaría". Litografía de Carlos Clerice. Imagen incluida en la 1.^a edición de *La vuelta de Martín Fierro*, Buenos Aires, Imprenta de Pablo E. Coni / Librería del Plata, 1879. Canto 12.

EL HIJO SEGUNDO DE MARTÍN FIERRO

13

236

2085 Lo que les voy a decir
ninguno lo ponga en duda,
y aunque la cosa es peluda,
haré la resolución;
es ladino el corazón
2090 pero la lengua no ayuda.

El rigor de las desdichas
hemos soportao diez años,
pelegrinando entre estraños
sin tener dónde vivir,
2095 y obligados a sufrir
una máquina de daños.

El que vive de ese modo
de todos es tributario;
falta el cabeza primario
2100 y los hijos que él sustenta
se dispersan como cuentas
cuando se corta el rosario.

Yo anduve así como todos,
hasta que al fin de sus días
2105 supo mi suerte una tía
y me recogió a su lado;
allí viví sosegado
y de nada carecía.

No tenía cuidado alguno
2110 ni que trabajar tampoco;
y como muchacho loco
lo pasaba de holgazán;

con razón dice el refrán
que lo bueno dura poco.

237

- 2115** En mí todo su cuidado
y su cariño ponía;
como a un hijo me quería
con cariño verdadero
y me nombró de heredero
2120 de los bienes que tenía.

- El juez vino sin tardanza
cuanto falleció la vieja.
«De los bienes que te deja,
me dijo, yo he de cuidar:
2125 es un rodeo regular
y dos majadas de ovejas».

- Era hombre de mucha labia,
con más leyes que un doctor.
Me dijo: «Vos sos menor
2130 y por los años que tienes
no podés manejar bienes;
voy a nombrarte un tutor».

- Tomó un recuento de todo
porque entendía su papel,
2135 y después que aquel pastel
lo tuvo bien amasao,
puso al frente un encargao
y a mí me llevó con él.

- Muy pronto estuvo mi poncho
2140 lo mesmo que cernidor:
el chiripá estaba pior,
y aunque pa el frío soy guapo,

ya no me quedaba un trapo
ni pa el frío, ni pa el calor.

- 2145** En tan triste desabrigo,
tras de un mes iba otro mes;
guardaba silencio el juez,
la miseria me invadía;
me acordaba de mi tía,
2150 al verme en tal desnudés.

- No sé decir con fijeza
el tiempo que pasé allí;
y después de andar así,
como moro sin señor,
2155 pasé a poder del tutor
que debía cuidar de mí.

14

- Me llevó consigo un viejo
que pronto mostró la hilacha:
dejaba ver por la facha
2160 que era medio cimarrón;
muy renegao, muy ladrón,
y le llamaban Viscacha.

- Lo que el juez iba buscando
sospecho y no me equivoco;
2165 pero este punto no toco
ni su secreto averiguo:
mi tutor era un antiguo
de los que ya quedan pocos.

- Viejo lleno de camándulas,
2170 con un empaque a lo toro;
andaba siempre en un moro,

metido en no sé qué enriedos,
con las patas como loro,
de estribar entre los dedos.

239

- 2175** Andaba rodiao de perros,
que eran todo su placer;
jamás dejó de tener
menos de media docena;
mataba vacas ajenas
2180 para darles de comer.

- Carniábamos noche a noche
alguna res en el pago;
y, dejando allí el resago,
alzaba en ancas el cuero,
2185 que se lo vendía a un pulpero
por yerba, tabaco y trago.

- ¡Ah!, ¡viejo más comerciante
en mi vida lo he encontrao!
Con ese cuero robao,
2190 él arreglaba el pastel,
y allí entre el pulpero y él
se estendía el certificaio.

- La echaba de comedido;
en las trasquilas, lo viera,
2195 se ponía como una fiera
si cortaban una oveja;
pero de alzarse no deja
un vellón o unas tijeras.

- Una vez me dio una soba
2200 que me hizo pedir socorro
porque lastimé un cachorro

en el rancho de unas vascas;
y al irse se alzó unas guascas:
para eso era como zorro.

- 2250** ¡Aijuna! dije entre mí;
me has dao esta pesadumbre:
ya verás cuanto vislumbre
una ocasión medio güena;
te he de quitar la costumbre
2210 de cerdiar yeguas ajenas.

- Porque maté una viscacha
otra vez me reprendió;
se lo vine a contar yo;
y no bien se lo hube dicho,
2215 «ni me nuembres ese bicho»
me dijo, y se me enojó.

- Al verlo tan irritao
hallé prudente callar;
éste me va a castigar
2220 dije entre mí, si se agravía:
ya vi que les tenía rabia
y no las volví a nombrar.

- Una tarde halló una punta
de yeguas medio bichocas;
2225 después que voltió unas pocas
las cerdiaba con empeño:
yo vide venir al dueño
pero me callé la boca.

- El hombre venía jurioso
2230 y nos cayó como un rayo;
se descolgó del caballo

revoliando el arriador,
y lo cruzó de un lazo
ahi no más a mi tutor.

241

- 2235** No atinaba don Viscacha
a qué lado disparar,
hasta que logró montar,
y de miedo del chicote,
se lo apretó hasta el cogote,
2240 sin pararse a contestar.

- Ustedes crerán tal vez
que el viejo se curaría:
no, señores, lo que hacía
con más cuidao, dende entonces,
2245 era maniarlas de día
para cerdiar a la noche.

- Ése fue el hombre que estuvo
encargao de mi destino;
siempre anduvo en mal camino,
2250 y todo aquel vecindario
decía que era un perdulario,
insufrible de dañino.

- Cuando el juez me lo nombró
al dármelo de tutor,
2255 me dijo que era un señor
el que me debía cuidar,
enseñarme a trabajar
y darme la educación.

- Pero qué había de aprender
2260 al lao de ese viejo paco
que vivía como el chuncaco

en los baños, como el tero;
 un haragán, un ratero,
 y más chillón que un varraco.

- 2265** Tampoco tenía más bienes
 ni propiedad conocida
 que una carreta podrida
 y las paredes sin techo
 de un rancho medio desecho,
2270 que le servía de guarida.

- Después de las trasnochadas
 allí venía a descansar;
 yo desiaba aviriguar
 lo que tuviera escondido,
2275 pero nunca había podido
 pues no me dejaba entrar.

- Yo tenía unas jergas viejas
 que habían sido más peludas;
 y con mis carnes desnudas,
2280 el viejo, que era una fiera,
 me echaba a dormir ajuera
 con unas heladas crudas.

- Cuando mozo fue casao,
 aunque yo lo desconfío;
2285 y decía un amigo mío
 que, de arrebatado y malo,
 mató a su mujer de un palo
 porque le dio un mate frío.

- Y viudo por tal motivo
2290 nunca se volvió a casar;
 no era fácil encontrar

ninguna que lo quisiera:
todas temerían llevar
la suerte de la primera.

243

- 2295** Soñaba siempre con ella,
sin duda por su delito
y decía el viejo maldito
el tiempo que estuvo enfermo,
que ella dende el mismo infierno
2300 lo estaba llamando a gritos.

15

- Siempre andaba retobao,
con ninguno solía hablar;
se divertía en escarbar
2305 y hacer marcas con el dedo;
y cuanto se ponía en pedo
me empezaba aconsejar.
- Me parece que lo veo
con su poncho calamaco;
después de echar un buen taco
2310 así principiaba a hablar:
«Jamás llegués a parar
a donde veás perros flacos».
- «El primer cuidao del hombre
es defender el pellejo;
2315 llevate de mi consejo,
fijate bien en lo que hablo;
el diablo sabe por diablo
pero más sabe por viejo».
- «Hacete amigo del juez,
2320 no le dés de qué quejarse;

y cuando quiera enojarse
vos te debés encojer,
pues siempre es güeno tener
palenque ande ir a rascarse».

- 2325** «Nunca le llevés la contra
porque él manda la gavilla;
allí sentao en su silla
ningún güey le sale bravo:
a uno le da con el clavo
2330 y a otro con la cantramilla».

- «El hombre, hasta el más soberbio,
con más espinas que un tala,
aflueja andando en la mala
y es blando como manteca:
2335 hasta la hacienda baguala
cai al jagüel con la seca».

- «No andés cambiando de cueva,
hacé las que hace el ratón:
conservate en el rincón
2340 en que empesó tu esistencia:
vaca que cambia querencia
se atrasa en la parición».

- Y menudiando los tragos
aquel viejo como cerro,
2345 «No olvidés, me decía, Fierro,
que el hombre no debe creer
en lágrimas de mujer
ni en la renguera del perro».

- «No te debés afligir
2350 aunque el mundo se desplome:

lo que más precisa el hombre
 tener, según yo discurro,
 es la memoria del burro
 que nunca olvida ande come».

- 2355** «Dejá que caliente el horno
 el dueño del amasijo;
 lo que es yo, nunca me aflijo
 y a todito me hago el sordo:
 el cerdo vive tan gordo
2360 y se come hasta los hijos».

- «El zorro que ya es corrido,
 dende lejos la olfatea;
 no se apure quien desea
 hacer lo que le aproveche:
2365 la vaca que más rumea
 es la que da mejor leche».

- «El que gana su comida
 bueno es que en silencio coma;
 ansina, vos ni por broma
2370 querrás llamar la atención:
 nunca escapa el cimarrón
 si dispara por la loma».

- «Yo voy donde me conviene
 y jamás me descarrío;
2375 llevate el ejemplo mío,
 y llenarás la barriga;
 aprendé de las hormigas:
 no van a un noque vacío».

- «A naides tengás envidia,
2380 es muy triste el envidiar;

cuando veás a otro ganar
a estorbarlo no te metas:
cada lechón en su teta
es el modo de mamar».

2385 «Ansí se alimentan muchos
mientras los pobres lo pagan;
como el cordero hay quien lo haga
en la puntita, no niego;
pero otros, como el borrego,
2390 toda entera se la tragan».

«Si buscás vivir tranquilo
dedicate a solteriar;
mas si te querés casar,
con esta alvertencia sea:
2395 que es muy difícil guardar
prenda que otros codicean».

«Es un bicho la mujer
que yo aquí no lo destapo:
siempre quiere al hombre guapo;
2400 mas fijate en la elección,
porque tiene el corazón
como barriga de sapo».

Y gangoso con la tranca,
me solía decir: «Potrillo,
2405 recién te apunta el cormillo,
mas te lo dice un toruno:
no dejés que hombre ninguno
te gane el lao del cuchillo».

«Las armas son necesarias
2410 pero naides sabe cuándo;

ansina, si andás pasiando,
y de noche sobre todo,
debés llevarlo de modo
que al salir, salga cortando».

247

- 2415** «Los que no saben guardar
son pobres aunque trabajen;
nunca, por más que se atajen,
se librarán del cimbrón:
al que nace barrigón
2420 es al ñudo que lo fajen».

- «Donde los vientos me llevan
allí estoy como en mi centro;
cuando una tristeza encuentro
tomo un trago pa alegrarme:
2425 a mí me gusta mojarme
por ajuera y por adentro».

- «Vos sos pollo, y te convienen
toditas estas razones;
mis consejos y lecciones
2430 no echés nunca en el olvido:
en las riñas he aprendido
a no peliar sin puyones».

- Con estos consejos y otros,
que yo en mi memoria encierro,
2435 y que aquí no desentierro,
educándomé seguía,
hasta que al fin se dormía,
mesturao entre los perros.



Fig. 13. "El viejo Vizcacha dando sus consejos". Litografía de Carlos Clerice. Imagen incluida en la 1.^a edición de *La vuelta de Martín Fierro*, Buenos Aires, Imprenta de Pablo E. Coni / Librería del Plata, 1879. Canto 15.

16

Cuando el viejo cayó enfermo,
2440 viendo yo que se emporaba,
y que esperanza no daba
de mejorarse siquiera,
le truje una culandrería
a ver si lo mejoraba.

249

2445 En cuanto lo vio me dijo:
«Éste no aguanta el sogazo:
muy poco le doy de plazo;
nos va a dar un espectáculo,
porque debajo del brazo
2450 e ha salido un tabernáculo».

Dice el refrán que en la tropa
nunca falta un güey corneta;
uno que estaba en la puerta
le pegó el grito ahí no más:
2455 «Tabernáculo... ¡qué bruto!
un tubérculo, dirás».

Al verse así interrumpido
al punto dijo el cantor:
«No me parece ocasión
2460 de meterse los de ajuera:
tabernáculo, señor,
le decía la culandrería».

El de ajuera repitió
dándole otro chaguarazo:
2465 «Allá va un nuevo bolazo,
copo y se lo gano en puerta:
a las mujeres que curan
se las llama curanderas».

No es bueno, dijo el cantor,
2470 muchas manos en un plato,
 y diré al que ese barato
 ha tomao de entremetido,
 que no creía haber venido
 a hablar entre liberatos.

2475 Y para seguir contando
 la historia de mi tutor
 le pediré a ese dotor
 que en mi inorancia me deje,
 pues siempre encuentra el que teje
2480 otro mejor tejedor.

Seguía enfermo, como digo,
 cada vez más emperrao;
 yo estaba ya acobardao
 y lo espiaba dende lejos:
2485 era la boca del viejo
 la boca de un condenao.

Allá pasamos los dos
 noches terribles de invierno;
 él maldecía al Padre Eterno
2490 como a los santos benditos,
 pidiéndolé al diablo a gritos
 que lo llevara al infierno.

Debe ser grande la culpa
 que a tal punto mortifica;
2495 cuando vía una reliquia
 se ponía como azogado,
 como si a un endemoniado
 le echaran agua bendita.

Nunca me le puse a tiro,
2500 pues era de mala entraña;
y viendo herejía tamaña,
si alguna cosa le daba,
de lejos se la alcanzaba
en la punta de una caña.

2505 Será mejor, decía yo,
que abandonado lo deje,
que blasfeme y que se queje
y que siga de esta suerte,
hasta que venga la muerte
2510 y cargue con este hereje.

251

Cuando ya no pudo hablar
le até en la mano un cencerro,
y al ver cercano su entierro,
arañando las paredes
2515 espiró allí, entre los perros
y este servidor de ustedes.

17

Le cobré un miedo terrible
después que lo vi dijunto;
llamé al alcalde, y al punto,
2520 acompañado se vino
de tres o cuatro vecinos
a arreglar aquel asunto.

«Ánima bendita, dijo
un viejo medio ladio,
2525 que Dios lo haiga perdonao,
es todo cuanto deseo:
le conocí un pastoreo
de terneros robao».

«Ansina es, dijo el alcalde,
2530 con eso empezó a poblar;
yo nunca podré olvidar
las travesuras que hizo;
hasta que al fin fue preciso
que le privasen carniar».

2535 «De mozo fue muy jinete,
no lo bajaba un bagual;
pa ensillar un animal
sin necesitar de otro,
se encerraba en el corral
2540 y allí galopiaba el potro».

«Se llevaba mal con todos;
era su costumbre vieja
el mesturar las ovejas,
pues al hacer el aparte
2545 sacaba la mejor parte
y después venía con quejas».

«Dios lo ampare al pobresito,
dijo en seguida un tercero,
siempre robaba carneros,
2550 en eso tenía destreza:
enterraba las cabezas,
y después vendía los cueros».

«Y qué costumbre tenía;
cuando en el jogón estaba,
2555 con el mate se agarraba
estando los piones juntos,
yo tayo, decía, y apunto,
y a ninguno convidaba».

- «Si ensartaba algún asao,
2560 ¡pobre! ¡como si lo vieses!
Poco antes de que estuviese
primero lo maldecía,
luego después lo escupía
para que naides comiese».
- 2565** «Quien le quitó esa costumbre
de escupir el asador
fue un mulato resertor
que andaba de amigo suyo,
un diablo, muy peliador,
2570 que le llamaban Barullo».
- «Una noche que les hizo
como estaba acostumbrao,
se alzó el mulato enojao,
y le gritó: «Viejo indino,
2575 yo te he enseñar, cochino,
a echar saliva al asao».
- «Lo saltó por sobre el juego
con el cuchillo en la mano;
¡la pucha, el pardo liviano!
2580 En la misma atropellada
le largó una puñalada
que la quitó otro paisano».
- «Y ya caliente Barullo,
quiso seguir la chacota:
2585 se le había erizao la mota
lo que empezó la reyerta:
el viejo ganó la puerta
y apeló a las de gaviota».

«De esa costumbre maldita
2590 dende entonces se curó;
 a las casas no volvió,
 se metió en un cicutal,
 y allí escondido pasó
 esa noche sin cenar».

2595 Esto hablaban los presentes;
 y yo que estaba a su lao,
 al oír lo que he relatao,
 aunque él era un perdulario,
 dije entre mí: «¡Qué rosario
2600 le están resando al finao!».

Luego comenzó el alcalde
 a registrar cuanto había,
 sacando mil chucherías
 y guascas y trapos viejos,
2605 temeridá de trebejos
 que para nada servían.

Salieron lazos, cabrestos,
 coyundas y maniadores,
 una punta de arriadores,
2610 cinchones, maneadas, torzales
 una porción de bozales
 y un montón de tiradores.

Había riendas de domar,
 frenos y estribos quebraos;
2615 bolas, espuelas, recaos,
 unas pavas, unas ollas,
 y un gran manojito de argollas
 de cinchas que había cortao.

Salieron varios cencerros,
2620 alesnas, lonjas, cuchillos,
 unos cuantos cojinillos,
 un alto de jergas viejas,
 muchas botas desparejas
 y una infinidad de anillos.

2625 Había tarros de sardinas,
 unos cueros de venao,
 unos ponchos aujeriaos,
 y en tan tremendo entrevero
 apareció hasta un tintero
2630 que se perdió en el juzgao.

Decía el alcalde muy serio:
 «Es poco cuanto se diga;
 había sido como hormiga.
 He de darle parte al juez,
2635 y que me venga después
 conquie no se los persiga».

Yo estaba medio azorao
 de ver lo que sucedía;
 entre ellos mismos decían
2640 que unas prendas eran suyas,
 pero a mí me parecía
 que esas eran aleluyas.

Y cuando ya no tuvieron
 rincón donde registrar,
2645 cansaos de tanto huroniar
 y de trabajar de balde,
 «vámonós, dijo el alcalde,
 luego lo haré sepultar».

- Y aunque mi padre no era
2650 el dueño de ese hormiguero
 él allí muy cariñoso,
 me dijo con muy buen modo:
 «Vos serás el heredero
 y te harás cargo de todo».
- 2655** «Se ha de arreglar este asunto
 como es preciso que sea;
 voy a nombrar albacea
 uno de los circustantes,
 las cosas no son, como antes,
2660 tan enredadas y feas».
- ¡Bendito Dios! pensé yo:
 ando como un pordiosero,
 y me nuembran heredero
 de toditas estas guascas.
2665 ¡Quisiera saber primero
 lo que se han hecho mis vacas!

18

- Se largaron como he dicho
 a disponer el entierro;
 cuando me acuerdo, me aterro:
2670 me puse a llorar a gritos
 al verme allí tan solito
 con el finao y los perros.
- Me saqué el escapulario,
 se lo colgué al pecador;
2675 y como hay en el Señor
 misericordia infinita,
 rogué por la alma bendita
 del que antes fue mi tutor.

No se calmaba mi duelo
 2680 de verme tan solitario;
 ahí le champurrié un rosario
 como si fuera mi padre,
 besando el escapulario
 que me había puesto mi madre.

2685 «Madre mía, gritaba yo,
 dónde andarás padeciendo;
 el llanto que estoy virtiendo
 lo redamarías por mí,
 si vieras a tu hijo aquí
 2690 todo lo que está sufriendo».

Y mientras así clamaba
 sin poderme consolar,
 los perros, para aumentar
 más mi miedo y mi tormento,
 2695 en aquel mismo momento
 se pusieron a llorar.

Libre Dios a los presentes
 de que sufran otro tanto;
 con el muerto y esos llantos
 2700 les juro que falta poco
 para que me vuelva loco
 en medio de tanto espanto.

Decían entonces las viejas,
 como que eran sabedoras,
 2705 que los perros cuando lloran
 es porque ven al demonio;
 yo creía en el testimonio
 como cré siempre el que inora.

Ahi dejé que los ratones
2710 comieran el guasquerío;
 y como anda a su albedrío
 todo el que güérfano queda,
 alzando lo que era mío
 abandoné aquella cueva.

• • •

2715 Supe después que esa tarde
 vino un pión y lo enterró;
 ninguno lo acompañó
 ni lo velaron siquiera;
 y al otro día amaneció
2720 con una mano dejuera.

Y me ha contado además
 el gaucho que hizo el entierro
 —al recordarlo me aterro,
 me da pavor este asunto—
2725 que la mano del dijunto
 se la había comido un perro.

Tal vez yo tuve la culpa
 porque de asustao me fui;
 supe después que volví,
2730 y asigurárselos puedo,
 que los vecinos, de miedo,
 no pasaban por allí.

Hizo del rancho guarida
 la sabandija más sucia;
2735 el cuerpo se despeluzo
 y hasta la razón se altera:
 pasaba la noche entera
 chillando allí una lechuza.

2740 Por mucho tiempo no pude
 saber lo que me pasaba;
 los trapitos con que andaba
 eran puras hojarascas;
 todas las noches soñaba
 con viejos, perros y guascas.

19

2745 Andube a mi voluntá
 como moro sin señor;
 ese fue el tiempo mejor
 que yo he pasado tal vez:
 de miedo de otro tutor
 2750 ni aporté por lo del juez.

«Yo cuidaré, me había dicho,
 de lo de tu propiedad;
 todo se conservará,
 el vacuno y los rebaños
 2755 hasta que cumplás 30 años,
 en que seás mayor de edá».

Y aguardando que llegase
 el tiempo que la ley fija,
 pobre como lagartija
 2760 y sin respetar a naides,
 anduve cruzando al aire
 como bola sin manija.

Me hice hombre de esa manera
 bajo el más duro rigor;
 2765 sufriendo tanto dolor
 muchas cosas aprendí;
 y, por fin, víctima fui
 del más desdichado amor.

De tantas alternativas
2770 ésta es la parte peluda;
 infeliz y sin ayuda
 fue estremado mi delirio,
 y causaban mi martirio
 los desdenes de una viuda.

2775 Lloro el hombre ingratitudes
 sin tener un jundamento;
 acusa sin miramiento
 a la que el mal le ocasiona,
 y tal vez en su persona
2780 no hay ningún merecimiento.

Cuando yo más padecía
 la crueldá de mi destino,
 rogando al poder divino
 que el dolor me separe,
2785 me hablaron de un adivino
 que curaba esos pesares.

Tuve recelos y miedos,
 pero al fin me disolví:
 hice coraje y me fui
2790 donde el adivino estaba,
 y por ver si me curaba
 cuanto llevaba le di.

Me puse al contar mis penas
 más colorao que un tomate,
2795 y se me añudó el gaznate
 cuando dijo el ermitaño:
 «Hermano, le han hecho daño
 y se lo han hecho en un mate».

«Por verse libre de usted
2800 lo habrán querido embrujar».
 Después me empezó a pasar
 una pluma de avestruz
 y me dijo: «De la Cruz
 recibí el don de curar».

2805 «Debés maldecir, me dijo,
 a todos tus conocidos,
 ansina el que te ha ofendido
 pronto estará descubierto,
 y deben ser maldecidos
2810 tanto vivos como muertos».

Y me recetó que hincas
 en un trapo de la viuda,
 frente a una planta de ruda
 hiciera mis oraciones,
2815 diciendo: «No tengas duda,
 eso cura las pasiones».

A la viuda en cuanto pude
 un trapo le manotíé;
 busqué la ruda y al pie,
2820 puesto en cruz, hice mi reso;
 pero, amigos, ni por eso
 de mis males me curé.

Me recetó otra ocasión
 que comiera abrojo chico:
2825 el remedio no me esplico,
 mas, por desechar el mal,
 al ñudo en un abrojal
 fi a ensangrentarme el hocico.

Y con tanta medecina
2830 me pareció que sanaba;
 por momentos se aliviaba
 un poco mi padecer,
 mas si a la viuda encontraba
 volvía la pasión a arder.

2835 Otra vez que consulté
 su saber estrordinario,
 recibió bien su salario,
 y me recetó aquel pilllo
 que me colgase tres grillos
2840 ensartaos como rosario.

Por fin, la última ocasión
 que por mi mal lo fi a ver,
 me dijo: «No, mi saber
 no ha perdido su virtù:
2845 yo te daré la salú,
 no triunfará esa mujer».

«Y tené fe en el remedio,
 pues la cencia no es chacota;
 de esto no entendés ni jota;
2850 sin que ninguno sospeche
 cortale a un negro tres motas
 y hacelas hervir en leche».

Yo andaba ya desconfiando
 de la curación maldita,
2855 y dije: «Éste no me quita
 la pasión que me domina;
 pues que viva la gallina
 aunque sea con la pepita».

- Así me dejaba andar,
2860 hasta que en una ocasión,
 el cura me echó un sermón,
 para curarme, sin duda,
 diciendo que aquella viuda
 era hija de confesión.
- 2865** Y me dijo estas palabras
 que nunca las he olvidao:
 «Has de saber que el finao
 ordenó en su testamento
 que naides de casamiento
2870 le hablara, en lo sucesivo,
 y ella prestó el juramento
 mientras él estaba vivo».
- «Y es preciso que lo cumpla,
 porque así lo manda Dios;
2875 es necesario que vos
 no la vuelvas a buscar,
 porque si llega a faltar
 se condenarán los dos».
- Con semejante alvertencia
2880 se completó mi redota;
 le vi los pies a la sota,
 y me le alejé a la viuda
 más curao que con la ruda,
 con los grillos y las motas.
- 2885** Después me contó un amigo
 que al juez le había dicho el cura:
 «Que yo era un cabeza dura
 y que era un mozo perdido,
 que me echaran del partido
2890 que no tenía compostura».

Tal vez por ese consejo,
 y sin que más causa hubiera,
 ni que otro motivo diera,
 me agarraron redemente
2895 y en el primer contingente
 me echaron a la frontera.

De andar persiguiendo viudas
 me he curado del deseo;
 en mil penurias me veo,
2900 mas pienso volver, tal vez,
 a ver si sabe aquel juez
 lo que se ha hecho mi rodeo.

20

Martín Fierro y sus dos hijos,
 entre tanta concurrencia,
2905 siguieron con alegría
 celebrando aquella fiesta.
 Diez años, los más terribles,
 había durado la ausencia,
 y al hallarse nuevamente
2910 era su alegría completa.
 En ese mismo momento,
 uno que vino de afuera
 a tomar parte con ellos
 suplicó que lo almitieran.
2915 Era un mozo forastero
 de muy regular presencia,
 y hacía poco que en el pago
 andaba dando sus güeltas.
 Aseguraban algunos,
2920 que venía de la frontera,
 que había pelao a un pulpero

- en las últimas carreras,
 pero andaba despilchao,
 no traía una prenda buena;
2925 un recadito cantor
 daba fe de sus pobrezaas.
 Le pidió la bendición
 al que causaba la fiesta,
 y sin decirles su nombre
2930 les declaró con franqueza
 que el nombre de *Picardía*
 es el único que lleva,
 y para contar su historia
 a todos pide licencia,
2935 diciéndoles que en seguida
 iban a saber quién era.
 Tomó al punto la guitarra,
 la gente se puso atenta,
 y así cantó Picardía
2940 en cuanto templó las cuerdas.

21

PICARDÍA

- Voy a contarles mi historia,
 perdonenme tanta charla;
 y les diré al principiarla,
 aunque es triste hacerlo así,
2945 a mi madre la perdí
 antes de saber llorarla.
- Me quedé en el desamparo,
 y al hombre que me dio el ser
 no lo pude conocer:
2950 así, pues, dende chiquito
 volé como el pajarito
 en busca de qué comer.

O por causa del servicio,
que tanta gente destierra,
2955 o por causa de la guerra,
que es causa bastante seria,
los hijos de la miseria
son muchos en esta tierra.

Ansí, por ella empujado,
2960 no sé las cosas que haría,
y, aunque con vergüenza mía,
debo hacer esta alvertencia:
siendo mi madre Inocencia,
me llamaban Picardía.

2965 Me llevó a su lado un hombre
para cuidar las ovejas
pero todo el día eran quejas
y guazcazos a lo loco,
y no me daba tampoco
2970 siquiera unas jergas viejas.

Dende la alba hasta la noche,
en el campo me tenía;
cordero que se moría,
mil veces me sucedió,
2975 los caranchos lo comían
pero lo pagaba yo.

De trato tan riguroso
muy pronto me acobardé;
el bonete me apreté
2980 buscando mejores fines,
y con unos volantines
me fui para Santa Fe.

El pruebista principal
a enseñarme me tomó,
2985 y ya iba aprendiendo yo
a bailar en la maroma;
mas me hicieron una broma
y aquello me indijustó.

Una vez que iba bailando,
2990 porque estaba el calzón roto,
armaron tanto alboroto
que me hicieron perder pie:
de la cuerda me largué
y casi me descogoto.

2995 Ansí me encontré de nuevo
sin saber dónde meterme;
y ya pensaba volverme,
cuando, por fortuna mía,
me salieron unas tías
3000 que quisieron recogerme.

Con aquella parentela,
para mí desconocida,
me acomodé ya en seguida;
y eran muy buenas señoras,
3005 pero las más rezadoras
que he visto en toda mi vida.

Con el toque de oración
ya principiaba el rosario;
noche a noche un calendario
3010 tenían ellas que decir,
y a rezar solían venir
muchas de aquel vecinario.

Lo que allí me aconteció
siempre lo he de recordar,
3015 pues me empiezo a equivocar
y a cada paso refalo,
como si me entrara el Malo
cuanto me hincaba a resar.

Era como tentación
3020 lo que yo esperimenté;
y jamás olvidaré
cuánto tuve que sufrir,
porque no podía decir
«Artículos de la Fe».

3025 Tenía al lao una mulata
que era nativa de allí;
se hincaba cerca de mí
como el ángel de la guarda;
¡pícara! y era la parda
3030 la que me tentaba así.

«Resá, me dijo mi tía,
Artículos de la Fe».
Quise hablar y me atoré;
la dificultá me afiije.
3035 Miré a la parda, y ya dije:
«Artículos de Santa Fe».

Me acomodó el coscorrón
que estaba viendo venir;
yo me quise corregir,
3040 a la mulata miré,
y otra vez volví a decir:
«Artículos de Santa Fe».

Sin dificultad ninguna
rezaba todito el día,
3045 y a la noche no podía
ni con un trabajo inmenso;
es por eso que yo pienso
que alguno me tentaría.

Una noche de tormenta
3050 vi a la parda y me entró chucho;
los ojos, me asusté mucho,
eran como refocilo:
al nombrar a San Camilo,
le dije San Camilucho.

3055 Ésta me da con el pie,
aquella otra con el codo;
¡ah viejas!, por ese modo,
aunque de corazón tierno,
yo las mandaba al infierno
3060 con oraciones y todo.

Otra vez, que como siempre
la parda me perseguía,
cuando yo acordé, mis tías
me habían sacao un mechón
3065 al pedir la estirpación
de todas las herejías.

Aquella parda maldita
me tenía medio afligido,
y así, me había sucedido
3070 que al decir «estirpación»
le acomodé «entripación»,
y me cayeron sin ruido.

El recuerdo y el dolor
me duraron muchos días;
3075 soñé con las herejías
que andaban por estirpar,
y pedía siempre al resar
la estirpación de mis tías.

Y dale siempre rosarios,
3080 noche a noche y sin cesar;
dale siempre barajar
salves, trisagios y credos:
me aburrí de esos enriedos
y al fin me mandé mudar.

22

3085 Anduve como pelota
y más pobre que una rata;
cuando empecé a ganar plata
se armó no sé qué barullo,
y yo dije: «A tu tierra, grullo,
3090 aunque sea con una pata».

Eran duros y bastantes
los años que allá pasaron;
con lo que ellos me enseñaron
formaba mi capital;
3095 cuanto vine me enrolaron
en la Guardia Nacional.

Me había ejercitao al naipe,
el juego era mi carrera;
hice alianza verdadera
3100 y arreglé una trapisonda
con el dueño de una fonda
que entraba en la peladera.

- Me ocupaba con esmero
en floriar una baraja:
3105 él la guardaba en la caja,
en paquetes, como nueva;
y la media arroba lleva
quien conoce la ventaja.
- Comete un error inmenso
3110 quien de la suerte presume:
otro más hábil lo fuma,
en un dos por tres, lo pela;
y lo larga que no vuela
porque le falta una pluma.
- 3115** Con un socio que lo entiende
se arman partidas muy buenas;
queda allí la plata ajena,
quedan prendas y botones:
siempre cain a esas riuniones
3120 sonzos con las manos llenas.
- Hay muchas trampas legales,
recursos del jugador;
no cualquiera es sabedor
a lo que un naípe se presta:
3125 con una *cincha* bien puesta
se la pega uno al mejor.
- Deja a veces ver la boca
haciendo el que se descuida;
juega el otro hasta la vida
3130 y es siguro que se ensarta,
porque uno muestra una carta
y tiene otra prevenida.

Al monte, las precauciones
no han de olvidarse jamás;
3135 debe afirmarse además
los dedos para el trabajo,
y buscar asiento bajo
que le dé la luz de atrás.

Pa tayar, tome la luz,
3140 dé la sombra al alversario,
acomódesé al contrario
en todo juego cartiao:
tener ojo ejercitao
es siempre muy necesario.

3145 El contrario abre los suyos,
pero nada ve el que es ciego;
dándole sogá, muy luego
se deja pescar el tonto:
todo chapetón cree pronto
3150 que sabe mucho en el juego.

Hay hombres muy inocentes
y que a las carpetas van;
cuando asariados están,
les pasa infinitas veces,
3155 pierden en puertas y en treses,
y dándolés *mamarán*.

El que no sabe no gana
aunque ruegue a Santa Rita;
en la carpeta a un mulita
3160 se le conoce al sentarse;
y conmigo era matarse:
no podían ni a la manchita.

En el nueve y otros juegos
llevo ventaja no poca;
3165 y siempre que dar me toca
el mal no tiene remedio
porque sé sacar del medio
y sentar la de la boca.

En el truco, al más pintao
3170 solía ponerlo en apuro;
cuando aventajar procuro,
sé tener, como fajadas,
tiro a tiro el as de espadas,
o flor, o envite seguro.

3175 Yo sé defender mi plata
y lo hago como el primero:
el que ha de jugar dinero
preciso es que no se atonte;
si se armaba una de monte,
3180 tomaba parte el fondero.

Un pastel, como un paquete,
sé llevarlo con limpieza;
dende que a salir empiezan
no hay carta que no recuerde:
3185 sé cuál se gana o se pierde
en cuanto cain a la mesa.

También por estas jugadas
suele uno verse en aprietos;
mas yo no me comprometo
3190 porque sé hacerlo con arte,
y aunque les corra el descarte
no se descubre el secreto.

Si me llamaban al dao,
 nunca me solía faltar
3195 un *cargado* que largar,
 un *cruzaio* para el más vivo;
 y hasta atracarles un *chivo*
 sin dejarlos maliciar.

Cargaba bien una taba
3200 porque la sé manejar;
 no era manco en el billar,
 y por fin de lo que esplico
 digo que hasta con pichicos,
 era capaz de jugar.

3205 Es un vicio de mal fin
 el de jugar, no lo niego;
 todo el que vive del juego
 anda a la pesca de un bobo,
 y es sabido que es un robo
3210 ponerse a jugarle a un ciego.

Y esto digo claramente
 porque he dejao de jugar;
 y les puedo asigurar,
 como que fui del oficio:
3215 más cuesta aprender un vicio
 que aprender a trabajar.

23

Un nápoles mercachifle
 que andaba con un arpista
 cayó también en la lista
3220 sin dificultá ninguna:
 lo agarré a la treinta y una
 y le daba bola vista.

Se vino haciendo el chiquito,
 por sacarme esa ventaja;
3225 en el pantano se encaja,
 aunque robo se le hacía:
 lo cegó Santa Lucía
 y desocupó las cajas.

Lo hubieran visto afligido
3230 llorar por las chucherías:
 «Ma gañao con picardía»
 decía el gringo y lagrimiaba,
 mientras yo en un poncho alzaba
 todita su merchería.

3235 Quedó allí aliviao del peso
 sollozando sin consuelo;
 había caído en el anzuelo
 tal vez porque era domingo,
 y esa calidá de gringo
3240 no tiene santo en el cielo.

Pero poco aproveché
 de fatura tan lucida:
 el diablo no se descuida,
 y a mí me seguía la pista
3245 un ñato muy enredista
 que era Oficial de partida.

Se me presentó a esigir
 la multa en que había incurrido,
 que el juego estaba prohibido,
3250 que iba a llevarme al cuartel;
 tuve que partir con él
 todo lo que había alquirido.

Empecé a tomarlo entre ojos
 por esa albitrariadá;
3255 yo había ganao, es verdá,
 con recursos, eso sí;
 pero él me ganaba a mí
 fundao en su autoridá.

Decían que por un delito
3260 mucho tiempo anduvo mal;
 un amigo servicial
 lo compuso con el Juez,
 y poco tiempo después
 lo pusieron de Oficial.

3265 En recorrer el partido
 continuamente se empleaba;
 ningún malevo agarraba,
 pero traía en un carguero
 gallinas, pavos, corderos
3270 que por ahí recoletaba.

No se debía permitir
 el abuso a tal extremo:
 mes a mes hacía lo mismo,
 y así decía el vecindario:
3275 «Este ñato perdulario
 ha resucitado el diezmo».

La echaba de guitarrero
 y hasta de concertador:
 sentao en el mostrador
3280 lo hallé una noche cantando
 y le dije: «Co... mo... quiando
 con ganas de oír un cantor».

Me echó el ñato una mirada
 que me quiso devorar;
3285 mas no dejó de cantar
 y se hizo el desentendido,
 pero ya había conocido
 que no lo podía pasar.

Una tarde que me hallaba
3290 de visita... vino el ñato,
 y para darle un mal rato
 dije fuerte: «Ña... to... ribia
 no bebe con la agua tibia».
 Y me la entendió el mulato.

3295 Era el todo en el Juzgao,
 y como que se achocó
 ahí no más me contestó:
 «Cuanto el caso se presiente
 te he de hacer tomar caliente
3300 y has de saber quién soy yo».

Por causa de una mujer
 se enredó más la cuestión:
 le tenía el ñato afición;
 ella era mujer de ley,
3305 moza con cuerpo de güey,
 muy blanda de corazón.

La hallé una vez de amasijo,
 estaba hecha un embeleso,
 y le dije: «Me intereso
3310 en aliviar sus quehaceres,
 y así, señora, si quiere
 yo le arrimaré los güesos».

Estaba el ñato presente,
 sentado como de adorno;
3315 por evitar un trastorno
 ella, al ver que se dijista,
 me contestó: «Si usted gusta
 arrimelós junto al horno».

Ahi se enredó la madeja
3320 y su enemistá conmigo;
 se declaró mi enemigo,
 y por aquel cumplimiento
 ya sólo buscó el momento
 de hacerme dar un castigo.

3325 Yo veia que aquel maldito
 me miraba con rencor,
 buscando el caso mejor
 de poderme echar el pial;
 y no vive más el lial
3330 que lo que quiere el traidor.

No hay matrero que no caiga,
 ni arisco que no se amanse;
 así yo desde aquel lance
 no salía de algún rincón,
3335 tirao como el San Ramón
 después que se pasa el trance.

24

Me le escapé con trabajo
 en diversas ocasiones;
 era de los adulones,
3340 me puso mal con el Juez;
 hasta que al fin una vez
 me agarró en las elecciones.

Ricuerdo que esa ocasión
 andaban listas diversas;
3345 las opiniones dispersas
 no se podían arreglar:
 decían que el Juez, por triunfar,
 hacía cosas muy perversas.

Cuando se riunió la gente
3350 vino a plocamarla el ñato,
 diciendo con aparato
 «que todo andaría muy mal,
 si pretendía cada cual
 votar por un candilato».

3355 Y quiso al punto quitarme
 la lista que yo llevé;
 mas yo se la mesquiné
 y ya me gritó: «Anarquista,
 has de votar por la lista
3360 que ha mandao el Comiqué».

Me dio vergüenza de verme
 tratado de esa manera;
 y como si uno se altera
 ya no es fácil de que ablande,
3365 le dije: «Mande el que mande,
 yo he de votar por quien quiera».

«En las carpetas de juego
 y en la mesa eletoral,
 a todo hombre soy igual;
3370 respeto al que me respeta
 pero el naípe y la boleta
 naides me lo ha de tocar».

- Ahi no más ya me cayó
a sable la polecía;
3375 aunque era una picardía
me decidí a soportar,
y no los quise peliar
por no perderme ese día.
- Atravesao me agarró
3380 y se aprovechó aquel ñato;
dende que sufrí ese trato
no dentro donde no quepo:
fi a jinetiar en el cepo
por cuestión de candilatos.
- 3385** Injusticia tan notoria
no la soporté de flojo;
una venda de mis ojos
vino el suceso a voltiar:
vi que teníamos que andar
3390 como perro con tramojo.
- Dende aquellas elecciones
se siguió el batiburrillo;
aquél se volvió un ovillo
del que no había ni noticia.
3395 ¡Es señora la justicia...
y anda en ancas del más pillo!

25

- Después de muy pocos días,
tal vez por no dar espera
y que alguno no se fuera,
3400 hicieron citar la gente
pa riunir un contingente
y mandar a la frontera.

Se puso arisco el gauchaje;
 la gente está acobardada;
3405 salió la partida armada
 y trujo como perdices
 unos cuantos infelices
 que entraron en la voltiada.

Decía el ñato con soberbia:
3410 «Ésta es una gente indina;
 yo los rodié a la sordina,
 no pudieron escapar;
 y llevaba orden de arriar
 todito lo que camina».

3415 Cuando vino el comendante
 dijeron: «¡Dios nos asista!»;
 llegó y les clavó la vista,
 yo estaba haciéndomé el sonzo,
 le echó a cada uno un responso
3420 y ya lo plantó en la lista.

«Cuadráte, le dijo a un negro,
 te estás haciendo el chiquito
 cuando sos el más maldito
 que se encuentra en todo el pago;
3425 un servicio es el que te hago
 y por eso te remito».

A OTRO

«Vos no cuidás tu familia
 ni le das los menesteres;
 visitás otras mujeres
3430 y es preciso, calavera,
 que aprendás en la frontera
 a cumplir con tus deberes».

A OTRO

- «Vos también sos trabajador;
cuando es preciso votar
3435 hay que mandarte llamar
y siempre andás medio alzo;
sos un desubordinao
y yo te voy a filiar».

A OTRO

- «¿Cuánto tiempo hace que vos
3440 andás en este partido?
¿Cuántas veces has venido
a la citación del Juez?
No te he visto ni una vez:
has de ser algún perdido».

A OTRO

- 3445** «Éste es otro barullero
que pasa en la pulpería
predicando noche y día
y anarquizando a la gente:
irás en el contingente
3450 por tamaña picardía».

A OTRO

- «Dende la anterior remesa
vos andás medio perdido;
la autoridá no ha podido
jamás hacerte votar:
3455 cuando te mandan llamar
te pasás a otro partido».

A OTRO

283

«Vos siempre andás de florcita,
no tenés renta ni oficio;
no has hecho ningún servicio,
3460 no has votado ni una vez:
marchá... para que dejés
de andar haciendo perjuicio».

A OTRO

«Dame vos tu papeleta,
yo te la voy a tener;
3465 ésta queda en mi poder,
después la recogerás,
y así si te resertás
todos te pueden prender».

A OTRO

«Vos, porque sos ecetuao
3470 ya te quieres sulevar;
no vinistes a votar
cuando hubieron elecciones:
no te valdrán eseciones,
yo te voy a enderezar».

3475 Y a este por este motivo
y a otro por otra razón,
toditos, en conclusión,
sin que escapara ninguno,
fueron pasando uno a uno
3480 a juntarse en un rincón.

Y allí las pobres hermanas,
las madres y las esposas
redamaban cariñosas

3485 sus lágrimas de dolor;
pero gemidos de amor
no remedian estas cosas.

3490 Nada importa que una madre
se desespere o se queje;
que un hombre a su mujer deje
en el mayor desamparo;
hay que callarse, o es claro
que lo quiebran por el eje.

3495 Dentran después a empeñarse
con este o aquel vecino;
y como en el masculino
el que menos corre vuela,
deben andar con cautela
las pobres, me lo imagino.

3500 Muchas al Juez acudieron
por salvar de la jugada;
él les hizo una cuerpiada,
y por mostrar su inocencia,
les dijo: «Tengan pacencia
pues yo no puedo hacer nada».

3505 Ante aquella autoridad
permanecían suplicantes;
y después de hablar bastante,
«Yo me lavo, dijo el Juez,
como Pilatos, los pies:
3510 esto lo hace el comendante».

De ver tanto desamparo
el corazón se partía;
había madre que salía

3515 con dos, tres hijos o más,
por delante y por detrás,
y las maletas vacías.

¿Dónde irán, pensaba yo,
a perecer de miseria?
3520 Las pobres si de esta feria
hablan mal, tienen razón;
pues hay bastante materia
para tan justa aflicción.

26

3525 Cuando me llegó mi turno
dije entre mí: «¡Ya me toca!»,
y aunque mi falta era poca,
no sé por qué me asustaba;
les aseguro que estaba
con el Jesús en la boca.

3530 Me dijo que yo era un vago,
un jugador, un perdido:
que dende que fi al partido
andaba de picaflor,
que había de ser un bandido
como mi antecesor.

3535 Puede que uno tenga un vicio,
y que de él no se reforme;
mas naides está conforme
con recibir ese trato:
yo conocí que era el ñato
3540 quien le había dao los informes.

Me dentró curiosidá,
al ver que de esa manera

tan seguro me dijera
que fue mi padre un bandido;
3545 luego lo había conocido,
y yo ignoraba quién era.

Me empeñé en averiguarlo;
promesas hice a Jesús;
tuve, por fin, una luz,
3550 y supe con alegría
que era el autor de mis días
el guapo sargento Cruz.

Yo conocía bien su historia
y la tenía muy presente;
3555 sabía que Cruz bravamente,
yendo con una partida,
había jugado la vida
por defender a un valiente.

Y hoy ruego a mi Dios piadoso
3560 que lo mantenga en su gloria;
se ha de conservar su historia
en el corazón del hijo:
él al morir me bendijo,
yo bendigo su memoria.

3565 Yo juré tener enmienda
y lo conseguí de veras;
puedo decir ande quiera
que si faltas he tenido
de todas me he corregido
3570 dende que supe quién era.

El que sabe ser buen hijo
a los suyos se parece;

y aquel que a su lado crece
y a su padre no hace honor,
3575 como castigo merece
de la desdicha el rigor.

287

Con un empeño constante
mis faltas supe enmendar;
todo conseguí olvidar,
3580 pero, por desgracia mía,
el nombre de *Picardía*
no me lo pude quitar.

Aquel que tiene buen nombre
muchos dijustos ahorra;
3585 y entre tanta mazamorra
no olviden esta alvertencia:
aprendí por esperencia
que el mal nombre no se borra.

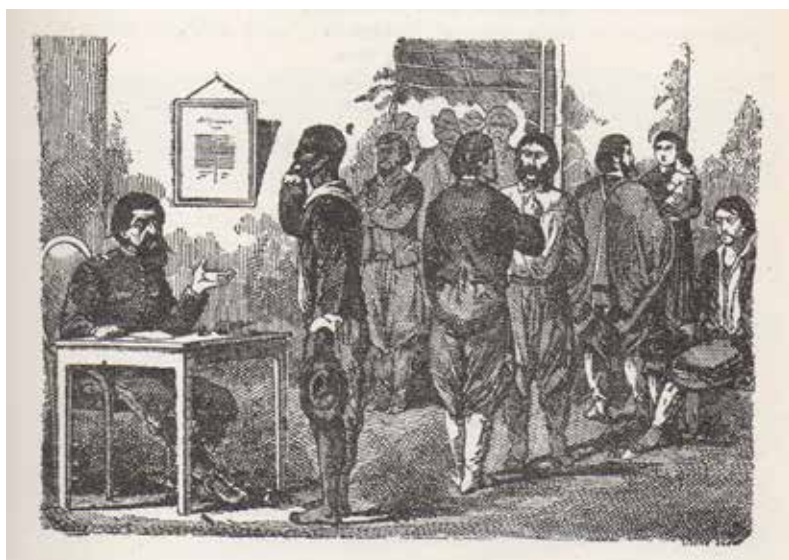


Fig. 14. "El Contingente". Litografía de Carlos Clerice. Imagen incluida en la 1.^a edición de *La vuelta de Martín Fierro*, Buenos Aires, Imprenta de Pablo E. Coni / Librería del Plata, 1879. Canto 26.

He servido en la frontera,
3590 en un cuerpo de milicias;
 no por razón de justicia,
 como sirve cualesquiera.

La bolilla me tocó
 de ir a pasar malos ratos
3595 por la facultá del ñato;
 que tanto me persiguió.

Y sufrí en aquel infierno
 esa dura penitencia,
 por una malaquerencia
3600 de un oficial subalterno.

No repetiré las quejas
 de lo que se sufre allá:
 son cosas muy dichas ya
 y hasta olvidadas de viejas.

3605 Siempre el mismo trabajar,
 siempre el mismo sacrificio
 es siempre el mismo servicio,
 y el mismo nunca pagar.

Siempre cubiertos de harapos,
3610 siempre desnudos y pobres;
 nunca le pagan un cobre
 ni le dan jamás un trapo.

Sin sueldo y sin uniforme
 lo pasa uno aunque sucumba;
3615 confórmese con la tumba
 y si no... no se conforme.

Pues si usted se ensoberbece
o no anda muy voluntario,
le aplican un novenario
3620 de estacas... que lo enloquecen.

Andan como pordioseros
sin que un peso los alumbre,
porque han tomo la costumbre
de deberle años enteros.

3625 Siempre hablan de lo que cuesta,
que allá se gasta un platal;
pues yo no he visto ni un rial
en lo que duró la fiesta.

Es servicio extraordinario
3630 bajo el fusil y la vara,
sin que sepamos qué cara
le ha dao Dios al comisario.

Pues si va a hacer la revista,
se vuelve como una bala;
3635 es lo mesmo que luz mala
para perderse de vista.

Y de yapa cuando va,
todo parece estudio:
va con meses atrasaos
3640 de gente que ya no está.

Pues ni adrede que lo hagan
podrán hacerlo mejor:
cuando cai, cai con la paga
del contingente anterior.

3645 Porque son como sentencia
para buscar al ausente,
y el pobre que está presente
que perezca en la indigencia.

3650 Hasta que tanto aguantar
el rigor con que lo tratan,
o se resierta, o lo matan,
o lo largan sin pagar.

3655 De ese modo es el pastel,
porque el gaucha... ya es un hecho,
no tiene ningún derecho,
ni naides vuelve por él.

3660 ¡La gente vive marchita!
Si viera, cuando echan tropa,
les vuela a todos la ropa
que parecen banderitas.

De todos modos lo cargan,
y al cabo de tanto andar,
cuando lo largan, lo largan
como pa echarse a la mar.

3665 Si alguna prenda le han dao,
se la vuelven a quitar;
poncho, caballo, recaó,
todo tiene que dejar.

3670 Y esos pobres infelices,
al volver a su destino,
salen como unos Longinos
sin tener con qué cubrirse.

A mí me daba congojas
el mirarlos de ese modo,
3675 pues el más aviao de todos
es un perejil sin hojas.

Aura poco ha sucedido,
con un invierno tan crudo,
largarlos a pie y desnudos
3680 pa volver a su partido.

Y tan duro es lo que pasa,
que en aquella situación
les niegan un mancarrón
para volver a su casa.

3685 ¡Lo tratan como a un infiel!
Completan su sacrificio
no dandolé ni un papel
que acredite su servicio.

Y tiene que regresar
3690 más pobre de lo que jue,
por supuesto a la mercé
del que lo quiere agarrar.

Y no avirigüe después
de los bienes que dejó:
3695 de hambre, su mujer vendió
por dos... lo que vale diez.

Y como están convenidos
a jugarle manganeta,
a reclamar no se meta
3700 porque ese es tiempo perdido.

Y luego, si a alguna estancia
a pedir carne se arrima,
al punto le cain encima
con la ley de la vagancia.

3705 Y ya es tiempo, pienso yo,
de no dar más contingente:
si el Gobierno quiere gente,
que la pague y se acabó.

3710 Y saco así en conclusión,
en media de mi inorancia,
que aquí el nacer en estancia
es como una maldición.

3715 Y digo, aunque no me cuadre
decir lo que naides dijo:
la Provincia es una madre
que no defiende a sus hijos.

3720 Mueren en alguna loma
en defensa de la ley,
o andan lo mesmo que el güey,
arando pa que otros coman.

Y he decir así mismo,
porque de adentro me brota,
que no tiene patriotismo
quien no cuida al compatriota.

28

3725 Se me va por donde quiera
esta lengua del demonio:
voy a darles testimonio
de lo que vi en la frontera.

Yo sé que el único modo
3730 a fin de pasarlo bien,
es decir a todo amén
y jugarle risa a todo.

El que no tiene colchón
en cualquier parte se tiende;
3735 el gato busca el jogón
y ese es mozo que lo entiende.

De aquí comprenderse debe,
aunque yo hable de este modo,
que uno busca su acomodo
3740 siempre lo mejor que puede.

Lo pasaba como todos
este pobre penitente,
pero salí de asistente
y mejoré en cierto modo.

3745 Pues aunque esas privaciones
causen desesperación,
siempre es mejor el jogón
de aquel que carga galones.

De entonces en adelante
3750 algo logré mejorar,
pues supe hacerme lugar
al lado del ayudante.

Él se daba muchos aires;
pasaba siempre leyendo;
3755 decían que estaba aprendiendo
pa recibirse de fraile.

Aunque lo pifiaban tanto,
jamás lo vi dijustao;
tenía los ojos paraos
3760 como los ojos de un santo.

Muy delicaao, dormía en cuja,
y no sé por qué sería,
la gente lo aborrecía
y le llamaban la Bruja.

3765 Jamás hizo otro servicio
ni tuvo más comisiones
que recibir las raciones
de víveres y de vicios.

Yo me pasé a su jogón
3770 al punto que me sacó,
y ya con él me llevó
a cumplir su comisión.

Estos diablos de milicos
de todo sacan partido:
3775 cuando nos vían riunidos
se limpiaban los hocicos.

Y decían en los jogones
como por chocarrería:
«Con la Bruja y Picardía,
3780 van a andar bien las raciones».

A mí no me jue tan mal,
pues mi oficial se arreglaba;
les diré lo que pasaba
sobre este particular.

3785 Decían que estaban de acuerdo
la Bruja y el proveedor
y que recibía lo pior...
puede ser, pues no era lerdo.

Que a más en la cantidá
3790 pegaba otro dentellón,
y que por cada ración
le entregaban la mitá.

Y que esto lo hacía del modo
como lo hace un hombre vivo:
3795 firmando luego el recibo,
ya se sabe, por el todo.

Pero esas murmuraciones
no faltan en campamento;
déjenmé seguir mi cuento,
3800 o historia de las raciones.

La Bruja las recibía
como se ha dicho, a su modo;
las cargábamos, y todo
se entrega en la mayoría.

3805 Sacan allí en abundancia
lo que les toca sacar,
y es justo que han de dejar
otro tanto de ganancia.

Van luego a la compañía,
3810 las recibe el comendante,
el que de un modo abundante
sacaba cuanto quería.

Así la cosa liviana,
 va mermada por supuesto;
3815 luego se le entrega el resto
 al oficial de semana.
 ¿Araña, quién te arañó?
 Otra araña como yo.

Éste le pasa al sargento
3820 aquello tan reducido,
 y como hombre prevenido
 saca siempre con aumento.

Esta relación no acabo
 si otra menudencia ensarto;
3825 el sargento llama al cabo
 para encargarle el reparto.

Él también saca primero
 y no se sabe turbar:
 naides le va a aviriguar
3830 si ha sacado más o menos.

Y sufren tanto bocao
 y hacen tantas estaciones,
 que ya casi no hay raciones
 cuando llegan al soldao.

3835 ¡Todo es como pan bendito!
 y sucede, de ordinario,
 tener que juntarse varios
 para hacer un pucherito.

Dicen que las cosas van
3840 con arreglo a la ordenanza;
 puede ser, pero no alcanzan,
 ¡tan poquito es lo que dan!

Algunas veces, yo pienso,
y es muy justo que lo diga,
3845 sólo llegaban las migas
que habían quedao en los lienzos.

Y esplican aquel infierno
en que uno está medio loco
diciendo que dan tan poco
3850 porque no paga el Gobierno.

Pero eso yo no lo entiendo,
ni aviriguarlo me meto;
soy inorante completo,
nada olvido, y nada apriendo.

3855 Tiene uno que soportar
el tratamiento más vil:
a palos en lo civil,
a sable en lo militar.

El vestuario, es otro infierno;
3860 si lo dan, llega a sus manos
en invierno el de verano
y en el verano el de invierno.

Y yo el motivo no encuentro,
ni la razón que esto tiene;
3865 mas dicen que eso ya viene
arreglado dende adentro.

Y es necesario aguantar
el rigor de su destino:
el gaucha no es argentino
3870 sinó pa hacerlo matar.

Ansí ha de ser, no lo dudo,
y por eso decía un tonto:
«Si los han de matar pronto,
mejor es que estén desnudos».

299

3875 Pues esa miseria vieja
no se remedia jamás;
todo el que viene detrás
como la encuentra la deja.

Y se hallan hombres tan malos
3880 que dicen de buena gana:
«El gaucho es como la lana:
se limpia y compone a palos».

Y es forzoso el soportar
aunque la copa se enllene:
3885 parece que el gaucho tiene
algún pecao que pagar.



Fig. 15. “La vuelta del Contingente”. Litografía de Carlos Clerice. Imagen incluida en la 1.^a edición de *La vuelta de Martín Fierro*, Buenos Aires, Imprenta de Pablo E. Coni / Librería del Plata, 1879. Canto 28.

- Esto contó Picardía
y después guardó silencio,
mientras todos celebraban
3890 con placer aquel encuentro.
Mas una casualidá,
como que nunca anda lejos,
entre tanta gente blanca
llevó también a un moreno,
3895 presumido de cantor
y que se tenía por bueno.
Y como quien no hace nada,
o se descuida de intento,
—pues siempre es muy conocido
3900 todo aquel que busca pleito—,
se sentó con toda calma,
echó mano al estrumento
y ya le pegó un rajido;
era fantástico el negro,
3905 y para no dejar dudas
medio se compuso el pecho.
Todo el mundo conoció
la intención de aquel moreno:
era claro el desafío
3910 dirigido a Martín Fierro,
hecho con toda arrogancia,
de un modo muy altanero.
Tomó Fierro la guitarra,
pues siempre se halla dispuesto,
3915 y así cantaron los dos
en medio de un gran silencio:

MARTÍN FIERRO

302

Mientras suene el encordao,
 mientras encuentre el compás,
 yo no he de quedarme atrás
3920 sin defender la parada;
 y he jurado que jamás
 me la han de llevar robada.

Atiendan, pues, los oyentes
 y cáyensén los mirones;
3925 a todos pido perdones,
 pues a la vista resalta
 que no está libre de falta
 quien no está de tentaciones.

A un cantor le llaman bueno,
3930 cuando es mejor que los piores;
 y sin ser de los mejores,
 encontrándosé dos juntos,
 es deber de los cantores
 el cantar de contrapunto.

3935 El hombre debe mostrarse
 cuando la ocasión le llegue;
 hace mal el que se niegue
 dende que lo sabe hacer,
 y muchos suelen tener
3940 vanagloria en que los rueguen.

Cuando mozo fui cantor
 —es una cosa muy dicha—;
 mas la suerte se encapricha
 y me persigue constante:

3945 de ese tiempo en adelante
canté mis propias desdichas.

Y aquellos años dichosos
trataré de recordar;
veré si puedo olvidar
3950 tan desgraciada mudanza,
y quien se tenga confianza
tiemple y vamos a cantar.

Tiemple y cantaremos juntos;
trasnochadas no acobardan.
3955 Los concurrentes aguardan,
y porque el tiempo no pierdan,
haremos gemir las cuerdas
hasta que las velas no ardan.

Y el cantor que se presiente,
3960 que tenga o no quien lo ampare,
no espere que yo dispare
aunque su saber sea mucho:
vamos en el mesuro pucho
a prenderle hasta que aclare.

3965 Y seguiremos si gusta
hasta que se vaya el día;
era la costumbre mía
cantar las noches enteras:
había entonces dondequiera
3970 cantores de fantasía.

Y si alguno no se atreve
a seguir la caravana,
o si cantando no gana,
se lo digo sin lisonja:

- 3975 haga sonar una esponja
o ponga cuerdas de lana.

EL MORENO

- Yo no soy, señores míos,
sinó un pobre guitarrero;
pero doy gracias al cielo
3980 porque puedo, en la ocasión,
toparme con un cantor
que experimente a este negro.

- Yo también tengo algo blanco,
pues tengo blancos los dientes;
3985 sé vivir entre las gentes
sin que me tengan en menos:
quien anda en pagos ajenos
debe ser manso y prudente.

- Mi madre tuvo diez hijos,
3990 los nueve muy regulares;
tal vez por eso me ampare
la Providencia divina:
en los güevos de gallina
el décimo es el más grande.

- 3995 El negro es muy amoroso,
aunque de esto no hace gala;
nada a su cariño iguala
ni a su tierna voluntá;
es lo mesmo que el macá:
4000 cría los hijos bajo el ala.

Pero yo he vivido libre
y sin depender de naides;
siempre he cruzado a los aires

como el pájaro sin nido;
4005 cuanto sé lo he aprendido
 porque me lo enseñó un flaire.

Y sé como cualquier otro
 el por qué retumba el trueno,
 por qué son las estaciones
4010 del verano y del invierno;
 sé también de dónde salen
 las aguas que caen del cielo.

Yo sé lo que hay en la tierra
 en llegando al mismo centro;
4015 en dónde se encuentra el oro,
 en dónde se encuentra el fierro,
 y en dónde viven bramando
 los volcanes que echan juego.

Yo sé del fondo del mar
4020 dónde los pejes nacieron;
 yo sé por qué crece el árbol,
 y por qué silban los vientos:
 cosas que inoran los blancos
 las sabe este pobre negro.

4025 Yo tiro cuando me tiran,
 cuando me aflojan, aflojo;
 no se ha de morir de antojo
 quien me convida a cantar:
 para conocer a un cojo
4030 lo mejor es verlo andar.

Y si una falta cometo
 en venir a esta reunión
 echándola de cantor,

4035 pido perdón en voz alta,
pues nunca se halla una falta
que no exista otra mayor.

De lo que un cantor explica
no falta qué aprovechar,
y se le debe escuchar,
4040 aunque sea negro el que cante:
apriende el que es inorante,
y el que es sabio, apriende más.

Bajo la frente más negra
hay pensamiento y hay vida;
4045 la gente escuche tranquila,
no me haga ningún reproche:
también es negra la noche
y tiene estrellas que brillan.

Estoy, pues, a su mandao,
4050 empiece a echarme la sonda
si gusta que le responda,
aunque con lenguaje tosco:
en leturas no conozco
la jota por ser redonda.

MARTÍN FIERRO

4055 ¡Ah, negro! Si sos tan sabio
no tengás ningún recelo:
pero has tragao el anzuelo
y al compás del estrumento,
has de decirme al momento
4060 cuál es el canto del cielo.

EL MORENO

307

Cuentan que de mi color
Dios hizo al hombre primero;
mas los blancos altaneros,
los mismos que lo convidan,
4065 hasta de nombrarlo olvidan
y sólo le llaman negro.

Pinta el blanco negro al diablo,
y el negro, blanco lo pinta;
blanca la cara o retinta,
4070 no habla en contra ni en favor:
de los hombres el Criador
no hizo dos clases distintas.

Y después de esta alvertencia,
que al presente viene a pelo,
4075 veré, señores, si puedo,
sigún mi escaso saber,
con claridá responder
cuál es el canto del cielo.

Los cielos lloran y cantan
4080 hasta en el mayor silencio;
lloran al cair el rocío,
cantan al silbar los vientos;
lloran cuando cain las aguas,
cantan cuando brama el trueno.

MARTÍN FIERRO

4085 Dios hizo al blanco y al negro
sin declarar los mejores;
les mandó iguales dolores

bajo de una mesma cruz;
 mas también hizo la luz
 pa distinguir los colores.

4090

Ansí ninguno se agravie,
 no se trata de ofender;
 a todo se ha de poner
 el nombre con que se llama,
 y a naides le quita fama
 lo que recibió al nacer.

4095

Y ansí me gusta un cantor
 que no se turba ni yerra;
 y si en tu saber se encierra
 el de los sabios profundos,
 decime cuál en el mundo
 es el canto de la tierra.

4100

EL MORENO

Es pobre mi pensamiento,
 es escasa mi razón;
 mas pa dar contestación
 mi inorancia no me arredra:
 también da chispas la piedra
 si la gólpea el eslabón.

4105

Y le daré una respuesta
 según mis pocos alcances:
 forman un canto en la tierra
 el dolor de tanta madre,
 el gemir de los que mueren
 y el llorar de los que nacen.

4110

MARTÍN FIERRO

- 4115 Moreno, alvierto que trais
bien dispuesta la garganta;
sos varón, y no me espanta
verte hacer esos primores:
en los pájaros cantores
4120 sólo el macho es el que canta.

309

- Y ya que al mundo vinistes
con el sino de cantar,
no te vayás a turbar,
no te agrandes ni te achiques:
4125 es preciso que me espliques
cuál es el canto del mar.

EL MORENO

- A los pájaros cantores
ninguno imitar pretende;
de un don que de otro depende
4130 naides se debe alabar,
pues la urraca apriende a hablar
pero sólo la hembra apriende.

- Y ayudame ingenio mío
para ganar esta apuesta;
4135 mucho el contestar me cuesta
pero debo contestar:
voy a decirle en respuesta
cuál es el canto del mar.

- Cuando la tormenta brama,
4140 el mar que todo lo encierra
canta de un modo que aterra,
como si el mundo temblara:

parece que se quejara
de que lo estreche la tierra.

MARTÍN FIERRO

4145 Toda tu sabiduría
has de mostrar esta vez;
ganarás sólo que estés
en vaca con algún santo:
la noche tiene su canto,
4150 y me has de decir cuál es.

EL MORENO

No galope, que hay agujeros,
le dijo a un guapo un prudente;
le contesto humildemente:
la noche por cantos tiene
4155 esos ruidos que uno siente
sin saber de dónde vienen.

Son los secretos misterios
que las tinieblas esconden;
son los ecos que responden
4160 a la voz del que da un grito,
como un lamento infinito
que viene no sé de dónde.

A las sombras sólo el sol
las penetra y las impone;
4165 en distintas direcciones
se oyen rumores inciertos:
son almas de los que han muerto,
que nos piden oraciones.

MARTÍN FIERRO

- Moreno, por tus respuestas
4170 ya te aplico el cartabón,
pues tenés disposición
y sos estruido de yapa:
ni las sombras se te escapan
para dar esplicación.
- 4175** Pero cumple su deber
el leal diciendo lo cierto,
y por lo tanto te alvierto
que hemos de cantar los dos,
dejando en la paz de Dios
4180 las almas de los que han muerto.

- Y el consejo del prudente
no hace falta en la partida;
siempre ha de ser comedida
la palabra de un cantor:
4185 y aura quiero que me digas
de dónde nace el amor.

EL MORENO

- A pregunta tan oscura
trataré de responder,
aunque es mucho pretender
4190 de un pobre negro de estancia;
mas conocer su inorancia
es principio del saber.

- Ama el pájaro en los aires
que cruza por donde quiera,
4195 y si al fin de su carrera

se asienta en alguna rama,
con su alegre canto llama
a su amante compañera.

La fiera ama en su guarida,
4200 de la que es rey y señor;
allí lanza con furor
esos bramidos que espantan,
porque las fieras no cantan:
las fieras braman de amor.

4205 Ama en el fondo del mar
el pez de lindo color;
ama el hombre con ardor;
ama todo cuanto vive:
de Dios vida se recibe,
4210 y donde hay vida, hay amor.

MARTÍN FIERRO

Me gusta, negro ladino,
lo que acabás de explicar;
ya te empiezo a respetar,
aunque al principio me rei,
4215 y te quiero preguntar
lo que entendés por la ley.

EL MORENO

Hay muchas dotorerías
que yo no puedo alcanzar;
dende que aprendí a inorar
4220 de ningún saber me asombro;
mas no ha de llevarme al hombro
quien me convide a cantar.

Yo no soy cantor ladino
 y mi habilidad es muy poca;
4225 mas cuando cantar me toca
 me defiando en el combate,
 porque soy como los mates:
 sirvo si me abren la boca.

Dende que elige a su gusto,
4230 lo más espinoso elige;
 pero esto poco me aflige
 y le contesto a mi modo:
 la ley se hace para todos,
 mas sólo al pobre le rige.

4235 La ley es tela de araña;
 en mi inorancia lo esplico:
 no la tema el hombre rico,
 nunca la tema el que mande,
 pues la ruepe el bicho grande
4240 y sólo enrieda a los chicos.

Es la ley como la lluvia:
 nunca puede ser pareja;
 el que la aguanta se queja,
 pero el asunto es sencillo,
4245 la ley es como el cuchillo:
 no ofiende a quien lo maneja.

Le suelen llamar espada,
 y el nombre le viene bien;
 los que la gobiernan ven
4250 a dónde han de dar el tajo:
 le cai al que se halla abajo
 y corta sin ver a quién.

Hay muchos que son doctores,
 y de su ciencia no dudo;
4255 mas yo soy un negro rudo,
 y aunque de esto poco entiendo,
 estoy diariamente viendo
 que aplican la del embudo.

MARTÍN FIERRO

Moreno, vuelvo a decirte:
4260 ya conozco tu medida;
 has aprovechao la vida
 y me alegro de este encuentro;
 ya veo que tenés adentro
 capital pa esta partida.

4265 Y aura te voy decir,
 porque en mi deber está,
 y hace honor a la verdá
 quien a la verdá se duebla,
 que sos por juera tinieblas
4270 y por dentro claridá.

No ha de decirse jamás
 que abusé de tu pacencia;
 y en justa correspondencia,
 si algo querés preguntar,
4275 podés al punto empezar,
 pues ya tenés mi licencia.

EL MORENO

No te trabés, lengua mía,
 no te vayas a turbar;
 nadie acierta antes de errar

4280 y, aunque la fama se juega,
el que por gusto navega
no debe temerle al mar.

Voy a hacerle mis preguntas,
ya que a tanto me convida;
4285 y vencerá en la partida
si una explicación me da
sobre el tiempo y la medida,
el peso y la cantidad.

Suya será la vitoria
4290 si es que sabe contestar;
se lo debo declarar
con claridá, no se asombre,
pues hasta aura ningún hombre
me lo ha sabido explicar.

4295 Quiero saber y lo inoro,
pues en mis libros no está,
y su repuesta vendrá
a servirme de gobierno:
para qué fin el Eterno
4300 ha criado la cantidad.

MARTÍN FIERRO

Moreno, te dejás cair
como carancho en su nido;
ya veo que sos prevenido,
mas también estoy dispuesto;
4305 veremos si te contesto
y si te das por vencido.

Uno es el sol, uno el mundo,
sola y única es la luna;

- ansí, han de saber que Dios
4310 no crió cantidá ninguna.
 El ser de todos los seres
 sólo formó la unidá;
 lo demás lo ha criado el hombre
 después que aprendió a contar.

EL MORENO

- 4315** Veremos si a otra pregunta
 da una respuesta cumplida:
 el ser que ha criado la vida
 lo ha de tener en su archivo,
 mas yo inoro qué motivo
4320 tuvo al formar la medida.

MARTÍN FIERRO

- Escuchá con atención
 lo que en mi inorancia arguyo:
 la medida la inventó
 el hombre para bien suyo.
4325 Y la razón no te asombre,
 pues es fácil presumir:
 Dios no tenía que medir
 sino la vida del hombre.

EL MORENO

- Si no falla su saber
4330 por vencedor lo confieso;
 debe aprender todo eso
 quien a cantar se dedique;
 y aura quiero que me explique
 lo que sinifica el peso.

MARTÍN FIERRO

- 4335 Dios guarda entre sus secretos
el secreto que eso encierra,
y mandó que todo peso
cayera siempre a la tierra;
y según compriendo yo,
4340 dende que hay bienes y males,
fue el peso para pesar
las culpas de los mortales.

317

EL MORENO

- Si responde a esta pregunta
téngasé por vencedor;
4345 doy la derecha al mejor;
y respóndamé al momento:
cuándo formó Dios el tiempo
y por qué lo dividió.

MARTÍN FIERRO

- Moreno, voy a decir
4350 según mi saber alcanza;
el tiempo sólo es tardanza
de lo que está por venir;
no tuvo nunca principio
ni jamás acabará,
4355 porque el tiempo es una rueda,
y rueda es eternidá;
y si el hombre lo divide
sólo lo hace, en mi sentir,
por saber lo que ha vivido
4360 o le resta que vivir.

Ya te he dado mis respuestas,
 mas no gana quien despunta:
 si tenés otra pregunta
 o de algo te has olvidao,
4365 siempre estoy a tu mandao
 para sacarte de dudas.

No procedo por soberbia
 ni tampoco por jatancia,
 mas no ha de faltar costancia
4370 cuando es preciso luchar;
 y te convido a cantar
 sobre cosas de la Estancia.

Ansí prepará, moreno,
 cuanto tu saber encierre;
4375 y sin que tu lengua yerre,
 me has de decir lo que empriende
 el que del tiempo depende
 en los meses que train erre.

EL MORENO

De la inorancia de naides
4380 ninguno debe abusar;
 y aunque me puede doblar
 todo el que tenga más arte,
 no voy a ninguna parte
 a dejarme machetiar.

4385 He reclarao que en leturas
 soy redondo como jota;
 no avergüence mi redota,
 pues con claridá le digo:
 no me gusta que conmigo
4390 naides juegue a la pelota.

Es buena ley que el más lerdo
 debe perder la carrera;
 así le pasa a cualquiera,
 cuando en competencia se halla
4395 un cantor de media talla
 con otro de talla entera.

¿No han visto en medio del campo
 al hombre que anda perdido,
 dando güeltas afligido
4400 sin saber dónde rumbiar?
 Así le suele pasar
 a un pobre cantor vencido.

También los árboles crujen
 si el ventarrón los azota;
4405 y si aquí mi queja brota
 con amargura, consiste
 en que es muy larga y muy triste
 la noche de la redota.

Y dende hoy en adelante,
4410 pongo de testigo al cielo
 para decir sin recelo
 que si mi pecho se inflama,
 no cantaré por la fama
 sinó por buscar consuelo.

4415 Vive ya desesperado
 quien no tiene qué esperar;
 a lo que no ha de durar
 ningún cariño se cobre:
 alegrías en un pobre
4420 son anuncios de un pesar.

Y este triste desengaño
me durará mientras viva;
aunque un consuelo reciba
jamás he de alzar el vuelo:
4425 quien no nace para el cielo
de balde es que mire arriba.

Y suplico a cuantos me oigan
que me permitan decir
que al decidirme a venir
4430 no sólo jué por cantar,
sinó porque tengo a más
otro deber que cumplir.

Ya saben que de mi madre
fueron diez los que nacieron;
4435 mas ya no existe el primero
y más querido de todos:
murió, por injustos modos,
a manos de un pendenciero.

Los nueve hermanos restantes
4440 como güérfanos quedamos;
dende entonces lo lloramos
sin consuelo, créanmenló,
y al hombre que lo mató
nunca jamás lo encontramos.

4445 Y queden en paz los güesos
de aquel hermano querido;
a moverlos no he venido,
mas, si el caso se presienta,
espero en Dios que esta cuenta
4450 se arregle como es debido.

Y si otra ocasión payamos
para que esto se complete,
por mucho que lo respete
cantaremos, si le gusta,
4455 sobre las muertes injustas
que algunos hombres cometen.

Y aquí, pues, señores míos,
diré, como en despedida,
que todavía andan con vida
4460 los hermanos del dijunto,
que recuerdan este asunto
y aquella muerte no olvidan.

Y es misterio tan profundo
lo que está por suceder,
4465 que no me debo meter
a echarla aquí de adivino:
lo que decida el destino
después lo habrán de saber.

MARTÍN FIERRO

Al fin cerrastes el pico
4470 después de tanto charlar;
ya empesaba a maliciar
al verte tan entonao,
que traías un embuchao
y no lo querías largar.

4475 Y ya que nos conocemos,
basta de conversación;
para encontrar la ocasión
no tienen que darse prisa:
ya conozco yo que empiesa
4480 otra clase de junción.

- Yo no sé lo que vendrá,
tampoco soy adivino;
pero firme en mi camino
hasta el fin he de seguir:
4485 todos tienen que cumplir
con la ley de su destino.
- Primero fue la frontera
por persecución de un juez,
los indios fueron después,
4490 y, para nuevos estrenos,
ahora son estos morenos
pa alivio de mi vejez.
- La madre echó diez al mundo,
lo que cualquiera no hace;
4495 y tal vez de los diez pase
con iguales condiciones:
la mulita pare nones,
todos de la misma clase.
- A hombre de humilde color
4500 nunca sé facilitar;
cuando se llega a enojar
suele ser de mala entraña:
se vuelve como la araña,
siempre dispuesta a picar.
- 4505** Yo he conocido a toditos
los negros más peliadores;
había algunos superiores
de cuerpo y de vista... ¡aijuna!
Si vivo, les daré una...
4510 historia de los mejores.

Mas cada uno ha de tirar
 en el yugo en que se vea;
 yo ya no busco peleas,
 las contiendas no me gustan;
4515 pero ni sombra me asustan
 ni bultos que se menean.

La creía ya desollada,
 mas todavía falta el rabo,
 y por lo visto no acabo
4520 de salir de esta jarana;
 pues esto es lo que se llama
 remachárselé a uno el clavo.



Fig. 16. "Canto por cifra, de contrapunto entre Martín Fierro y un negro". Litografía de Carlos Clerice. Imagen incluida en la 1.^a edición de *La vuelta de Martín Fierro*, Buenos Aires, Imprenta de Pablo E. Coni / Librería del Plata, 1879. Canto 30.

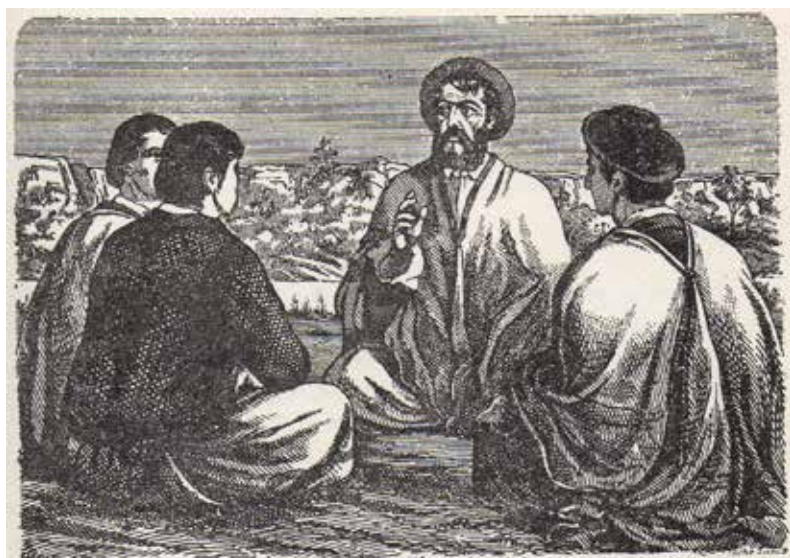


Fig. 17. "Martín Fierro dando consejos a sus hijos". Litografía de Carlos Clerice. Imagen incluida en la 1.^a edición de *La vuelta de Martín Fierro*, Buenos Aires, Imprenta de Pablo E. Coni / Librería del Plata, 1879. Canto 30.

- Y después de estas palabras,
que ya la intención revelan,
4525 procurando los presentes
que no se armara pendencia,
se pusieron de por medio
y la cosa quedó quieta.
Martín Fierro y los muchachos,
4530 evitando la contienda,
montaron y paso a paso
como el que miedo no lleva,
a la costa de un arroyo,
llegaron a echar pie a tierra.
4535 Desensillaron los pingos
y se sentaron en rueda,
refiriéndose entre sí
infinitas menudencias,
porque tiene muchos cuentos
4540 y muchos hijos la ausencia.
Allí pasaron la noche
a la luz de las estrellas,
porque ese es un cortinao
que lo halla uno donde quiera,
4545 y el gaucho sabe arreglarse
como ninguno se arregla.
El colchón son las caronas,
el lomillo es cabecera,
el cojinillo es blandura,
4550 y con el poncho o la jerga,
para salvar del rocío
se cubre hasta la cabeza.
Tiene su cuchillo al lado,
pues la precaución es buena;
4555 freno y rebenque a la mano,
y, teniendo el pingo cerca,

- que pa asiguarlo bien
la argolla del lazo entierra
—aunque el atar con el lazo
4560 da del hombre mala idea—,
se duerme ansí muy tranquilo
todita la noche entera;
y si es lejos del camino,
como manda la prudencia,
4565 más seguro que en su rancho
uno ronca a pierna suelta,
pues en el suelo no hay chinches,
y es una cuja camera
que no ocasiona disputas
4570 y que naides se la niega.
Además de eso, una noche
la pasa uno como quiera,
y las va pasando todas
haciendo la mesma cuenta.
4575 Y luego los pajaritos,
al aclarar, lo dispiertan,
porque el sueño no lo agarra
a quien sin cenar se acuesta.
Ansí, pues, aquella noche
4580 jue para ellos una fiesta,
pues todo parece alegre
cuando el corazón se alegra.
No pudiendo vivir juntos
por su estado de pobreza,
4585 resolvieron separarse,
y que cada cual se juera
a procurarse un refugio
que aliviara su miseria.
Y antes de desparramarse
4590 para empezar vida nueva,
en aquella soledá

Martín Fierro con prudencia,
a sus hijos y al de Cruz
les habló de esta manera:

327

32

4595 Un padre que da consejos
más que padre es un amigo;
ansí, como tal les digo
que vivan con precaución:
naides sabe en qué rincón
4600 se oculta el que es su enemigo.

Yo nunca tuve otra escuela
que una vida desgraciada;
no estrañen si en la jugada
alguna vez me equivoco,
4605 pues debe saber muy poco
aquel que no aprendió nada.

Hay hombres que de su cencia
tienen la cabeza llena;
hay sabios de todas menas,
4610 mas digo, sin ser muy ducho:
es mejor que aprender mucho
el aprender cosas buenas.

No aprovechan los trabajos
si no han de enseñarnos nada;
4615 el hombre, de una mirada
todo ha de verlo al momento:
el primer conocimiento
es conocer cuándo enfada.

Su esperanza no la cifren
4620 nunca en corazón alguno;

en el mayor infortunio
pongan su confianza en Dios;
de los hombres, sólo en uno,
con gran precaución, en dos.

- 4625** Las faltas no tienen límites
como tienen los terrenos,
se encuentran en los más buenos,
y es justo que les prevenga:
aquel que defetos tenga
4630 disimule los ajenos.

- Al que es amigo, jamás
lo dejen en la estacada;
pero no le pidan nada
ni lo aguarden todo de él;
4635 siempre el amigo más fiel
es una conduta honrada.

- Ni el miedo ni la codicia
es bueno que a uno lo asalten,
ansí, no se sobresalten
4640 por los bienes que perezcan;
al rico nunca le ofrezcan
y al pobre jamás le falten.

- Bien lo pasa hasta entre pampas
el que respeta a la gente;
4645 el hombre ha de ser prudente
para librarse de enojos;
cauteloso entre los flojos,
moderado entre valientes.

- El trabajar es la ley,
4650 porque es preciso alquirit;

no se espongan a sufrir
una triste situación:
sangra mucho el corazón
del que tiene que pedir.

- 4655** Debe trabajar el hombre
para ganarse su pan;
pues la miseria, en su afán
de perseguir de mil modos,
llama en la puerta de todos
4660 y entra en la del haragán.

- A ningún hombre amenacen
porque naides se acobarda;
poco en conocerlo tarda
quien amenaza imprudente,
4665 que hay un peligro presente
y otro peligro se aguarda.

- Para vencer un peligro,
salvar de cualquier abismo,
por esperencia lo afirmo:
4670 más que el sable y que la lanza
suele servir la confianza
que el hombre tiene en sí mismo.

- Nace el hombre con la astucia
que ha de servirle de guía,
4675 sin ella sucumbiría,
pero, según mi esperencia,
se vuelve en unos prudencia
y en los otros picardía.

- Aprovecha la ocasión
4680 el hombre que es diligente;

y ténganlo bien presente
 si al compararla no yerro:
 la ocasión es como el fierro,
 se ha de machacar caliente.

- 4685** Muchas cosas pierde el hombre
 que a veces las vuelve a hallar;
 pero les debo enseñar,
 y es bueno que lo recuerden:
 si la vergüenza se pierde
4690 jamás se vuelve a encontrar.

- Los hermanos sean unidos,
 porque ésa es la ley primera;
 tengan unión verdadera
 en cualquier tiempo que sea,
4695 porque si entre ellos pelean
 los devoran los de ajuera.

- Respeten a los ancianos,
 el burlarlos no es hazaña;
 si andan entre gente estraña
4700 deben ser muy precavidos,
 pues por igual es tenido
 quien con malos se acompaña.

- La cigüeña, cuando es vieja
 pierde la vista, y procuran
4705 cuidarla en su edá madura
 todas sus hijas pequeñas:
 apriendan de las cigüeñas
 este ejemplo de ternura.

- Si les hacen una ofensa,
4710 aunque la echen en olvido,

vivan siempre prevenidos;
pues ciertamente sucede
que hablará muy mal de ustedes
aquel que los ha ofendido.

331

- 4715** El que obedeciendo vive
nunca tiene suerte blanda;
mas con su soberbia agranda
el rigor en que padece:
obedezca el que obedece
4720 y será bueno el que manda.

- Procuren de no perder
ni el tiempo ni la vergüenza;
como todo hombre que piensa
procedan siempre con juicio,
4725 y sepan que ningún vicio
acaba donde comienza.

- Ave de pico encorvado
le tiene al robo afición:
pero el hombre de razón
4730 no roba jamás un cobre,
pues no es vergüenza ser pobre
y es vergüenza ser ladrón.

- El hombre no mate al hombre
ni pelee por fantasía;
4735 tiene en la desgracia mía
un espejo en que mirarse:
saber el hombre guardarse
es la gran sabiduría.

- La sangre que se redama
4740 no se olvida hasta la muerte;

la impresión es de tal suerte,
que a mi pesar, no lo niego,
cai como gotas de fuego
en la alma del que la vierte.

- 4745** Es siempre, en toda ocasión,
el trago el pior enemigo;
con cariño se los digo,
recuérdenlo con cuidado:
aquel que ofiende embriagado
4750 merece doble castigo.

- Si se arma algún revolutis
siempre han de ser los primeros;
no se muestren altaneros
aunque la razón les sobre:
4755 en la barba de los pobres
aprienden pa ser barberos.

- Si entriegan su corazón
a alguna mujer querida,
no le hagan una partida
4760 que la ofienda a la mujer:
siempre los ha de perder
una mujer ofendida.

- Procuren, si son cantores,
el cantar con sentimiento,
4765 no tiemplan el estrumento
por solo el gusto de hablar,
y acostúmbrense a cantar
en cosas de jundamento.

- Y les doy estos consejos,
4770 que me ha costado alquiritlos,

porque deseo dirigirlos;
pero no alcanza mi cencia
hasta darles la prudencia
que precisan pa seguirlos.

333

- 4775** Estas cosas y otras muchas,
medité en mis soledades;
sepan que no hay falsedades
ni error en estos consejos:
es de la boca de un viejo
4780 de ande salen las verdades.

33

- Después, a los cuatro vientos
los cuatro se dirigieron;
una promesa se hicieron
que todos debían cumplir;
4785 mas no la puedo decir,
pues secreto prometieron.

- Les advierto solamente,
y esto a ninguno le asombre,
pues muchas veces el hombre
4790 tiene que hacer de ese modo:
convinieron entre todos
en mudar allí de nombre.

- Sin ninguna intención mala
lo hicieron, no tengo duda;
4795 pero es la verdá desnuda,
siempre suele suceder:
aquel que su nombre muda
tiene culpas que esconder.

Y ya dejo el estrumento
4800 con que he divertido a ustedes;
todos conocerlo pueden
que tuve costancia suma:
este es un botón de pluma
que no hay quien lo desenriede.

4805 Con mi deber he cumplido
y ya he salido del paso:
pero diré, por si acaso,
pa que me entiendan los criollos:
todavía me quedan rollos
4810 por si se ofrece dar lazo.

Y con esto me despido
sin espresar hasta cuándo;
siempre corta por lo blando
el que busca lo seguro;
4815 mas yo corto por lo duro,
y así he de seguir cortando.

Vive el águila en su nido,
el tigre vive en la selva,
el zorro en la cueva ajena,
4820 y, en su destino incostante,
sólo el gaucho vive errante
donde la suerte lo lleva.

Es el pobre en su orfandá
de la fortuna el desecho,
4825 porque naides toma a pechos
el defender a su raza;
debe el gaucho tener casa,
escuela, iglesia y derechos.

Y han de concluir algún día
4830 estos enriedos malditos;
 la obra no la facilito
 porque aumentan el fandango
 los que están, como el chimango,
 sobre el cuero y dando gritos.

4835 Mas Dios ha de permitir
 que esto llegue a mejorar.
 Pero se ha de recordar
 para hacer bien el trabajo
 que el fuego, pa calentar,
4840 debe ir siempre por abajo.

En su ley está el de arriba
 si hace lo que le aproveche;
 de sus favores sospeche
 hasta el mismo que lo nombra:
4845 siempre es dañosa la sombra
 del árbol que tiene leche.

Al pobre al menor descuido
 lo levantan de un sogazo;
 pero yo comprendiendo el caso
4850 y esta consecuencia saco:
 el gaucho es el cuero flaco,
 da los tientos para el lazo.

Y en lo que esplica mi lengua
 todos deben tener fe;
4855 ansí, pues, entiéndanmé,
 con codicias no me mancho:
 no se ha de llover el rancho
 en donde este libro esté.

Permítanmé descansar,
4860 ¡pues he trabajado tanto!
 En este punto me planto
 y a continuar me resisto;
 éstos son treinta y tres cantos,
 que es la mesma edá de Cristo.

4865 Y guarden estas palabras
 que les digo al terminar:
 en mi obra he de continuar
 hasta dárselá concluida,
 si el ingenio o si la vida
4870 no me llegan a faltar.

Y si la vida me falta,
 ténganlô todos por cierto,
 que el gaucho, hasta en el desierto,
 sentirá en tal ocasión
4875 tristeza en el corazón
 al saber que yo estoy muerto.

Pues son mis dichas desdichas
 las de todos mis hermanos;
 ellos guardarán ufanos
4880 en su corazón mi historia;
 me tendrán en su memoria
 para siempre mis paisanos.

Es la memoria un gran don,
 calidá muy meritoria;
4885 y aquellos que en esta historia
 sospechen que les doy palo,
 sepan que olvidar lo malo
 también es tener memoria.

4890 Mas naides se crea ofendido,
pues a ninguno incomodo;
y si canto de este modo
por encontrarlo oportuno,
No es para mal de ninguno
sino para bien de todos.



COLECCIÓN PENSAMIENTO DEL BICENTENARIO